



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA CHAPINGO

**DEPARTAMENTO DE SOCIOLOGÍA RURAL
DOCTORADO EN CIENCIAS EN CIENCIAS AGRARIAS**

**TÍTULO DE LA TESIS:
ENVEJECER EN LA POBREZA, EL SALDO DEL OLVIDO**

**Que como requisito parcial para
obtener el grado de:**

DOCTOR EN CIENCIAS EN CIENCIAS AGRARIAS

Presenta:

EVARISTO ARCOS MIRANDA

Bajo la supervisión de:

DR. BERNARDINO MATA GARCÍA



DIRECCION GENERAL ACADEMICA
DEPTO. DE SERVICIOS ESCOLARES
COMISION DE EXAMENES PROFESIONALES



Chapingo, Estado de México, diciembre de 2017

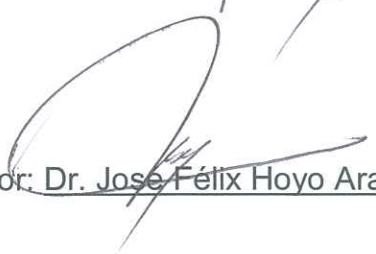
ENVEJECER EN LA POBREZA, EL SALDO DEL OLVIDO

Tesis realizada por Evaristo Arcos Miranda bajo la supervisión del Comité Asesor indicado, aprobada por el mismo y aceptada como requisito parcial para obtener el grado de:

DOCTOR EN CIENCIAS EN CIENCIAS AGRARIAS



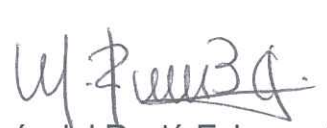
Director: Dr. Bernardino Mata García.



Asesor: Dr. José Félix Hoyo Arana.



Asesor: Dra. María Virginia Gonzales Santiago.



Lector externo: Dra. María del Rocío Echeverría González.

ÍNDICE

	Pág.
INTRODUCCIÓN.....	1
CAPÍTULO I. Introducción al problema de la tercera edad	8
Objetivos	12
Hipótesis	12
¿Cómo estudiar la ancianidad? una etnografía fenomenológica	13
CAPÍTULO II. Marco Teórico	19
Confrontación olvido-memoria.....	19
Una ancianidad invisible... el manto del olvido.....	24
Teorías del envejecimiento	43
Hacia una teoría del olvido social	48
CAPÍTULO III. Envejecer en la pobreza... el olvido económico.....	52
El desempleo en la vejez	57
Jubilación impuesta.....	66
Políticas gerontocidas... rostros de olvido.....	78
Pobreza y olvido... crímenes contra la vejez.....	84
Del anonimato a la clandestinidad. Atmósferas de olvido.....	91
Retrato fenomenológico, una ancianidad entristecida	101
CAPÍTULO IV. Adentro del asilo... el olvido contenido.....	105
La pertinencia del asilo... asilos de la región.....	105
El adentro, la exclusión, el olvido.....	111

El asilo... una alternativa de memoria	119
CAPÍTULO V. Nuevos actores sociales: una manifestación de memoria.	124
El Ángel de la historia... la fuerza mesiánica de los ancianos	128
Nuevos actores sociales...el ejercicio de la memoria	137
CAPÍTULO VI. Hablemos de olvido.....	144
CONCLUSIONES.....	153
BIBLIOGRAFÍA.....	159
APÉNDICE	168
El Alto Balsas Guerrero	169

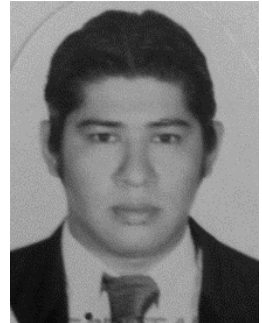
ÍNDICE DE CUADROS

	Pág.
Cuadro 1. Municipios de la región Norte de Guerrero y grado de marginación 2005	170
Cuadro 2. Municipios de la región Norte de Guerrero y grado de marginación 2015	171
Cuadro 3. Número de municipios y niveles de marginación en la región Norte en 2005 y 2015	172
Cuadro 4. Niveles de marginación de los municipios del Alto Balsas en 2015	172

Para Irene
Mi cielo protector

A los 43, cuyo sueño de enseñar a leer a los
más pobres del campo mexicano, fue respondido
con el agravio máximo a la dignidad humana

DATOS BIOGRÁFICOS



Datos personales

Nombre: Evaristo Arcos Miranda

Fecha de nacimiento: 21 de octubre de 1985

CURP: AOME851021HGRRRV01

Profesión: Antropólogo social

Cedula profesional: 9680572

Desarrollo académico

Licenciatura: Antropología Social (Universidad Autónoma de Querétaro)

Maestría: En Ciencias en Sociología Rural (Universidad Autónoma Chapingo)

Agradecimientos

A mis informantes de la tercera edad, la manera en que franquearon las puertas de su hogar y de su corazón, representa para mí el imperativo ético de generar conocimiento en torno a su situación, en espera de que un día sea lo suficientemente preciso para contribuir a cambiar el panorama que ahora les niega el lugar digno que merecen como incansables constructores de la historia.

Al Consejo Nacional de Ciencia y Tecnología, CONACYT, y al pueblo trabajador de mi país, que con sus contribuciones materializó el estipendio mensual que me permitió cursar mis estudios de posgrado y financiar mi investigación sin mayores apuros.

A la Universidad Autónoma Chapingo, su olor a libros y a bosque serán para mí inarrancables, sus aulas llenas de ideas configuraron en mí el anhelo por aprender a lo largo de la vida.

A mis profesores y asesores, quienes llevaron la mayor parte de trabajo en mi formación, de ellos aprendí que el esfuerzo rinde frutos, siempre y cuando el tiempo sea aprovechado estudiando a los creadores conceptuales de manera directa, y marchando a campo con los sentidos abiertos para captar la realidad que se busca explicar.

Al Dr. Bernardino Mata García, mi entrañable asesor Bernard, a él debo el ejemplo de la paciencia y la minuciosidad con la que deben buscarse y recopilarse los datos. Su trabajo honesto no ha hecho más que mostrarme que la trayectoria de un investigador está más llena de sacrificios que de satisfacciones. Gracias Bernard, no existen palabras para expresar mi gratitud y afecto profundo hacia ti.

Al Dr. Félix Hoyo, su amplio dominio de autores y temas desplegado en cada clase, abrumante en un principio, más temprano que tarde abrió sendas hacia conocimientos insospechados para mí. Entrañable Félix, deseo expresarte que la deuda que contraí contigo es impagable, lo supe desde el principio. Gracias por tu paciencia y por creer que algún día llegaría a alguna parte.

Al personal administrativo del Departamento de Sociología Rural, por responder siempre con una sonrisa plena a mi impericia en los trámites que de manera repetida intentaba hacer fuera de tiempo y que hacía siempre posibles. Gracias Isa, eres un Ángel, en espera de que esta iterada frase pueda expresar en algún grado, lo que significas y significarás para este desvelado estudiante.

RESUMEN GENERAL

ENVEJECER EN LA POBREZA, EL SALDO DEL OLVIDO

Se analizan las condiciones de olvido social en las que subsiste la población envejecida y la forma en cómo tal elemento se materializa en pobreza y prácticas sociales perniciosas. La forma que cobra la discriminación y el aislamiento del sector envejecido en la zona norte del estado de Guerrero, subregión Alto Balsas, se aborda desde un enfoque cualitativo de investigación que priorizó la interacción con el sector con el fin de escuchar sus anhelos, sus preocupaciones, la forma en que visualiza sus necesidades y su solución en una entidad federativa cuya vejez tiene un rostro rural y que junto con otras demarcaciones, después de la capital, envejecerá en forma más rápida que el resto del territorio mexicano. Se profundiza asimismo en las figuras inmemoriales y las repercusiones que tienen sobre este grupo poblacional cuando son ejercidas voluntariamente por la sociedad y el Estado, colocándolo como consecuencia, fuera de los márgenes de la consideración social. En un marco de envejecimiento demográfico inexorable, en riesgo real de pobreza catastrófica como se vislumbra ocurrirá en México, en este trabajo se resalta la importancia de la memoria colectiva, y cómo su ejercicio puede intervenir en el mejoramiento de la calidad de vida de los envejecidos del presente y de los que en un futuro se integrarán a sus filas.

Palabras clave: Envejecimiento, pobreza, memoria, olvido.

GENERAL ABSTRACT

AGING IN POVERTY, THE BALANCE OF OBLIVION

The conditions of social oblivion in which the aging population subsists and the way in which such an element materializes in poverty and pernicious social practices are analyzed. The way discrimination and isolation of the aging sector in the northern area of the state of Guerrero, Alto Balsas subregion, is approached from a qualitative research point of view that prioritized interaction with the sector in order to listen to their wishes, their concerns, the way in which it visualizes its needs and its solution in a federative entity whose old age has a rural face and that along with other demarcations, after the capital, will age faster than the rest of the Mexican territory. It also delves into the immemorial figures and the repercussions they have on this population group when they are exercised voluntarily by society and the State, placing it as a consequence, outside the margins of social consideration. In a context of inexorable demographic aging, at real risk of catastrophic poverty as it is foreseen will occur in Mexico, this work highlights the importance of collective memory, and how its exercise can intervene in the improvement of the quality of life of the elderly of the present and those that in the future will be integrated into their ranks

Keywords: *Aging, poverty, memory, oblivion*

INTRODUCCIÓN

La vejez de los seres humanos representa en la actualidad una temática novedosa, poco tratada, y hasta cierto punto desconocida y, aunque el número de estudios sobre esta etapa de la vida ha ido incrementándose con el paso del tiempo, el conocimiento logrado hasta ahora parece insuficiente cuando se contrasta con la visión social vigente en torno a la vejez, y, más concretamente, con las condiciones de existencia en las que se encuentran los viejos del presente. Este trabajo objeta el enfoque que reduce a la vejez a un espacio existencial determinado sólo por las alteraciones cronológicas que a un sujeto le produce el alcanzar o rebasar la llamada esperanza de vida; su perspectiva por el contrario, pretende mostrar que la ancianidad es una alteridad con particularidades específicas en permanente evolución, cuyas variables, ante todo en un marco globalizado, escapan al control de sus protagonistas, al obedecer más al contexto histórico en el que existen, que a su propia voluntad.

A lo largo de esta exposición se advertirá una perspectiva de la tercera edad¹ alejada de posturas fuertemente reduccionistas que pretenden tratarla como una simple etapa biológica más en la vida de los seres humanos; para intentar posicionarla como el periodo vital que en realidad es, en el que se genera una forma cultural propia (Fericgla, 2002:23); y si la vejez es percibida desde fuera de ésta como una etapa de menoscabo y pérdida, este trabajo sitúa por encima de esa perspectiva la de los propios ancianos, debido a que la ancianidad simboliza una alteridad con particularidades específicas en permanente evolución.

La realidad actual muestra de manera nítida que para muchos de sus protagonistas, la tercera edad constituye una etapa de dificultad, en donde la

¹ En el marco de la legislación mexicana, se consideran los 60 años como la edad umbral de la vejez (Ley de los Derechos de las Personas Adultas Mayores, 2014) y los 65 para que las personas mayores puedan ser beneficiarias de los programas de apoyo a partir de esa edad (SEDESOL, 2015). Cabe resaltar que los 60 años de edad son también establecidos como la edad en la que inicia el proceso de envejecimiento por la Organización Mundial de la Salud, OMS y por la Organización de Naciones Unidas, ONU (González, 2015:116).

permanente falta de liquidez, combinada con una radical discriminación laboral están vinculadas a la pérdida gradual de estatus social y, que, juntas, o por separado, ambas circunstancias simbolizan el olvido social al que los envejecidos han sido reducidos. El manto de olvido tendido sobre los mayores, se configura en una actitud poco menos que omisa por parte de la sociedad no envejecida y en un pesado fardo para ellos. En ese contexto, la carencia de recursos económicos, el desempleo causado por la discriminación laboral (CONAPRED, 2012:59) y la pérdida del estatus social por el aumento de edad, representan algunos de los padecimientos cotidianos que atañen a la vejez. Como consecuencia, dichas situaciones desembocan en otras no menos desalentadoras para la tercera edad, como la temida pérdida de independencia, una vez que las oportunidades de desarrollo dentro de su contexto social les han sido negadas (Fericgla, 2002:24), reflejo de ello, se vuelve pasmosamente común encontrar ancianos en situación de pobreza y dependencia acuciantes. Muchos de estos escenarios son observables en la subregión Alto Balsas, donde se llevó a cabo el presente estudio, perteneciente a la región Norte de Guerrero, entidad federativa que después de la Ciudad de México, junto con un bloque de estados, envejecerá primero (González, 2015:113); la investigación del sector conformado por las personas que envejecen dentro de esta zona geográfica que refleja de manera fiel los índices superlativos de atraso y pobreza históricos de la demarcación a la que pertenece, coadyuvará a comprender lo que el envejecimiento precario significa y las implicaciones que éste supone no sólo para los que han envejecido, sino también para los individuos que en tiempos venideros serán parte de este segmento poblacional (Arcos, 2013:40).

Un análisis profundo de la tercera edad, requiere comprenderla como una alteridad inmediata que se autoconstruye a partir de sus relaciones con el presente y con la posición que ocupa dentro de éste. De manera natural, suele ser sobreentendido el deterioro físico propio del envejecimiento corpóreo, pero no reflexionado el hecho de que la última etapa cronológica de los seres humanos está permeada de manera profunda por actitudes socioculturales negativas que cobran diferentes formas en el entorno en el que tienen lugar, en su vasta

mayoría perniciosas y, que, acumuladas, conforman el dique infranqueable que obstruye la consolidación del envejecimiento óptimo. En las fuentes consultadas sobre la mirada social de la vejez, puede advertirse con claridad gráfica que el medio social constituye uno de los factores que más influyen en la calidad de vida de los mayores, y si la visión social prevaleciente en torno a los viejos está subordinada a visiones despectivas hacia ellos como ocurre en la generalidad de los contextos, se consolidan las barreras impuestas por dichos imaginarios relacionados a una escasa o nula funcionalidad de los adultos mayores,² basados más en mitos que en deficiencias reales presentadas por ellos (Moragas, 2004:18). La perspectiva social sobre los mayores como ahora se presenta, afecta sobremanera la existencia de este segmento dentro de las esferas en las que habita, y en las que ocupa uno de los sitios menos venturosos, confirmando a la vejez como una etapa de incertidumbre, de profunda discriminación cultural y exclusión social.

El daño causado por el olvido social a la ancianidad requiere estudiarse, es prioritario para ello valorar la memoria colectiva como elemento de oposición al olvido desarticulador del funcionamiento social. En este trabajo, el olvido y la memoria fueron tratados como dimensiones contrapuestas que habitan los múltiples contextos que estructuran el mundo contemporáneo, mundo permeado por conductas gerontofóbicas que dañan incesantemente el lugar sociocultural ocupado por los viejos (Dallal, 2003:309). Asimismo, se analiza de manera crítica la perspectiva de la época contemporánea hacia la vejez, que la ha “confinado al vacío y en términos de la productividad económica, la redujo a la no-significancia” (García, 2006:24). La vejez contemporánea entonces, es asumida como una “carga social y por lo tanto, el desprecio cultural y familiar” (Ibíd.), es poco menos que legitimado por una concepción deshumanizada que considera la rapidez, la eficiencia, la fuerza y la apariencia (Lolas, 2001:57), los únicos valores posibles para enfrentar los retos que la modernidad impone, por lo que la sociedad, en su

²En este trabajo se emplean los términos viejo, anciano, persona de la tercera edad y adulto mayor como sinónimos, tomando como referencia los estudios en gerontología social realizados en la nación española, precursora del estudio de esta etapa vital.

prisa incesante, encuentra como alternativa viable, mirar hacia otro lado y dejar en el olvido a los que avanzan en edad.

El olvido social es una frase reveladora de una profunda vulnerabilidad social que debe leerse en clave de pobreza alimentaria y salud en permanente riesgo no sólo física sino también mental para la edad provecta,³ toda vez que el olvido social se configura en desprecio y discriminación efectiva para un 81.7% del sector envejecido excluido de los procesos de jubilación (INM, 2012:17).⁴ Es en este sentido que el olvido social se adiciona a una visión actuarial que solo percibió a la vejez como una carga futura al erario (Ham, 2003:81),⁵ al fijar la atención estatal en sólo evitar el desbalance de los servicios de salud y pensionarios como factores determinantes para abordar el envejecimiento demográfico, fenómeno que según cálculos realizados en el último cuarto del siglo XX, alcanzaría sólo al 5% de la población para el año 2000.⁶ Para un país de vasta geografía como México, que durante decenios priorizó políticas de poblamiento (Ham, 2003:82), el tajo a dichas políticas de incremento poblacional, dio como resultado un envejecimiento demográfico que se advino de manera súbita, a diferencia de otros países en los que el envejecimiento se dio en plazos más naturales que alcanzaron casi los cien años.⁷

Ante un inédito escenario próximo, en el que la población menor de 15 años habrá de convivir con igual número de personas mayores para el año 2050 (la población menor de 15 años conformará el 20.7% de la población, y la mayor de 60 el 21.5%) (González, 2015:113), un cambio cultural que conciba a los de edad

³Durante el “Taller de actualización en comunicación incluyente y envejecimiento”, realizado en el IIS-UNAM en 2016, fue señalado que entre el 60 y 70 por ciento de los mayores de 75 años padece depresión causada por la soledad y la pobreza (Olivares, 2016:39).

⁴Sin embargo, en 2016, se habló de un porcentaje de 75% de adultos mayores que no percibían pensión retributiva. INEGI, citado por Revista Proceso el 28 agosto 2016. Recuperado de: <http://www.proceso.com.mx/452633/sin-pension-75-los-adultos-mayores-en-mexico>

⁵Además, de prospectiva equivocada al suponer que crecería a un ritmo menos intenso.

⁶En realidad, desde el año 1996 los adultos mayores habían alcanzado el 6% de la población (Ham, 2003:82), y el 7% para el año 2000 (Enríquez, et al., 2008:148).

⁷“... en los países desarrollados este incremento llevó entre 45 y 100 años, mientras que en el caso de las naciones en desarrollo, entre ellas México, se estima que tomará entre 20 y 30 años” (Zúñiga y García, 2008, citados por González, 2015:116).

avanzada no como una carga ni como una traba, sino como un componente importante de la sociedad que no sólo construyó, y a la que puede continuar aportándole su esfuerzo (hoy no se le permite porque se le discrimina y excluye) si se le abren las puertas al trabajo digno y el entorno social los mira como en realidad son, los grandes constructores de la historia, sería posible. El argumento de este trabajo pretende configurarse en un llamado a las estructuras estatales y sociales a promover un cambio de cultura, en la que se vea a los viejos como un sector que puede contribuir de manera importante no sólo a la generación de riqueza del país, sino al enriquecimiento cultural, en un marco en el que la presencia de la vejez no sólo es irreversible, sino que su aumento es inexorable, pues los futuros envejecidos, de acuerdo con la esperanza de vida alcanzada hasta ahora, nacieron entre 1970 y 1990.

Este trabajo de corte antropológico se propone exponer los malestares que el olvido inflige a la sociedad envejecida y, argumenta cómo a través del empleo de la memoria colectiva, este malestar puede ser frenado, dando lugar a una dinámica social distinta en donde los ancianos sean reconocidos como una “comunidad de vida” (García, 2006:22) que no puede ser dejada atrás, que tiene que ser considerada dentro de las decisiones nacionales y que posee el derecho a una vida digna por el solo hecho de haber envejecido, con reconocimiento social, cultural, económico, político e histórico, que reivindique su presencia y los libere del olvido con el que han sido cubiertos, porque una sociedad que olvida a sus ancestros, es una sociedad propensa a olvidarlo todo, incluyendo aquellos postulados éticos y morales sobre los que fueron creados los estados y las naciones... el ejercicio del olvido revela la dimensión ética de la condición humana, bajo la fórmula: “dime qué olvidas y te diré quién eres” (Augé, 1998:104).

Se aborda asimismo el olvido social como un estigma impuesto a la población envejecida, y cómo este olvido subsume a los viejos a la no existencia, la vulnerabilidad social y la pobreza, olvido social del que pueden despojarse con el empleo de la memoria, como lo han hecho los viejos guerrerenses por medio de la armas y las policías comunitarias, manifestación memorosa que muestra

cómo el olvido que aprisiona a los viejos puede ser revertido cuando los viejos continúan formando parte de las esferas que estructuran la realidad, empleando los postulados teóricos de Augé y el planteamiento de las formas de olvido (retorno, suspenso y reinicio), para interpretar el olvido social en que los mayores subsisten en el presente.

Este trabajo se estructuró en seis capítulos. El primero aborda la cuestión de la tercera edad, incluye algunas cifras y fechas, pero enfatiza el olvido social como el malestar eje del sector, que llega a configurarse en elementos materiales que definen su calidad de vida, este mismo apartado contiene la metodología empleada durante el proceso investigativo.

El marco teórico conforma el segundo capítulo, consiste ante todo en una discusión sobre olvido y memoria, basada en sus creadores conceptuales; las teorías del envejecimiento son eje en este apartado. El tercer capítulo aborda la pobreza como uno de los olvidos más lesivos para la tercera edad de cualquier sociedad. La jubilación forzosa es analizada en este epígrafe en su dimensión autoritaria, sobre todo porque una parte importante de los envejecidos continúa en condiciones de trabajar y soporta además la pesada carga de ser cabeza de familia.⁸

El cuarto capítulo, Adentro del asilo... el olvido contenido, analiza las atmósferas de olvido en las que el sector, de suyo el más olvidado, sobrevive bajo las mismas tensiones que se supone dejaría antes de ser asilado, y en las que su nueva condición de interno lo hace afianzarse más a sus recuerdos.

En un escenario de violencia exacerbada, y en una entidad federativa en la que la vejez en situación de pobreza tiene un rostro rural (Wong, 2006), la investigación no habría de cerrar la mirada a la vanguardia del sector. Durante el curso de la investigación se le vio a la izquierda, inclaudicable durante procesos

⁸El Instituto Nacional de las Mujeres (2012:8-9), reportó que poco más de la quinta parte de los hogares tenían como cabeza de familia a una persona mayor, es decir, que de los 28.2 millones de hogares que existían en México en 2010, 6.2 millones eran presididos por ancianos.

electorales diversos y, a no pocos de ellos organizados, sobre todo en localidades rurales, encabezando las policías comunitarias en aras de proteger a los niños, jóvenes y mujeres, en una entidad en la que el pueblo se aprestó a defenderse por sí mismo ante las embestidas del crimen organizado y de un gobierno local que criminaliza todos y cada uno de los intentos de organización comunitaria. Se encontró así, que pese a la densa atmósfera de olvido social que se cierne sobre ellos, los viejos del presente se preocupan sobremanera por las generaciones jóvenes que los han olvidado, al grado de olvidarse de sí mismos, y de entregarse a la posibilidad de la muerte violenta al enrolarse en las policías comunitarias (organizaciones armadas) a las que el Estado hace tiempo declaró la guerra.

En el sexto capítulo, se esboza una discusión sobre el olvido y la forma en que este elemento mina el lugar social de los ancianos, mostrando cómo este olvido puede ser combatido para la vindicación de los viejos en el presente, como los propios viejos lo hicieron con las armas. Las conclusiones abordan los diferentes aspectos contenidos en la estructura capitular, pero toman como eje de análisis el olvido. Por último, se incluyen algunos datos del contexto de estudio y las obras consultadas durante el curso de la investigación.

CAPÍTULO I. Introducción al problema de la tercera edad

Para algunos investigadores del tema de la vejez, el envejecimiento demográfico en México, constituye en cierta forma, el efecto colateral no deseado del éxito de los avances tecnológicos puestos en marcha en el siglo XX, que dieron como resultado la disminución de la mortalidad y de la fecundidad (Ham, 2003:82-83). En México, el sector poblacional de la llamada tercera edad ha registrado un incremento exponencial insospechado en decenios anteriores. Este fenómeno social, además de modificar la pirámide poblacional, ha empezado a alterar las estructuras sociales, económicas y políticas de la sociedad.

En el Censo Nacional de Población 2010, el sector generacional conformado por las personas que sobrepasaban los 60 años, considerada en México la edad umbral del envejecimiento (González, 2015:114), alcanzó los 10.1 millones de personas (INEGI, 2010:3) y para el año 2015, ascendió a 12.4 millones que representan el 10.4% de la población (INEGI, 2016, párr. 12). Ham (2003) sostiene que, si bien se registró una tasa sostenida en el incremento de las personas mayores a partir de 1970, su crecimiento empezó a acelerarse en los últimos años.

Otros cálculos permiten avizorar que el incremento exponencial de este sector no se detendrá, debido a que los futuros viejos ya nacieron entre 1970 y 1990, que en el 2030 rebasarán el 17% y en 2050 el 21%. En esta propensión, para 2050 se prevé que el 25% del total de los habitantes será un adulto mayor. Este último cálculo apunta, en el mediano plazo, hacia una nivelación entre la cifra de la población envejecida y el estrato menor de 15 años. Esta previsión de la inversión de la pirámide demográfica y sus consecuencias vaticinadas para el futuro en todas las esferas de la vida social, dejan entrever la necesidad de realizar estudios sobre este fenómeno social denominado “envejecimiento demográfico”.

Uno de los factores determinantes del incremento de la población envejecida en relación a la población joven, es el alargamiento de la esperanza de vida

alcanzado por los seres humanos en las últimas décadas.¹¹ Ello constituye a su vez el indicador de que el proceso de envejecimiento en México aún no llega a su cúspide, si se considera que en sólo medio siglo la expectativa de vida fue duplicada, lo que indica también mediante una lectura detenida, que los adultos mayores, al menos en el medio rural, dependerán cada vez de un número menor de hijos, y que éstos, quizás deban enfrentar la necesidad de atender a dos generaciones a la vez (padres y abuelos), que se imbricarán como resultado de la extensión de la expectativa de vida (SEDESOL, 2010:16).

En el caso de México, la perspectiva descrita, sí puede ocurrir debido a que en 1950 la edad promedio de vida era tan solo de 36 años, en el 2000 era ya de 74, en la actualidad ha alcanzado los 75 años (González, 2015:118)¹² y se espera que en 2050 la expectativa de vida alcance los 80 años (Enríquez, *et al.*, 2008:148), ello significa que en un lapso inferior a cien años, la sociedad mexicana ha más que duplicado su longevidad.

Por todo lo anterior, el alargamiento en la esperanza de vida debe mirarse con reserva, pues el hecho de vivir más tiempo en el siglo XXI no significa vivir mejor. En el presente, en un escenario en que el envejecimiento poblacional aún no alcanza su vértice como se ha abordado, un alto porcentaje de ancianos pervive dentro de atmósferas de dependencia, soledad y abandono, sometidos al olvido social, olvido que se traduce en pobreza y pobreza extrema para los protagonistas de esta etapa de vida, motivo por el que este incremento del

¹¹Una investigación reciente de la Organización para la Cooperación y el Desarrollo Económico, OCDE (informe Panorama de la Salud 2017), indicó sin embargo, que producto de su baja inversión en salud, la esperanza de vida de 75 años alcanzada en México, es inferior en 6 años a la media lograda por el resto de los países afiliados a dicha organización, la nota periodística que dio a conocer el informe inicia de la siguiente forma: “La situación de la salud en México es decepcionante. Comparado con los países de la Organización para la Cooperación y el Desarrollo Económicos (OCDE) –de la que es miembro– tiene la esperanza de vida más baja, 75 años, lo cual es casi seis años menos que el promedio en la agrupación. La inversión en el sector se ha mantenido igual en los recientes 12 años, 6 por ciento del producto interno bruto (PIB), lo que explica resultados como que la probabilidad de muerte de los mexicanos en el primer mes posterior a un infarto al corazón es cuatro veces más alta.” (Cruz, 2017/11/10 <http://www.jornada.unam.mx/2017/11/10/sociedad/035n1soc>).

¹²Enríquez *et al.*, señalan que la expectativa de vida actual es de 77 años (2008:148).

periodo existencial resulta adverso para muchos viejos que no pueden cubrir sus necesidades fundamentales (alimentación, salud, vivienda).

Así, la ancianidad del presente atraviesa uno de sus momentos más críticos a nivel global, ensombrecidos aún más por las formas de olvido en las que se encuentra inmersa, donde la exclusión social, cultural, económica y política se agudizan entre más aumenta, situación que obliga a volver la mirada y a analizar los mecanismos con los que el olvido social mina la existencia de los envejecidos, quienes se ven forzados a adoptar medidas de infrasubsistencia para encarar su devenir, porque en el presente los adultos mayores han sido segregados al vacío del olvido social mediante su expulsión del plano público, el confinamiento precario, el despojo de sus roles laborales y la pérdida de presencia cultural y política, convirtiéndolos en una de las poblaciones más desprotegidas, empobrecidas, discriminadas y maltratadas. García Ramírez señala que cuando una comunidad de vida es agredida a través de la negación, ésta se vuelve invisible, inexistente, ya que ha sido borrada y colocada fuera de los márgenes de lo visible, frontera que en este trabajo es descrita como olvido social, el factor que se eterniza e incrementa dejando como saldo un olvido lacerante que denigra en todas las esferas sociales la presencia de los viejos. García Ramírez plantea una reflexión precisa:

No ocupar un lugar en el espacio social, implica no reconocer que son sujetos humanos, sujetos con derechos. Uno de los estragos de la modernidad que ha pasado desapercibido es el hecho de que la vejez, al haber sido estereotipada culturalmente, dejó de ser relevante, incluso en los discursos de corte humanista. Su presencia fue olvido y, al mismo tiempo, negación e invisibilidad... ocurre que en el mundo de vida “ese nadie” es aquel que se convierte en invisible, pues no hay palabra que lo enuncie ni espacio que lo acoja. Quien ignora al otro, lo borra del mapa público. El acto intencional de quien niega a otro y lo lanza a la frontera de lo inexistente. (García, 2006:22).

Al igual que García Ramírez, el resto de autores consultados sitúan el acento de sus investigaciones en la exclusión y negación social de los envejecidos como si la legislación general también los descartara. Al respecto, es necesario resaltar, que en efecto, las reglamentaciones nacional y estatal (penal y civil), al

exceptuarlos,¹³ respaldan el tono de los llamados, y que, la legislación en la materia, llamada Ley de los derechos de las personas adultas mayores, fue instituida hasta el año 2002. Dicha Ley es de suma importancia, podría afirmarse que aborda todos y cada uno de los aspectos que atañen a la vejez, propugna por sus derechos como personas humanas con derecho a la educación, al trabajo y al ejercicio pleno como ciudadanos; pero es necesario recalcar, que al igual que muchas otras leyes que enaltecen los más caros preceptos humanos, esta ley, si bien ha sido decretada, en un país en el que por tradición se regatean las normas que conciernen al bienestar de las personas, debe ser conquistada y para lograrlo, junto al sector envejecido, la sociedad en su conjunto debe luchar a su lado desde los distintos ámbitos, en este caso, el sector académico tiene una enorme responsabilidad a la que esta investigación intenta contribuir.

Es en ese sentido que la investigación de la tercera edad, en especial la que se desarrolla y continúa escribiendo su historia bajo el manto del olvido social, es

¹³ Las distintas legislaciones que conforman el corpus moral de la nación mexicana exceptúan al sector envejecido. En el Código Civil por ejemplo, únicamente se esboza un marco de protección al patrimonio de las “personas mayores de edad” Congreso de la Unión. 2013. Código Civil Federal. México, Cámara de Diputados. Recuperado de: http://www.diputados.gob.mx/LeyesBiblio/pdf/2_241213.pdf en el Artículo 1551 referido a testamentos. En el Código Penal, prácticamente no existe una sola alusión (Código Penal Federal. 2017. http://www.diputados.gob.mx/LeyesBiblio/pdf/9_260617.pdf) y lo mismo ocurre con el Código Penal del estado de Guerrero (Código Penal para el Estado Libre y Soberano de Guerrero, 2016. <http://i.guerrero.gob.mx/uploads/2016/01/36-Cod-Penal-Edo-499.pdf>). En la Constitución Política en cambio, en sus preceptos referentes a los Derechos Humanos y sus Garantías, el Artículo 1o. señala: “En los Estados Unidos Mexicanos todas las personas gozarán de los derechos humanos reconocidos en esta Constitución y en los tratados internacionales de los que el Estado Mexicano sea parte, así como de las garantías para su protección, cuyo ejercicio no podrá restringirse ni suspenderse, salvo en los casos y bajo las condiciones que esta Constitución establece.” Y el Artículo 4o. consigna: “El varón y la mujer son iguales ante la ley. Esta protegerá la organización y el desarrollo de la familia [...] Toda persona tiene derecho a la alimentación nutritiva, suficiente y de calidad. El Estado lo garantizará. Toda persona tiene derecho a la protección de la salud. La Ley definirá las bases y modalidades para el acceso a los servicios de salud y establecerá la concurrencia de la Federación y las entidades federativas en materia de salubridad general...” Como puede apreciarse, desde siempre la Carta Magna ha propugnado por los derechos humanos y garantías de los mexicanos sin distinción de edad ni género, pero al igual que la Ley de los derechos de las personas adultas mayores, las conquistas de civilización plasmadas en la Constitución también deben propugnarse (Congreso de la Unión. 2011. Recuperado de: <https://www.juridicas.unam.mx/legislacion/ordenamiento/constitucion-politica-de-los-estados-unidos-mexicanos#10536>).

una responsabilidad que no puede eludirse, tanto para mejorar las condiciones existenciales de los viejos del presente, como para mejorar los horizontes de aquellos que nos aproximamos a dicha etapa, con el fin de mejorar y garantizar su bienestar en los únicos tiempos que aún podemos construir: presente y futuro.

Objetivos

- Analizar cómo afecta el olvido social al segmento envejecido al traducirse en prácticas socioculturales adversas como la discriminación, segregación y exclusión de la vida pública, económica y política, a través de aproximaciones teóricas y empíricas, que posibiliten comprender cómo esa postergación repercute en su existencia al transformarse en soledad, enfermedad, pobreza y pobreza extrema.
- Sentar las bases de un nuevo modelo teórico del proceso de envejecimiento humano, a partir del estudio etnográfico y fenomenológico de las manifestaciones de olvido social que se presentan en la realidad que habita, que permita entender las problemáticas que esta omisión acarrea a los ancianos del presente y, a partir de él, puedan delinearse alternativas que coadyuven a elevar la calidad de vida de los adultos mayores que envejecen bajo este estigma sociocultural.
- Investigar las interacciones existentes entre olvido y memoria, y cómo esta puede oponerse a los embates que el olvido social inflige a los mayores, por medio de la observación participante y el estudio teórico de estas dos determinantes históricas, con la finalidad de interpretar las acciones memorosas que determinados grupos de ancianos han emprendido en diversas zonas geográficas del estado de Guerrero por medio de movimientos armados para la defensa de los pueblos.

Hipótesis

- La segregación de los adultos mayores del ámbito social, cultural, político y económico, es en el presente una práctica cotidiana que la sociedad no-

anciana inflige a la población de la tercera edad, propendiendo al olvido social como cultura hegemónica sobre el sector envejecido.

- Los malestares que el olvido social acarrea a la sociedad anciana pueden ser detenidos por medio de la memoria colectiva, debido a que ésta tiene la capacidad de otorgar reconocimiento a aquellos que han sido desterrados de la vida social, cultural, económica, política e histórica, a través de manifestaciones públicas de memoria que permitan la revalorización de la ancianidad dentro de los contextos humanos, para ser divisados paralelamente como una responsabilidad que no puede y no debe ser eludida.

¿Cómo estudiar la ancianidad? una etnografía fenomenológica

La investigación se realizó en la región Norte del estado de Guerrero, subregión Alto Balsas,¹⁴ con personas de la tercera edad que no reciben ningún pago pensionario o que dedican sus esfuerzos de subsistencia a sectores informales de la economía, con la finalidad de investigar las condiciones sociales, culturales, políticas, históricas y económicas en las que dicho sector quinquenal se encuentra (ancianos rurales)¹⁵, para mediante ello analizar el estado de olvido

¹⁴Ver apéndice

¹⁵ En su obra *Cosechas de ira*, Armando Bartra revela las condiciones de pobreza en las que subsisten los habitantes del medio rural mexicano, brindando datos alarmantes de la crisis que este espacio atraviesa a nivel nacional, especificando que “en el campo ocho de cada diez personas son pobres y de éstas, seis o siete son miserables” (2003:11). Estos datos indican que la ruralidad es uno de los contextos más empobrecidos de México, donde la marginación y la ausencia de fuentes de empleo, terminan por orillar a sus habitantes a emigrar, rompiendo con tal movimiento la cultura milenaria del medio rural. En referencia a la urbanidad, la ruralidad se encuentra en desventaja, siendo que en ella es donde se presentan los índices más elevados de pobreza y marginación social. Envejecer en la ruralidad por tanto, constituye un trayecto aciago que los habitantes de este contexto atraviesan, como resultado de la marginación en que se encuentra. La tercera edad en el medio rural observa cualidades específicas, dentro de las que destaca la exclusión de los programas de apoyo y atención al sector envejecido, de los que en mayor grado suelen beneficiarse los ancianos del medio urbano, contexto donde dichos programas tienen mayor eficiencia. De igual manera, el índice de jubilación formal en la ruralidad es ampliamente inferior al que la urbanidad presenta, situación que da como corolario una vejez dependiente y vulnerable (Arcos, 2013:31), asimismo, el grado de escolaridad de los viejos rurales es ínfimo en comparación al que los viejos urbanos alcanzan, lo que los hace constantemente vulnerables a las políticas gerontocidas (véase capítulo III), políticas que

social en que la población anciana pervive, olvido que se hace tangible en las condiciones de pobreza y pobreza extrema en las que un alto porcentaje de este segmento continua envejeciendo. Así, el estudio del olvido social como determinante existencial de los ancianos, permitió paralelamente el análisis de las manifestaciones de memoria promovidas y militadas por los viejos, dentro de las que destacan las policías comunitarias.

La etnografía fue el enfoque metodológico predominante en la investigación, “debido a sus caracteres particulares que permiten, impulsan y obligan el contacto directo con el grupo de estudio” (Galindo, 1998:350), ello facilitó la obtención de información de primera mano, a través de la insustituible convivencia con los protagonistas de esta última etapa existencial, utilizando análogamente métodos biográficos como la historia de vida (Mallimaci y Giménez, 2012:176) el relato biográfico (Pujadas, 2000:133) y el estudio de caso (Nocedo, 2002:94), para profundizar sobre las problemáticas sociales que el olvido atañe al segmento mayor y la forma en la que la memoria colectiva puede oponerse a dicho malestar social, indagando las necesidades, preocupaciones y esperanzas que albergan los viejos en el presente. Se trabajó con treinta y siete personas de la tercera edad, diecisiete hombres y veinte mujeres, mismos que según la circunstancia vital que atravesaban fueron entrevistados, acción que se realizó en los contextos y horarios de su propia elección; para el caso de los ancianos asilados, quienes no pudieron elegir con libertad el espacio, eligieron el día y la hora, respetando los horarios de visita propios de la institución.

La interacción con el otro que la etnografía posibilitó en este trabajo (Galindo, 1998:350), simboliza una de las piedras angulares para el entendimiento de las condiciones de pobreza, los contextos de vida, sociales y geográficos de los adultos mayores. La experiencia de convivir con los ancianos dentro de sus ambientes cotidianos, fue un punto de partida para la explicación del envejecimiento precario cimentado sobre las bases del olvido social. Conocer

degradan en todos los niveles la presencia de los viejos, al volverlos invisibles y condenarlos al olvido social (Ibíd., p. 31).

presencialmente sus hogares, sus espacios de desenvolvimiento, sus historias laborales y de vida, fue esencial para comprender las implicaciones que envejecer bajo el manto del olvido arrastra consigo.

Para lograr la profundidad etnográfica requerida en este estudio, se aplicaron los fundamentos fenomenológicos de Schutz, así, la interpretación de los *objetos ideales* (Schutz, 1962:119) compuestos por los sentimientos, sueños, anhelos, fantasías, utopías y todo tipo de pensamientos ilusorios que conforman gran parte del mundo personal de los envejecidos, se sujetó a lo que ellos consideraron importante, pues en todo momento, la realidad que se consideró en esta investigación, fue aquella que los entrevistados percibieron como importante (Taylor & Bogdan, 2013:15). Esto ayudó a construir una *descripción densa* (Geertz, 1991:19), que posibilitara la explicación de las características que presenta la cultura de la ancianidad olvidada como alteridad inmediata.

El método etnográfico brindó las pautas fundamentales para lograr una investigación de la cultura y los modos de vida de la ancianidad; como se ha mencionado, este esfuerzo etnográfico fue acompañado de una visión fenomenológica que permitió penetrar más allá de la llana observación, fuera ésta participante, acompañante o a distancia, para de esta forma poder desdoblar el mundo subjetivo de las acciones económicas, sociales, políticas y culturales que conforman la existencia de este otro envejecido.

La fenomenología puede entenderse como la metodología que permite una nueva contemplación de la ancianidad, considerando que ésta no solamente destaca lo tangible u observable de la realidad y el presente que transitan los viejos, sino también posibilita comprender los amores y desamores que conforman el pensamiento de la sociedad mayor, quienes se esfuerzan por subsistir dentro de un sistema económico, político y social que lucha por mantenerlos al margen, sometidos al estigma de la *muerte social* (Laforest, 1991:147), a la que los ancianos han sido relegados y que enfrentan a través de conductas económicas clandestinas y subterráneas para poder subsistir.

Así, la etnografía y fenomenología conjuntadas, dieron lugar a una etnografía fenomenológica, a una descripción densa como aquella que Geertz propone (Geertz, 1991:19), en este caso, para realizar un análisis profundo de la ancianidad, ante todo porque este grupo representa una de las poblaciones más vulnerables, desprotegidas y olvidadas de la sociedad mexicana. Podrá comprenderse ahora, que la etnografía fenomenológica representa un método cualitativo realizado mediante la presencia del investigador en campo, visitando los espacios donde viven, frecuentan y laboran las personas que conformaron el grupo de estudio, por lo que este estar allí, sumergido dentro de sus vorágines cotidianas (incompresibles e indescifrables si no se atraviesan junto con los sujetos de estudio) hizo posible la aproximación a las experiencias de vida que éstos moldean diariamente y que conforman su identidad individual y colectiva (Galindo, 1998:350).

La visión fenomenológica presente en las etnografías realizadas, posibilitó incursionar en el mundo subjetivo de los viejos y visualizarlo como “algo más que una simple presentación sensorial” (Schutz, 1962:35), toda vez que éste representa el imaginario, la cosmovisión, la pertenencia y la identidad con su edad, al igual que otros sentires que permean intensamente la vida de los viejos como la depresión, la tristeza y la *fuerza mesiánica* (identificada por Gandler, 2009:40), expresada en este estudio, en los grupos de ancianos dispuestos a realizar manifestaciones de memoria mediante la toma de las armas, acciones que en gran medida se han opuesto al olvido social en el que habían sido soterrados. Puede comprenderse así, que la etnografía fenomenológica permitió pensar y asimilar los pensamientos del otro (Geertz, 1991:19), los objetos ideales que pertenecen a una dimensión intangible en constante movimiento y desenvolvimiento, que evolucionan al paso del tiempo y que por lo tanto son totalmente vulnerables a los embates del olvido, elemento presente dentro de toda construcción sociocultural.

La forma como la etnografía fenomenológica fue empleada en el estudio del olvido social en el que se encuentra gran parte del sector envejecido, permitió

percibir el olvido como un malestar sociocultural con severas repercusiones a nivel social, cultural, psicológico, político, económico e histórico, cuando éste recae sobre una determinada capa poblacional. El escenario planteado es el que en la actualidad ejemplifica con claridad la cultura de la ancianidad (Aréchiga y Cereijido, 1999:107) estudiada.

El estudio del olvido y las formas en las que se manifiesta dentro del presente (Augé, 1998:96), fue desglosado de manera etnográfica y fenomenológica, sobre todo porque se trabajó con un sector específico: los ancianos, quienes han sentido las repercusiones tangibles e intangibles que el olvido social produce dentro de su realidad inmediata. Ello tornó de importancia vital conocer la función que la memoria y su ideal, conceptualizado por Ricoeur como *deber de memoria*, tienen dentro de la realidad y qué correlación entrañan la memoria con el olvido sobre poblaciones puntuales (Ricoeur, 2000:118). El ingreso a la dimensión subjetiva e intangible del olvido y la memoria, elementos que se vuelven perceptibles dentro de las esferas que conforman los contextos vitales habitados por los viejos habría sido imposible sin esta metodología compuesta.

En el cuarto apartado de este trabajo se analizan dos asilos regionales, espacios que fueron comprendidos como contextos cerrados, tanto simbólica (no participación, ni consideración social) como estructuralmente (donde los sujetos deben permanecer de manera obligada), en los que se emplearon las categorías del afuera y del adentro, determinantes básicas para comprender lo que el encierro representa para los envejecidos, quienes una vez inmersos en las atmósferas asilares se ven afectados por el olvido social, el confinamiento y el anonimato desmemoriado, agentes que repercuten en la calidad de vida de este grupo, manteniéndolos al margen y fuera de la toma de decisiones nacionales que competen a todos los ciudadanos, mostrando cómo el olvido es inducido por la sociedad no anciana que constituye el afuera y ha convertido al espacio asilar en un adentro excluyente que no significa más que olvido y muerte social para sus residentes.

La etnografía fenomenológica permitió interpretar las manifestaciones de memoria emprendidas por los ancianos, exponiendo los sentires nostálgicos que este grupo alberga hacia el pasado, mostrando cómo la capacidad de recordar y evaluar el presente a través del antaño, representa una alternativa vital para intervenir activamente dentro tiempo en curso (Augé, 2007:10), posibilitando mediante ello la creación de un futuro verdadero. Evaluar las manifestaciones memorosas encarnadas en movimientos armados —militados esencialmente por viejos—, más allá de ilustrar intentos sociales que buscan recuperar la soberanía de existencia, muestran cómo el olvido social que padecen los ancianos puede ser combatido mediante el empleo de la memoria como agente de emancipación.

Ni el sentido común ni la ciencia pueden avanzar sin apartarse del examen estricto de lo que es real en la experiencia”. Esta formulación de A.N. Whitehead fundamenta su análisis de la organización del pensamiento. Hasta la cosa percibida en la vida cotidiana es algo más que una simple presentación sensorial. Es un objeto de pensamiento, una construcción de índole sumamente compleja, que sólo incluye formas particulares de sucesiones en el tiempo, que la constituyen como objeto de un solo sentido —por ejemplo, la vista—, y de relaciones espaciales, que la constituyen como objeto sensorial de varios sentidos —por ejemplo, la vista y el tacto—, sino también presentaciones sensoriales hipotéticas, imaginadas, que la contemplan. (Schutz, 1962:35).

En esta metodología se realizó una investigación de *frente al presente* (Augé, 2007:10), debido a que toda figura de olvido se hace latente dentro de este tiempo, en el aquí y ahora del tiempo que transita. Por lo que el estudio de las interacciones del olvido y la memoria es un cometido vital para la comprensión de lo que envejecer en el siglo XXI significa, por ser una época marcada por los usos y abusos de olvido (Ricoeur, 2000:110), que han sido utilizados incesantemente para invisibilizar a una de las poblaciones más disminuidas de la nación: los ancianos.

CAPÍTULO II. Marco Teórico

*Sobre la base del olvido no puede construirse
el presente y mucho menos un futuro.¹⁶*

Confrontación olvido-memoria

En este capítulo se desarrolla una discusión teórica del olvido social, los tipos de falsa memoria y la memoria colectiva, profundizando en las repercusiones que el olvido social y la falsa memoria tienen en la sociedad, especialmente sobre poblaciones vulnerables como la tercera edad, enfatizando cómo tales malestares socioculturales pueden ser revertidos con el empleo de la memoria colectiva. Asimismo, se presentan los principales modelos teóricos con los que se estudia la vejez en la época contemporánea, para sentar las bases de un nuevo modelo teórico (acercamiento a la teoría del olvido social) que permita comprender de mejor forma este periodo vital.

Hablar de olvido significa necesariamente hablar de memoria, porque el olvido no puede concebirse de otra forma si no como un devastador del recuerdo, de la historia, de la memoria colectiva. Para Marc Augé, “la memoria y el olvido guardan en cierto modo la misma relación que la vida y la muerte...” (1998:104) porque recordar significa aferrarse a la existencia, mantener vigente el pasado como explicación del presente y una lectura anticipada del porvenir. La memoria es el articulador del funcionamiento social, cultural, histórico y político, sobre el que se desenvuelven los actores sociales. El olvido en cambio, opera en sentido contrapuesto, es el supresor del recuerdo, la negación de la identidad social, el deshonor de los acontecimientos importantes, es decir, la profanación de la historia. La desmemoria no implica la confirmación ética que admite a la sociedad actuar como ser histórico para perfilarse hacia un destino promisorio. En cada sociedad, en cada época, entre el olvido y la memoria se libra una batalla histórica sin tregua, por ello es necesario identificar el punto en que se interceptan y el mecanismo que posibilita al olvido minar los terrenos de la memoria. Identificar

¹⁶Mendoza, J. s. f. Reconstruyendo la guerra sucia en México: del olvido social a la memoria colectiva.

la frontera simbólica que separa a la memoria y el olvido, permitiría tomar partido en favor de la memoria, porque en su pugna incesante, el más aventajado es el olvido, y la derrota de la memoria no conviene a los pueblos, y menos aún a las poblaciones vulnerables.

Si la memoria implica un esfuerzo socialmente realizado sobre la base de la tradición oral (la narración y el relato, que confirma a los sujetos como seres históricos y como sociedad dotada de identidad) el olvido, su antagonista, se sustenta en formas simples y cotidianas que no entrañan ningún esfuerzo, como la indiferencia hacia el pasado y el presente. Si se admite que los sucesos históricos antes de convertirse en históricos deben ser comprendidos y valorados en su tiempo, para que de esa manera trasciendan y puedan ser colocados dentro de las estructuras memorosas; la apatía entonces, cobra el papel de una peligrosa patología social que imposibilita a las personas sistematizar y transmitir el mínimo recuerdo. La indiferencia social hacia su devenir, impide la creación de recuerdos que sustenten el legado histórico de grupos y pueblos, el resultado es la consagración del olvido como doctrina social. Este implacable soterrador de la historia individual y colectiva, deja trunca la conciencia humana e impide la construcción de un estado donde las diferencias sociales abismales no conformen su identidad. Este es el punto en el que radica la importancia de la memoria, como guía histórica dentro del presente, competente para encarar al mal dirigido poder y pugnar por el bienestar de la comunidad.

Al dar por sentado que en esta lucha el gran aventajado es el olvido, que no significa más que una memoria anulada, inexistente, esta memoria invalidada será incapaz de apostar por la emancipación de las clases subalternas que en el aquí y el ahora son las amplias capas de población llamadas “grupos en riesgo de exclusión”, “excluidos” o “vulnerables sociales”, predominantes en la mayoría de las naciones situadas en esa enorme porción del planeta llamada “Tercer Mundo”, donde los más profundos atavismos como la injusticia social y, por tanto, la pobreza, han constituido su devenir. Se denomina vulnerables a las personas o grupos no sólo en situación de pobreza, sino además, a aquellos que por sí

mismos no podrán trascender su situación desventajosa (Pizarro, 2001:11), y, para remontar su situación aciaga, requieren que el Estado, a través de sus leyes y políticas públicas, adopte una posición ética en vez de proceder dictatorial; asimismo, al ser el sistema social el que genera dicha vulnerabilidad, los mecanismos que la propician requieren ser desarticulados, y ello no podrá lograrse con sociedades desmemoriadas, desconocedoras de su historia.

Los “pauper, lumpen, bribones, desempleados, obreros y [ahora] los viejos” (García, 2006:119) viven en pobreza absoluta —si a eso se le llama vivir— porque sus sociedades los ha olvidado. Los ha colocado en los planos de la no-memoria, los ha dejado en el plano de la no-existencia. Esta forzada movilidad social negativa es un truco de olvido, para borrar de la memoria colectiva a aquéllos que ya no son de utilidad para el sistema o lo incomodan. Estas desapariciones y ocultamientos son dolorosas figuras de olvido fabricadas por el poder, que así como posee el monopolio del castigo, también ostenta el monopolio del olvido (Bobbio, 199:77). Él decide qué debe olvidarse, el olvido es un flagelo que desgarrar la *voluntad* social y la memoria cultural,¹⁷ despojando al hombre de los referentes históricos que le dieron origen. Esta dinámica aplastante representa un agravio para todos aquellos indefensos, para todos aquellos que no tienen voz, y, cuando un grupo deja de ser escuchado, será vulnerable a los caprichos del olvido y a las instituciones que lo patrocinan.

Ha de comprenderse que cuando el olvido es producido por las estructuras de poder, más allá de ocultar una problemática latente, se está escondiendo la ineptitud o el desinterés de dichas estructuras para mejorar las condiciones de existencia de los involucrados en tales circunstancias, razón por la que, al manipular la memoria (memoria manipulada) y dirigirla a otros planos, extraviándola de lo que es verdaderamente importante (desviándola a puntos

¹⁷ Nuestra memoria no sólo tiene una base social, sino también una base cultural. La memoria cultural es compleja, pluralista, y laberíntica; engloba una cantidad de memorias vinculantes e identidades plurales distintas en tiempo y en espacio, y de esas tensiones y contradicciones extrae su propia dinámica. Mendoza, 2007:11)

falsos), crea memorias insípidas y quiméricas, carentes de la conciencia revolucionaria que porta la memoria real, capaz de dar cuenta de los problemas actuales a base de la exposición del pasado como punto de partida y guía histórica. Ello convierte a la memoria manipulada en una memoria falsa que satura a los individuos de información irrelevante, carente de sentido social, responsable principal del estanco en el mejoramiento de la realidad presente. La similitud entre la memoria manipulada y el olvido es muy profunda, por tanto, representan un binomio competente para desarticular el *deber de memoria* propuesto por Ricoeur (2000:118). Ese deber de dimensiones axiológicas es planteado como “la matriz de la historia, en la medida en que sigue siendo el guardián de la problemática de la relación representativa del presente con el pasado...” (Ibíd.) Entonces, esta desarticulación del *deber de memoria*, de la memoria real, termina por ser nada menos que un artificio de olvido, que convierte a la memoria en olvido.

El olvido posee entonces una fuerza formidable, competente para invertir este *deber memoroso* (solidificado en la importancia de recordar) en su propio enemigo, mediante los abusos de la memoria u olvido, quienes llegan a resultar ser lo mismo, debido a vicios explicados en la forma siguiente: “demasiada memoria en tal región del mundo, por lo tanto, abusos de memoria; no suficiente memoria en otro lugar, en consecuencia, abusos de olvido” (Ricoeur, 2000:118). De esta forma, se entiende a la sazón, que la sobre utilización de cualquiera de los dos elementos, sólo beneficia a uno: el olvido, quien sigue expandiendo su alcance y afianzando su existencia.

Esta particular fuerza del olvido está respaldada por el presente, debido a que todas las manifestaciones de olvido se suscitan en este tiempo, aunque hayan surgido en uno anterior... pues se puede olvidar que se ha olvidado, y no por ello el olvido deja de existir, todo lo contrario, éste se afianza y perpetúa. Augé expresa la aparición del olvido como “instantes en los que el presente se libera del pasado sin dejar transparentar nada del futuro que origina su movimiento”

(1998:96), lo que muestra cómo el olvido imposibilita a la sociedad para prever su porvenir, porque al olvidar, rompe los nexos con su historia e identidad.

El tiempo representa una constante agresión a la conformación de la historia, sobre todo cuando se encuentra saturado de abusos de olvido-memoria, que imposibilitan la construcción de una identidad social positiva. Gran parte de este conflicto está adscrito a la particularidad efímera y volátil del mismo tiempo, que puede ser descrito bajo los talantes de un futuro no existente y repleto de incertidumbre, un pasado que quedó atrás y un presente caducado instantáneamente (Ricoeur, 2013:44). Entonces, el transcurrir del tiempo puede ser una modalidad de olvido, cuando éste transita de manera silenciosa y es saturado de informaciones irrelevantes, truncando la aparición de una memoria sólida, que rescate los sucesos trascendentes que bien podrían fungir como referencias para la emancipación social.

El tiempo, es por lo tanto un factor capaz de brindar o negar existencia, porque en su forma presente puede tener lugar y presencia cualquier expresión; sin embargo, al paso de los días, todo carece de certidumbre; esta falta de certidumbre se acentúa cuando el presente no es divisado como un momento relevante, que debe ser vivido de manera responsable, debido a que posteriormente se convertirá en historia. De esta forma, si no existe esta visión social del presente ni la capacidad de transformarlo en memoria actual, el presente seguirá fungiendo como el hogar del olvido... porque es en este momento donde el olvido cobra forma, sobre todo cuando la memoria se extravía y se rompen los nexos con el ayer, dejando vacíos que bien pueden ser entendidos como rupturas históricas que destruyen el pasado, dejando sólo al ahora y al presente como único tiempo (Ricoeur, 2000:645), circunstancia que descoloca a los individuos de sus referentes anteriores a los que deben su propia existencia. La consolidación de una “memoria del presente” como acción social responsable, es una piedra angular para frenar los incesantes embates que propina el olvido a la memoria colectiva. Porque si bien el tiempo es imparable, implacable y omnipresente, éste no debe constituirse entrada incondicional del

olvido, sino el lienzo sobre el que la humanidad debe escribir su historia, plasmando en él las *huellas* (Gandler, 2009:51) de su actuar cotidiano, que conforman su memoria cultural, social y colectiva.

La facultad de recordar y almacenar recuerdos que posee la memoria, es de importancia vital para la construcción de la sociedad, motivo por el que a lo largo de la historia, múltiples grupos luchan y han luchado por poseerla y controlarla... Este escenario vuelve a la memoria un sinónimo del ejercicio de poder, porque quien es dueño del legado, histórico puede disponer del presente y acomodar el futuro a su conveniencia, al grado de convertir la memoria en olvido y a base de ello desaparecer grupos sociales completos, dejándolos desprotegidos y al margen de toda oportunidad de crecimiento, desarrollo y participación social. Por lo tanto, comprender el poder que ejerce el olvido y las repercusiones que le acompañan, cuando se enfoca sobre poblaciones vulnerables, es un cometido ineludible para poder explicar las condiciones sociales, económicas, políticas, culturales e históricas en las que gran parte de la población envejecida reproduce su existencia.

Una ancianidad invisible... el manto del olvido

Los elementos anteriores constituyen un intento por explicar la confrontación histórica que sostienen el olvido y la memoria, y por hacer patente el permanente riesgo de capitulación de la memoria ante el olvido y a quiénes afecta su derrota. En torno a esta advertencia, a continuación se analizan las vicisitudes que se promueven cuando el olvido rebasa a la memoria e invade los planos evolutivos de la realidad, transformándose en un actor cotidiano que transmuta y altera el curso social. Para ello se abordan las tres figuras de olvido planteadas por Augé (1998:78): el *retorno*, el *suspenso* y el *reinicio*, más otras formas de falsa memoria propuestas por Ricoeur: la *memoria manipulada* y la *memoria impedida*, que en realidad no son más que rostros de olvido que truncan la formación de una memoria verdadera. Mediante ello, se advierte cómo el olvido, más que una acción cognoscitiva que aniquila el recuerdo, es una práctica colectiva que agrede el funcionamiento social, porque el olvido rompe las estructuras culturales

y sociales, produciendo repercusiones dentro de otros rubros como los económicos y políticos; por lo que, el entendimiento de las representaciones y manifestaciones en las que el olvido se presenta, se vuelve crucial para comprender cómo funciona el olvido y el no olvido.

Una vez establecido el contenido de este subtítulo y las figuras de olvido y tipos de falsa memoria que serán abordadas, se analizan las repercusiones que el olvido tiene sobre una población especialmente relegada: la tercera edad. Para iniciar entonces, puede concebirse el olvido como una ruptura, un abandono, un dejar atrás... Práctica colectiva que resulta lamentable cuando se enfoca al grupo envejecido, porque este olvido se transforma en muerte, en *muerte social*,¹⁸ la desaparición más dolorosa que alcanza a gran parte de la población envejecida. Debe aclararse sin embargo, que la relación entre olvido y ancianidad no es nueva, ni acaba de nacer, sino todo lo contrario, guarda una relación ancestral que se ha reproducido desde tiempos inmemoriales, y que se ha traducido en una gran diversidad de *ritos de paso* y prácticas colectivas aplicadas por distintas culturas y sociedades, ajustándose a su época y necesidades, por ejemplo, el hombre prehistórico dejaba atrás a los miembros envejecidos del grupo cuando éstos empezaban a convertirse en un obstáculo para la subsistencia (Ferrero, et al., 1998:18). Los Inuit, al envejecer, se alejaban de su comunidad para morir congelados, o eran abandonados por sus familias antes de que éstos comprometieran su futuro (Ruesh, 1955:80). En el Congo, los envejecidos, eran eutanisados mediante ritos de paso como enterramientos en vida (Ferrero, et al., 1998:18). Como estos ejemplos existen muchos más, y aunque están matizados por particularidades socioculturales, todos ellos muestran cómo la edad avanzada¹⁹ encarna una manifestación de abandono, muerte y olvido.

¹⁸Jacques Laforest (1991), describe la “muerte social” como la nulidad familiar, social, cultural, económica, política e histórica que los sujetos atraviesan al lograr edades avanzadas.

¹⁹En México, en el artículo 3o de la Ley de los derechos de las personas adultas mayores, establece que la tercera edad inicia a los 60 años (SEDESOL/ INAPAM, 2014:10-119. El programa de apoyo a los adultos mayores (Pensión para Adultos Mayores) sin embargo, establece los 65 años cumplidos para que una persona desafiada de la seguridad social sea beneficiaria por éste (SEDESOL, 2016:3).

Debe mencionarse que aunque la vejez es del olvido una constante, la intensidad de este abandono ha variado dependiendo la época y cultura en la que se encuentre; en los imperios inca, romano y griego por ejemplo, la ancianidad no tan solo no era olvidada, sino que ocupaba un lugar privilegiado. En esas sociedades los ancianos eran considerados historia viviente y ocupaban lugares preponderantes dentro de la política y de la sociedad de la que formaban parte. Para algunos autores, el reconocimiento de los viejos en la historia se ha caracterizado por ser “pendular” (De la Serna, 2003:1) y por sufrir cambios constantes, ya fuera por su número abrumador o por constituir, en términos de número, un grupo insignificante; debido a que en épocas de abundancia fueron contemplados como sabios, y en las de crisis como dolorosos lastres (Ibíd., 2003:2). Estos vaivenes en la consideración social hacia los mayores, pueden deberse a que el olvido es determinado por las circunstancias sociales por las que transita la cultura, y bajo esta premisa, considerar que en la actualidad la mayor parte del sistema mundo se encuentra inmerso en el capitalismo neoliberal,²⁰ doctrina económica caracterizada por la generación de pobreza, pobreza extrema e injusticia social, donde gran parte de la población subsiste bajo condiciones de estricto sufrimiento (Sánchez, 2005:9,11), no ha de resultar extraño que el olvido de los viejos cobre ahora rasgos aterradores, sobre todo porque este modelo económico, pondera la juventud y productividad como esenciales para la consideración social del individuo (Laforest, 1991:151).

En las fuentes consultadas durante la investigación, se invoca un cambio inaplazable al apuntar que el olvido social de la ancianidad representa en la actualidad un fenómeno cotidiano que sigue proliferando y manifestándose dentro de las comunidades humanas, y que el abandono de los adultos mayores, sea relativo o absoluto, no es una práctica del pasado, sino una constante

²⁰El neoliberalismo, expresan los autores de “La larga noche neoliberal”, es el principal causante de pobreza y desempleo a nivel global, mismo que trae aparejados problemas sociales, culturales, económicos y políticos, agregan asimismo, que es el principal causante de la desigualdad social en la época contemporánea, motivo por el que la reflexión sobre las problemáticas que este modelo entraña, resulta urgente, para poder enfrentar la crisis del presente.

histórica, cada vez más frecuente y normal, por lo que, algunos autores señalan que existe una similitud asombrosa entre lo que sucedía dentro de las colectividades prehistóricas y lo que ocurre dentro de las contemporáneas, sobre todo en países pobres, donde la mayor parte de la población vive bajo condiciones precarias, y, los envejecidos imposibilitados para subsistir por sí mismos, son olvidados por sus familias y por la sociedad en su conjunto²¹ (García, 2006:212).

En esta dinámica social caracterizada por el olvido, la relación que guarda la memoria con la vida y el olvido con la muerte, corrobora el papel social que juegan los ancianos en la actualidad, entre la turbulencia de un olvido que traslada su lugar al plano de la muerte social. La muerte social de los mayores significa una existencia desgarrada y disminuida, que los sitúa permanentemente al margen de la sobrevivencia (situación potenciada por los padecimientos propios de la vejez –enfermedades, pérdida de movilidad física–. Conscientes de ello, el pesar de los mayores se incrementa en forma exponencial al ver que sus posibilidades de desarrollo decrecen según avanza su edad. En el marco del olvido así configurado, no es complicado comprender que los sujetos envejecidos habitan y se desenvuelven en una sociedad que lucha por olvidarlos, sea confinándolos al anonimato de los asilos o destituyéndoles de los roles productivos. Esta expulsión realizada por la sociedad hacia sus miembros mayores, representa una dinámica de olvido cada vez más aplicada, y que corrobora que el olvido se ha convertido en una necesidad social... porque pareciese que la población no anciana, necesita olvidar para ignorar el futuro que le aguarda cuando alcance edades avanzadas y con ello vivir la felicidad de su presente efímero (García, 2006:212).

²¹En tanto que la legislación mexicana no penaliza de manera expresa ni contundente el abandono de las personas mayores por parte de sus familiares como se apunta en el Capítulo I de este trabajo, en la Ley de los derechos de las personas adultas mayores, se responsabiliza a la familia de manera directa de asistirlos y al Estado a través de sus instituciones, para garantizar sus derechos a la salud, a continuar cultivando el desarrollo de sus facultades por medio de la educación y capacitación para el trabajo y tener un trabajo digno (SEDESOL/ INAPAM, 2014:20-24).

Aún sin necesidad de una reflexión profunda, cualquiera puede sopesar que olvidar socialmente a los viejos es convertir a una población vulnerable en una más vulnerable aún. En este trabajo se analiza que entre las repercusiones del olvido hacia la tercera edad del presente, al igual que para los que próximamente engrosarán sus filas, destaca la cancelación de la aspiración de un envejecimiento positivo y favorable;²² y que el olvido de los ancianos, más allá de significar el enterramiento del legado de los ancestros y la pérdida de los vínculos que dieron origen a la sociedad tal como la conocemos, representa una ruptura de la identidad colectiva, que potencia la desvalorización de aquellos que han envejecido, lapidando su presencia y participación social. Este olvido se transforma en otro tipo de prácticas socio-culturales insanas como la gerontofobia, que bien puede ser entendida como el repudio a la vejez y traducirse como maltrato a los mayores mediante discriminación, aislamiento, indiferencia y abandono (Dallal, 2003:309).

Dada la interrelación existente entre muerte social y olvido y la anulación social que el olvido significa para la ancianidad, el olvido deviene uno de los padecimientos más graves de los envejecidos. El hecho de que la sociedad olvide a las personas de la tercera edad, trae consigo implicaciones que repercuten directamente en la forma de envejecer de los individuos. Vivir bajo el manto del olvido, es, para cualquier grupo social, vivir sin voz, sin una presencia real, sin un lugar verdadero dentro de la comunidad, pero que se acentúa en el grupo de los que avanzan en edad, al que se le regatea el ejercicio de un rol social, cultural,

²² La vejez exitosa, óptima y positiva es conceptualizada por Papalia y Sterns (2003), como aquella en la que sus protagonistas, cuentan con apoyos sociales y familiares, con recursos económicos suficientes para cubrir sus necesidades fundamentales y con un estado de salud físico y psicológico adecuado que les permite desarrollarse como sujetos. La vejez negativa en contraste, es definida, como un periodo en el que los viejos se encuentran desprovistos de estos factores (económicos, sociales, familiares, corporales <salud> y psicológicos), posicionándola como una etapa de carencia y vulnerabilidad. Debe destacarse que el acceso de un sujeto envejecido a cualquiera de estos tipos de envejecimiento (positivo, negativo), se encuentra vinculado estrechamente con su historia individual, especialmente dentro del rubro económico. Siendo que en la generalidad de los casos los sujetos que envejecen en condiciones económicas óptimas, vivieron durante su juventud y adultez de la misma manera, situación similar a los viejos que cursan esta etapa vital bajo condiciones de pobreza, quienes subsistieron bajo tal condición la mayor parte de su vida.

político y económico saludable que brinde solvencia a sus necesidades materiales y espirituales básicas, que propicien un envejecimiento óptimo, mismo que puede ser promovido sea por medio de la política pública o la organización social que ayude a franquear las brechas intergeneracionales y permita a los viejos su reinclusión social.

Es el olvido entonces uno de los principales obstáculos para alcanzar el envejecimiento positivo, aquel que Papalia y Sterns emplean para referir a una vejez donde los envejecidos cuenten con los recursos materiales y sociales adecuados para una digna existencia, tomando en cuenta que para la consecución de éste, entran en juego principalmente cinco factores esenciales: el bienestar económico, el social, familiar, corporal (salud) y psicológico (salud mental, redes sociales y afectivas) (Nélida, et al., 2004:372). Estos factores se encuentran vinculados, y la carencia de uno puede repercutir en los otros, de la misma forma en que la fortaleza de un factor puede subsanar la ausencia de los demás. Sólo que el olvido social al que se somete a una parte importante de esta población, trunca en gran medida el acceso a este bienestar. Esto es palpable en la exclusión laboral y discriminación generalizada que padece este grupo. Ser contemplados como clases pasivas en los contextos económicos, como sujetos sin rol ni estatus dentro de la familia y sociedad, acarrea a los envejecidos malestares psicológicos como la depresión, que a su vez propende la aparición de enfermedades físicas (Warner & Willis, 2003:464).

Vivir en el olvido representa para los ancianos una existencia invisible, despojada de una pertenencia sólida con su presente. La sociedad olvidadiza de sus deberes,²³ los sume más en la pobreza, los vuelve cada vez más dependientes. Y en sus ansias de independencia, los envejecidos buscan desesperadamente cualquier actividad económica por subterránea que sea para subsistir y existir. Es así como es fácil observar a ancianos como vendedores ambulantes de

²³En la Ley de los derechos de las personas adultas mayores, especialmente en sus artículos 5o y 6o se asienta que es la familia, la sociedad y el Estado, las instituciones que tienen el deber de atender a los envejecidos, promover una cultura de la vejez y promover su inclusión social (SEDESOL/ INAPAM, 2014:15-16).

productos que nadie desea comprar, en el pepenaje y la limosnería. Estas actividades no son más que la expresión de su desventura originada por la política gerontocida, promotora de olvido y olvidados, que solapa en gran medida las prácticas negativas que el Estado y su sociedad omisa realizan contra este sector (García, 2006:274). El olvido de los ancianos representa una agresión socio-cultural no sólo al grupo de viejos existente, sino al resto de la sociedad, no sólo porque las generaciones no ancianas envejecen y envejecerán, sino porque lapidar a los viejos es olvidar la cultura y en especial a uno de los sectores más vulnerables de la población.

Los avances tecnológicos han contribuido a su vez al olvido de los ancianos, porque estos avances han ocasionado que el conocimiento de los viejos carezca de vigencia, relegándolos a una posición de desventaja ante las nuevas generaciones. Esta situación desata otras problemáticas como la desconexión inter-generacional, debido a que el conocimiento, una vez que es desvalorizado, pierde presencia al igual que su portador, dando como resultado la pérdida de vínculos culturales entre los grupos quinquenales como la historia oral y las abstracciones de conducta (Geertz, 199:20). Esta ruptura cobra forma en la percepción social que se tiene de los sujetos envejecidos, quienes una vez rebasados por la vorágine tecnológica quedan anulados de participar dentro del mundo contemporáneo (Laforest, 1991:151). Así, el conocimiento y la tradición oral perecerán junto con sus portadores, debido a la carencia de depositarios (generaciones no ancianas) en los cuales los viejos puedan transmitir el legado social-histórico, para conformar y nutrir la memoria colectiva. Valorar nuevamente a este grupo es indispensable para mejorar el nivel de vida del resto de la sociedad, porque si somos capaces de asegurar la calidad de vida de uno de los sectores más desprotegidos, estamos asegurando el bienestar del resto (Villoro, 1991:87).

El olvido social, insistimos, cuando es dirigido sobre una población específica, termina por anular el desarrollo óptimo de ésta. El caso de las personas de la tercera edad ejemplifica plenamente las repercusiones que el olvido produce

sobre los grupos vulnerables, por lo que conocer profundamente las vías por las que el olvido accede a los planos de la realidad y cómo se convierte en un factor decisivo en la calidad de vida de las poblaciones que lo padecen, se convierte en una de las encomiendas perentorias para la disección minuciosa de su proceder inmemorial, y para poder enfrentarlo y detener la ola de calamidad que le acompaña. En torno a esa vulnerabilidad extrema a la que una parte importante de la ancianidad del presente ha sido reducida y dada la propensión de este trabajo, en torno a restituir a los mayores el lugar que les ha sido arrebatado, Marc Augé, aclara, que en su devenir social ciertamente, la existencia de un grupo no implica la desaparición del otro (Augé, 1998:20) sino al contrario, la coexistencia, más que necesaria, debe ser contemplada como retributiva; de tal forma que fortalecer y fomentar los vínculos inter-generacionales para liberar a los viejos del manto de olvido que los cubre, puede constituir uno de los puntos de partida hacia su reconocimiento. Inculcar a las nuevas generaciones el respeto a los ancianos mediante una visión incluyente, capaz de oponerse a la reducida visión economicista y mercadocrática impulsada por el capitalismo, cuyos ejes giran exclusivamente en torno al “poder, la rentabilidad y el consumo”, (donde ser eternamente jóvenes fundamental para la existencia, como lo muestran los incuantificables productos cosméticos, procedimientos quirúrgicos que ayudan al sujeto a conseguir dicho cometido) (Laforest, 1991:151), es esencial para dicho propósito: sin duda, contemplar a la ancianidad fuera de estos términos ayudaría a reivindicar su lugar social, para contemplarlos como agentes históricos y como cultura viva.

La teoría de Augé asimismo, en torno a las tres formas de olvido: retorno, suspenso y reinicio, es del todo factible para detener la debacle que el olvido social encarna, sólo que para que dichas figuras de olvido puedan fungir como elementos de oposición al propio olvido, éstas deben ser invertidas, y de ese modo virar su connotación inmemorial a memorial.²⁴ Para la construcción de una

²⁴ Las formas de olvido planteadas por Augé: retorno, suspenso y reinicio en su estado puro, como su autor las aborda, son formas inmemoriales que ilustran cómo el olvido se manifiesta a nivel sociocultural y cómo el olvido es empleado por los sujetos, la sociedad o los organismos

teoría del olvido, la utilización inversa de estas tres formas inmemoriales es clave para invertir el andar olvidadizo y no olvidar, debido a que si se conocen a plenitud las vías por las que el olvido accede e invade los planos de la realidad, estas mismas vías pueden ser transitadas de modo opuesto para desarticular el olvido social y dar cabida a la aparición de una memoria colectiva que proteja del olvido a aquellos vulnerables e invisibles. Ello muestra que el terceto de Augé, a pesar de ser compuesto por figuras integradoras de olvido, una vez invertidas éstas, pueden ser empleadas como formas memoriales que pueden apoyar a la comprensión y construcción del sano presente como nexo del pasado y futuro, para abolir el tiempo presente como el “chaperón” del olvido y colocarlo como un “administrador de tiempo” (Augé, 1998:65) que resarza la memoria como portadora de equidad.

La primera forma, el retorno, “cuya principal pretensión es recuperar un pasado perdido” (Augé, 1998:65), es en sí el punto de memoria por donde transita el ideal del retorno; pero como representación dual, al igual que las otras dos figuras que le preceden (suspense, reinicio), puede tener una connotación extrapolada y opuesta. Esta contradicción radica en que el retorno mismo puede definirse a la par como el abandono del presente y el extravío del futuro, porque retornar conlleva una desvinculación entre los tres tiempos. Pensado así, la búsqueda torpe del retorno, que busca memoria y recuerdo, puede que encuentre únicamente olvido, porque esta disposición de abandonar para buscar, se convierte en abuso de memoria u olvido, que termina por no recordar nada y olvidar todo.

Esta dinámica de olvido describe al retorno como una movilidad impetuosa que avanza hacia atrás descuidando la realidad que es y pudo ser, por lo que este

estatales para olvidar o hacer olvidar, sea; el pasado, el presente o el futuro. Estas formas en su estado natural son olvido, pero una vez invertidas se colocan como formas memoriales que pueden apoyar a la memoria colectiva en su lucha contra el olvido social, para mejorar el tiempo en curso y los tiempos venideros; y una vez invertidas estas formas de olvido y colocadas como formas de memoria, pueden ser comprendidas y empleadas como retorno positivo, suspense positivo y reinicio positivo.

actor ontológico divorcia los tiempos causando rupturas culturales que dañan la memoria consolidada y la que se encuentra en consolidación, porque al abandonar lo creado para buscar en los confines de la memoria se descuidan los resultados que el antaño arrojó al ahora. Ello esclarece que la búsqueda emprendida por la senda del retorno carece de sentido, debido a que la mejora del presente mediante el entendimiento del pasado es la brújula para un verdadero futuro, entonces, la acción de retorno no es otra cosa que olvido en forma de recuerdo, porque al trasladarse éste al pasado abandona el presente, sin emplear en éste lo que recuperó del pasado, por lo cual el retorno es una figura de olvido que viaja al pasado con la finalidad de evadir el presente y jamás intervenir en su mejoramiento.

En la realidad de los ancianos, el retorno puede entenderse como la falsa utilización de la memoria para invocar los tiempos en los que los viejos eran contemplados como “sabios, ricos en experiencia, guardianes de las tradiciones y portadores del saber” (Cordero, et al., 2003:11), debido a que con ese recurso, sólo se recuerda la preponderancia social que los viejos poseían en el pretérito, sin hacer nada por ellos en el presente, esta acción reafirma que el retorno sólo viaja al pasado para evadir el presente y no intervenir de forma alguna en él, por lo que la búsqueda de momentos históricos para la conmemoración de los grupos sociales y poblacionales, que sólo dan cuenta del antaño, sin intervenir de manera activa dentro del tiempo que transcurre, representa una memoria desarticulada e imposibilitada para participar en la construcción y reconstrucción social, porque esta memoria no es memoria sino olvido.

El retorno, al recuperar el pasado para traerlo al presente (en forma discursiva por ejemplo), pero sin hacer nada dentro del presente para aplicar el pasado, se vuelve una práctica de olvido y resignación, que termina afectando a los envejecidos. Un ejemplo de esta dinámica la refuta Jacques Laforest de la siguiente forma: “El lugar de las personas ancianas en la sociedad no puede ser el de antaño, en esto está de acuerdo todo el mundo. Pero, ¿Cuál es su lugar en la nueva sociedad? El lugar que tenían en otros tiempos ha desaparecido sin

haber sido remplazado” (Laforest, 1991:150). La grave falta del remplazo invocado por Laforest, configura la función negativa de ese retorno que conforma uno de los semblantes con los que el olvido ingresa en las estructuras socioculturales que debe ser invertida; una de las claves para efectuar dicha inversión radica en el rescate de las virtudes de ese pasado que se invoca para transformarlo en memoria dinámica. Con ello, la recuperación de lo antiguo y lo que fue quedando atrás, sería viabilizado por el retorno, si ello se realiza sin secularizar el presente del pasado y del futuro. Un retorno en esa forma, posibilitaría traer de vuelta aquellas virtudes antiguas que son necesarias ahora, para ello sería necesario situar algunos puntos fijos que irían desde el establecimiento del momento socio-histórico al que debe volverse contemplando los “¿por qué?” y “¿para qué?” hasta lograr trazar el recorrido, y, una vez trazado, es este andamio el que hace posible el retorno positivo, pues establecidas las metas que se buscan alcanzar con el retorno, éste puede viajar al pasado sin descuidar el presente, toda vez que este retorno no viajaría al pasado para evadir el presente, sino al contrario: viajaría al pasado para apoyar el presente y dar cabida a futuros promisorios.

El retorno como operación retrospectiva que busca la recuperación de lo extraviado, abre la posibilidad de virar el camino para regresar, volver atrás, aunque sea con marcadas limitaciones y aunque no vuelva a ser nuevamente igual, pero muestra cómo la posibilidad de alterar el curso y el destino es viable mediante la recuperación del pasado en el presente de forma intencionada. Este movimiento permite sostener que la vindicación de los ancianos en el presente se ubica en el plano de lo posible, debido a que los espacios siguen siendo los mismos, pero con el paso del tiempo, la cultura y la sociedad que los habitaba se han transformado. Como movimiento histórico dirigido y direccionado, que considera la relación tiempo-cultura-sociedad y las modificaciones que existen en ellos como determinantes históricas al paso del tiempo, vuelve indispensable la utilización de conceptos que engloben las dimensiones y modificaciones que atañen al comportamiento social, lo que muestra la necesidad de visualizar al tiempo, la cultura y sociedad como factores entrelazados que evolucionan e

involucionan conjuntamente, la noción de habitus en este caso, eje fundamental de la teoría sociológica de Pierre Bourdieu sobre la internalización de las estructuras sociales por parte de los sujetos, podría aplicarse. Dicho concepto es definido por su autor de la siguiente forma:

El habitus se define como un sistema de disposiciones durables y transferibles —estructuras estructuradas predispuestas a funcionar como estructuras estructurantes— que integran todas las experiencias pasadas y funciona en cada momento como matriz estructurante de las percepciones, las apreciaciones y las acciones de los agentes cara a una coyuntura o acontecimiento y que él contribuye a producir. (Bourdieu, 2007:86).

Al conformarse como estructuras a lo largo de la historia de cada agente, los esquemas generativos de Bourdieu ofrecen un respaldo conceptual para que se dé el retorno como este trabajo propugna, al mostrar cómo la cultura se adapta y modifica, haciendo posible direccionarla a los fines buscados, en este caso, para lograr una cultura verdaderamente amable con los viejos como era en épocas anteriores. En esta exposición asimismo, no se soslaya que el retorno a una antigua dinámica social conlleva la construcción de una nueva, y que ese construir para regresar a las conductas que se han perdido, es cada vez más necesario en un escenario inexorable en el que la población mayor no dejará de envejecer ni de existir; mismo en el que el retorno guiado puede cambiar el presente con la recuperación del pasado, dándole al presente las benevolencias en pretérito para que éste se perfile a futuros promisorios en donde los viejos no sean agredidos con olvido.

El retorno así entendido, ejemplifica cómo un fragmento del pasado o un recuerdo por enterrado y desvalorizado que se encuentre puede mantenerse aún con vida dentro de una atmósfera de olvido, porque una vez recuperado entra nuevamente en vigencia la circunstancia que pondera y posibilita precisamente ese regreso, en el que la consolidación del retorno del pasado dentro del presente es posible, recobrando su importancia y participación social, devolviendo al mismo tiempo a los olvidados un sitio dentro de la realidad (Augé, 1998:78). Una muestra de retorno positivo, puede encontrarse en la participación de los viejos dentro de los

nuevos movimientos sociales y armados como las policías comunitarias que han sido impulsadas en gran medida por personas adscritas al sector generacional de la tercera edad, quienes han recurrido a la memoria y a su pasado para hacer frente a la crisis actual mediante prácticas antiguas que se encontraban descontinuadas, pero que analizaron indispensables para enfrentar la barbarie del presente. Este caso ilustra un retorno obligado, en el que la recuperación de prácticas sanas para preservar la seguridad de las comunidades, al tiempo que se eleva la calidad de vida de los mayores a razón de su participación activa, constituye un hecho que no puede descuidarse, ni ignorarse, porque lo que intentan estas prácticas pretéritas es mejorar el presente.

La aparición del retorno forzado configurado en las policías comunitarias, revela que retornar es posible, sobre todo si este esfuerzo es realizado de manera consciente, para recuperar el legado histórico y las garantías que éste ofrecía a los actores sociales. El retorno como alternativa de recuperación social, insistimos, busca un momento histórico para transportarlo al presente y recobrar lo perdido. Debe quedar claro que el retorno no significa el arribo de un recuerdo sediento de venganza, sino el acaecimiento de una evocación del pasado que busca frenar la debacle, hacer justicia y devolver su lugar a los olvidados. Esta inversión del retorno de una forma de olvido a una forma memorosa, no es otra cosa que el *deber de memoria* propugnado por Ricoeur, (2000:118), por representar un freno al olvido social en el que se ha sumergido a los envejecidos.

El *suspense*, la segunda forma de olvido propuesta por Augé (1998:65), al igual que el retorno, es una manifestación en la que el olvido se presenta. Es en esta figura en la que el tiempo presente se evidencia como el comodín universal del olvido, porque como se ha mencionado, es en este periodo, donde el olvido habita e interactúa. En la relación que sostienen estos dos elementos —pasado y presente— puede comprenderse al *suspense* como un momento estático que desprende la existencia del ahora de sus referentes históricos y de sus múltiples futuros. Ricoeur expresa que el *suspense* logra ser olvido cuando “suspende los vínculos con el pasado y futuro [porque] finalmente, el olvido siempre se conjunta

en tiempo presente” (2000:118), en esta forma, el suspenso rompe la conciencia social del momento que transita, dejándolo pasar sin forjar en él ningún aprendizaje que le oriente de forma posterior.

El suspenso olvida indefinidamente dentro del tiempo presente los otros tiempos que le rodean y encajonan como un momento de vida, que una vez atrapado sigue transcurriendo sin permitirse mover la mirada hacia atrás ni adelante, por lo que avanza y se reproduce siempre en la latencia del instante en curso, lo que representa un desprendimiento que impide la formación de la memoria y la conciencia colectiva. En sí, estas son las cualidades del suspenso, mismas que pueden ser comprendidas como una modalidad de pausa eterna que imposibilita retroceder o avanzar, lo que conlleva intrínsecamente que el instante suspendido es un eterno presente que se expande simétricamente al olvido que potencia. Sin embargo, de la misma manera en que el retorno fue tratado e invertido para ser descolocado de su sitio de olvido y pudiera ser empleado como una forma de memoria, el suspenso, siendo de estas formas la segunda, sólo puede ser invertida una vez que su antecesora ha sufrido tal cambio, porque el suspenso, una vez transformado de olvido a memoria, se vuelve inseparable del retorno, porque sin un retorno positivo la aparición de un suspenso positivo no es posible, debido a que solo una vez que el retorno ha alcanzado su ideal de *recuperar el pasado perdido* (Augé, 1998:93), aplicándolo dentro de las estructuras actuales, puede lograrse la consolidación de un suspenso adecuado, que suspenda los logros del retorno.

Puede comprenderse entonces que el suspenso positivo no posee en sí mismo la independencia que el retorno positivo ostenta, porque aquél continúa siendo una acción de pausa, no obstante, su función estática puede ser manejada como una virtud, debido a que una vez que se ha logrado retornar, suspender es el paso subsecuente, entendido como una acción de estabilidad temporal, que mantenga los logros alcanzados por el retorno (aplicación del pasado en el presente), manteniéndolos vigentes lo suficiente para no vivir retrocesos (olvidos), logrando detener un instante socio-histórico (Augé, 1998:93),

alimentando las conductas y conciencias humanas para que lo mantengan a flote (habitus). Un movimiento como el descrito, torna viable devolver a los viejos el lugar que ocupaban en tiempos pasados dentro del presente, situando en el suspenso ese positivo momento, para que su sitio social no les sea nuevamente arrebatado, porque eso debe quedar claro, ellos no fueron quienes lo perdieron, ni descuidaron, fue la sociedad no anciana quien les arrebató su lugar sin darles nada a cambio (Laforest, 1991:150); lograr el bienestar de la ancianidad es el paso inicial, mantenerlos en ese estado es la verdadera finalidad.

En este aspecto, la consolidación de un momento histórico como suspenso óptimo, está ligado intrínsecamente a las situaciones culturales. Por lo que la postura de Bourdieu mediante el habitus, ilustra cómo las conductas colectivas son determinadas por las condiciones de existencia, debido a que el habitus puede ser entendido como “sistemas de disposiciones duraderas y transferibles, estructuras predisuestas a funcionar como estructurantes, es decir como principios generadores y organizadores de prácticas” (Bourdieu, 2007:80), lo que muestra cómo la cultura puede ser guiada por la misma sociedad, siendo la adquisición de conciencia uno de los pilares fundamentales para la revalorización social de los viejos, por lo que suspender significa necesariamente retornar y mantener un momento adecuado para ser vivido.

La última forma de olvido propuesta por Augé (1998:67) es el *re-inicio*, que al igual que sus hermanas *retorno* y *suspenso* (cuando es empleado en su estado puro de olvido), es independiente y puede llevarse a cabo en todo momento, porque este reinicio representa el asesinato masificado del recuerdo y el legado histórico, esta figura de olvido puede ser entendida sencillamente. Imaginemos un problema de Software con nuestra computadora personal, la cual una vez *infectada*, debe ser revisada y formateada, operación que produce la pérdida de todo el contenido informático que portaba el equipo, sin embargo, esta información es suplida por otra y la máquina se encuentra nuevamente en condiciones de funcionar otra vez, aunque en ella ya no exista nada de lo que anteriormente almacenaba. Ahora imaginemos la misma operación dentro de la

estructura social, que es orillada a olvidar mediante incontables prácticas de olvido (la censura, el silencio, la mentira)²⁵ para que la población sea incapaz de formular una conciencia histórica que le guíe en instantes traumáticos y de crisis, esto debido a que la sociedad es constantemente reiniciada y orillada a olvidar, para comenzar y recomenzar eternamente, siendo esta operación una táctica de olvido forzado. No debe dejarse de mencionar que esta acción de reinicio es generalmente impuesta por el poder, a quien lo que más le favorece es una población desmemoriada y olvidadiza, porque una comunidad sin un conocimiento sólido de su pasado, representa una sociedad sin una solidaridad intergeneracional, manipulable y vulnerable en el presente y futuro... por lo que las analogías entre *reinicio*, *memoria manipulada* y *memoria impedida*, son verdaderamente copiosas (Ricoeur, 2000:98).

Profundizando en la similitud de estas tres, es fundamental abordar estos dos tipos de memoria (manipulada, impedida), que en realidad no son más que rostros de falsa memoria, los cuales pueden ser interpretados al igual que el reinicio como formas de olvido. Esto en base a que la memoria manipulada representa una memoria saturada de abusos, traducidos en datos falsos, omisiones, desapariciones, censuras, distorsiones, ocultamientos, borramientos y manipulaciones sobre la memoria real, aquella que pertenece al pueblo, que responde y sirve a la sociedad civil (Gandler, 2009:48). Esta clase de memoria descrita como manipulada, ejemplifica cómo el olvido es fabricado por aquellas oligarquías que ostentan el Poder, porque al poseer la memoria se posee a la par la fuerza de dominación necesaria para controlar a plenitud todos los aspectos de la vida de un pueblo (Ricoeur, 2000:110).

El olvido social, mediante procesos como el silencio y prácticas como la omisión o la censura, se ejerce, a diferencia de la memoria que se elabora en la cotidianidad, sobre las bases del poder, esto es, que su empiria, las instituciones y los grupos dominantes, intentan en todo momento imponer una versión, y al hacerlo excluyen las otras posibilidades que son distintas

²⁵Mendoza, en su investigación sobre la guerra sucia en México, explica como la fabricación de olvido por parte del Estado, rompe los principios éticos y jurídicos de la nación como el derecho a la información (derecho fundamental de toda sociedad), siendo que a partir de éste los ciudadanos hacen patente su libertad de opinión y pensamiento.

o que se contraponen a lo que la visión dominante enuncia. De esta forma, los sucesos que en un momento estuvieron presentes y cobraron una cierta significación en una sociedad, son marginados o de plano borrados del pasado erigiéndose una sola perspectiva (Mendoza, 2007:11).

En cuanto a la memoria impedida, Ricoeur habla de una memoria “herida incluso enferma” (Ricoeur, 2000:96), que ha sido ultrajada incesantemente por los abusos de memoria u olvido, que la han imposibilitado para recordar lo verdaderamente importante, orillándola a invocar sólo fragmentos trancos y manipulados del pasado. Dentro de los malestares que produce este tipo de memoria falsa, se encuentra el truncamiento en la formación de la memoria colectiva, debido a que la memoria impedida no significa de manera alguna memoria real, sino sólo una administración de olvido, porque ésta conduce la conciencia colectiva por senderos quiméricos forjados a base de mentira y omisión (Ricoeur, 2000:110).

Estos tipos de falsa memoria y olvido actúan como amnésicos sociales, produciendo que la población pierda sus vínculos históricos, destruyendo conjuntamente la cultura y los elementos que la componen, como los usos y costumbres, el legado social y conductual, sentires, creencias y saberes (Geertz, 199:20), siendo este desmembramiento una de las rupturas que más afectan el bienestar de los viejos, porque una vez desvalorizada la cultura, sus portadores más antiguos, al igual que ella, pierden vigencia y consideración dentro del presente. Este punto puede analizarse en el sentido de que una vez suprimida la importancia de los sucesos del antaño, se rompen los vínculos entre el presente y el pasado, lo que trunca la aparición del futuro, generando que el crecimiento social quede estancado dentro de un suspenso negativo que, al vivir sólo el presente, da cabida a más reinicios. Así, el estado de reinicio imposibilita la aparición de un legado histórico que genere conciencia social y que brinde cabida a aquellos portadores de memoria como son los ancianos.

El reinicio es quizá la forma de olvido más agresiva que Augé presenta, porque ésta borra y descoloca la memoria de su lugar, desechándola y remplazándola por un olvido que anestesia y que miente para continuar renovándose,

volviéndose con este proceder, eterno. Pero el reinicio puede ser invertido y utilizado para mejorar la situación que los viejos atraviesan actualmente, esto debido a que entre el reinicio y la *memoria obligada* (Ricoeur, 2000:96) pueden realizarse ciertas vinculaciones. La memoria obligada es aquella que recupera el recuerdo para ejercerlo dentro del presente y hacer justicia a aquellos *que ya no están pero que estuvieron* (Ricoeur, 2000:120), produciendo la aparición de una conciencia social renovada que permita a las nuevas y venideras generaciones conocer su historia y origen, para analizar su realidad y crear otras distintas, tomando como brújula el legado del que provienen, sin perder de vista que las garantías que nos pertenecen ahora fueron conseguidas ayer por los que han envejecido y muerto, así, la memoria obligada invoca al deber de memoria diciendo “tú te acordarás... que es decir también no te olvidarás [y asimismo] debes acordarte” (Ricoeur, 2000:118), para preponderar el recuerdo como un actor social que debe ser valorado dentro del tiempo presente, el cual, antes que ser un momento histórico, es el puente para un futuro promisorio.

En esta atmósfera de recuerdo —potenciada por la memoria obligada— el reinicio puede ser invertido para ser empleado como regreso y recuento de los tiempos anteriores para iniciar de nueva cuenta, sin dejar de lado que para que el reinicio pase de ser una forma de olvido a una forma memorosa, debe ser concatenado con sus dos formas hermanas: retorno y suspenso, para que conformadas en una sola forma (memorosa), actúe como una alternativa de comenzar nuevamente, consolidando los logros de las figuras de olvido que le anteceden. Así, la relación entre reinicio y memoria obligada se encuentra en el entendimiento del pasado para mejorar el presente potenciando un nuevo comienzo (Augé, 1998:99), porque el reinicio invertido significa el análisis de los errores e infortunios pasados para que no vuelvan a repetirse e iniciar nuevamente.

En el marco del olvido social al que se ha confinado gran parte de las personas de la tercera edad, hablar de un reinicio positivo, significa recomenzar, porque *reiniciarse* socialmente conlleva un final, para de esa forma comenzar de verdad

(Augé, 1998:99). Para el caso que aquí atañe, reiniciar es poner fin a las prácticas colectivas insanas (familia, sociedad, estado), que se infligen ahora contra la ancianidad, para dar cabida a un nuevo inicio donde el maltrato a la población envejecida no exista ya. Ese volver a empezar del que se habla, implica ante todo una ruptura que permita recomenzar de mejor manera. Reiniciar positivamente exige entonces, tomar conciencia del pasado y del futuro (Augé, 1998:67), buscando épocas mejores y ejemplos anteriores apropiados para ser seguidos y mejorados, en busca de un principio distinto, mejor, que permita la re-inclusión de los mayores, otorgándoles oportunidades de desarrollo y la preponderancia social que antaño poseían. Reiniciar es emprender la búsqueda de mejores realidades para renacer sin olvidar.

En síntesis, las tres formas de olvido, invertidas a formas de memoria que entrelazadas conforman la estrategia de tres pasos propuesta en este trabajo, mecanismo que inicia por el *retorno*, que al *recuperar el pasado perdido* dentro del presente, recupera las prácticas sociales antiguas que eran sanas e inclusivas de los mayores; el *suspenso* constituye en esta estrategia el factor estabilizante del positivo presente logrado por el retorno, que manteniéndolo vigente con su función de pausa daría entrada al *reinicio*, convertido en un recommienzo promisorio, cimentado sobre los recuerdos recuperados del retorno y la estabilidad del suspenso, para re-empezar, re-surgir, re-nacer... recordándolo todo y no omitiendo nada.

En sí, éstas son las formas de olvido-memoria que cohabitan la realidad de los envejecidos. Comprenderlas, conocer sus posibles repercusiones y, al mismo tiempo, la manera en que pueden ser utilizadas para el mejoramiento de la conciencia social y con ello la calidad de vida de los ancianos, se convierte en una de las claves para la conformación de una sociedad memorosa, que recuerde; una sociedad que no olvide a las poblaciones vulnerables, porque recordar es una acción que convoca a la lucha, y que pugna por la liberación de aquellos oprimidos y olvidados —que ahora subsisten en condiciones indignas

de la condición humana— para dar fuerza al *deber de memoria* y luchar por su emancipación para hacerles visibles nuevamente.²⁶

Teorías del envejecimiento

Existen fundamentalmente seis modelos teóricos que se han dado a la tarea de explicar los tipos de envejecimiento social existente y cada uno de ellos plantea un escenario distinto, Mishara y Riedel los han desarrollado según las circunstancias en las que cada sector de la población envejece y cómo este proceso es influido por las circunstancias de existencia que rodean a los protagonistas de esta última etapa de la vida. Los modelos referentes al envejecimiento son compuestos por la teoría del *retraimiento*, *actividad*, *medio social*, *continuidad*, *sub-cultura* y *grupo minoritario* (Mishara & Riedel, 2000:64). Cada una de estas proposiciones ofrece una perspectiva dual, explicativa y ocasionalmente saturada de similitudes y acompañamientos entre ellas, para lograr una apropiada explicación del proceso de envejecimiento, mostrando qué elementos potencian el surgimiento, sea de la vejez positiva o de la vejez negativa, entendiendo esta última como aquella etapa de la vida marcada por limitaciones económicas e imperada por la destitución de los roles sociales, culturales, económicos, políticos e históricos de los sujetos. Razón por la que se brindará un esbozo teórico de cada una de ellas, acompañado de un análisis de las manifestaciones de olvido o memoria que se presenten según sea el caso, con la finalidad de comprender las implicaciones que la tercera edad arrastra consigo.

Partiendo secuencialmente como sus autores las despliegan, se retoma primero el modelo social del retraimiento: “esta teoría pretende que el envejecimiento está acompañado del retraimiento recíproco de la sociedad y del individuo: el individuo

²⁶ Bien es sabido que la historia individual, la forma de vivir la juventud, delinea en gran medida la forma en la que envejece cada sujeto. Es innegable que en la vejez la necesidad de ayuda se multiplica, sea que se fuese o no en el pasado buen padre o hermano, la ayuda resulta fundamental para el sujeto en este periodo vital. Garantizar el bienestar de los viejos, sin importar su historia personal, es básico para asegurar el bienestar de la población anciana.

deja poco a poco de mezclarse en la vida de la sociedad y ésta le ofrece cada vez menos posibilidades de todo género...” (Mishara & Riedel, 2000:64) .A través de esta teoría se puede visualizar cómo los viejos empiezan a dejar de ser contemplados como actores activos dentro de las estructuras sociales, mediante la privación del ejercicio de roles definidos en las esferas que componen la comunidad, por lo tanto, se produce un aislamiento de los que avanzan en edad cuando éstos dejan de ser tomados en cuenta en el sector público y son confinados al privado. Esta exclusión representa una práctica de violencia simbólica contra el sector conformado por los adultos mayores, porque, “quien ignora al otro, lo borra del mapa público [...] acto intencional de quien niega al otro y lo lanza a la frontera de lo inexistente” (García, 2006:203), lo que significa sumirlo en una atmósfera de olvido y silencio, convirtiéndolo en invisible ante los ojos de la sociedad. Esta operación de ocultamiento social trae aparejados otros fines comunes indeseables como el deslindamiento de la responsabilidad que tiene el Estado para con sus ciudadanos mayores (García, 2006:203).

Cabe destacar que a la vez, esta modalidad de segregación potencia la aparición de otros malestares que hacen superlativa la pobreza de los envejecidos, como la depresión y su consecuencia, la enfermedad corporal, factores que vuelven imposible el acceso al envejecimiento positivo, por lo tanto, esta teoría aborda la clausura social que sufren los individuos al alcanzar edades avanzadas, sea de forma paulatina o tajante.

La teoría de la *actividad*, al igual que la del *retraimiento*, muestra cómo la privación de los viejos a participar dentro de las esferas públicas afecta su bienestar. Esta postura explica lo que ocurre cuando el escenario es positivo, es decir, cuando los mayores siguen vigentes dentro de los contextos a los que pertenecieron cuando jóvenes. A diferencia de la teoría del *retraimiento*, esta situación permite que puedan enfrentar de forma óptima la vejez (Warner & Willis, 2003:313).

La teoría de la *actividad* trata de explicar los problemas sociales y las causas exactas que contribuyen a la inadaptación de las personas de edad

avanzada. Si a los viejos se les priva de algunos papeles, los que quedan distan mucho de hallarse claramente definidos. La confusión resultante conduce a un estado de “anomia”,²⁷ el individuo carece ya de propósito y de identidad (Mishara & Riedel, 2000:64).

Puede entenderse entonces que impedir a los envejecidos incursionar en los ámbitos públicos, sean económicos, sociales o culturales, representa su exilio a los planos del olvido; por lo tanto, su inclusión resulta esencial para alcanzar el envejecimiento óptimo de este sector que se encamina a ocupar una posición cercana a la base de la pirámide de población. La teoría de la actividad recalca lo trascendente e indispensable que es mantener el sitio social de los ancianos, debido a que si se mantiene su preponderancia social, se ayuda automáticamente a su vindicación dentro de la comunidad y con ello a la mejora de su calidad de vida.

Para estos dos modelos, el contexto en el que los ancianos se desenvuelven delinea en gran medida la forma en la que éstos envejecen. Son estas circunstancias las que aborda la *teoría del medio social*, postura que analiza las conductas sociales hacia dicho sector, sean estas amables como el respeto y el reconocimiento, o insanas como la discriminación y la segregación. Esta teoría se interesa en explicar cómo los contextos en que los envejecidos habitan, influyen en el truncamiento o el acceso a la vejez positiva, exaltando la importancia de las oportunidades con las que este grupo cuenta al llegar a

²⁷ “Émile Durkheim desarrolla el concepto de anomia en *La División del Trabajo Social y El Suicidio*, identificando el momento en el que los vínculos sociales se debilitan y la sociedad pierde su fuerza para integrar y regular adecuadamente a los individuos, generando fenómenos sociales tales como el suicidio” (López, 2009:130), por su parte Robert Merton desarrolla tal concepto, como el extravío de las virtudes: honradez, diligencia, bondad por parte de los sujetos, originando una conducta divergente y una desestructuración social basada en conductas insanas como la violencia (Merton, s. f., p. 21). Bajo el mismo principio Herbert McClosky (citado por López, 2009), muestra cómo la anomia en los sujetos produce en éstos características individuales desfavorables como la hostilidad social y desórdenes de convivencia, mismos que terminan por repercutir en el bienestar común. Dicho término es retomado por la gerontología social, especialmente por Mishara y Riedel, para mostrar el malestar que los sujetos padecen cuando logran edades avanzadas. Sin embargo, la manera en que estos teóricos emplean tal concepto, es ajeno a la definición sociológica que lo alumbró en un principio. Siendo que en el campo de la gerontología social, el concepto anomia, es empleado para referir a malestares propios de la vejez, como la pérdida de identidad y desvinculación social.

edades avanzadas. Según esta perspectiva, “sobre el nivel de actividad de un individuo de edad influyen tres factores valiosos: la salud, el dinero, los apoyos sociales” y familiares (Mishara & Riedel, 2000:67). Estas tres características allanan el acceso a la vejez plena, como puede notarse, están fundamentadas en la memoria colectiva, porque si se está consciente de la trascendencia que tiene la sociedad sobre los viejos, la misma sociedad puede luchar por no colocarlos dentro del olvido, porque éste representa para los viejos una muerte social, promovida por una actitud colectiva de abandono a aquellas personas que han envejecido (Laforest, 1991:146).

Esta forma de olvido masificado sobre aquellos que por su edad son descalificados de jugar un rol saludable dentro de la cotidianidad, los deja imposibilitados de incursionar y desarrollarse plenamente dentro de los contextos de los que sin duda forman parte. Para lograr entonces un entorno social saludable para con los mayores, es prioritario descolocarlos del olvido en que se encuentran, y trasladarlos a un sitio memoroso en que su incursión social esté enfocada tanto al saciamiento de sus necesidades fundamentales como espirituales (afectivas), mediante su desarrollo como individuos dentro de sus lugares de desenvolvimiento.

En cuarto sitio se encuentra la teoría de la *continuidad*, postura que guarda una relación íntima con la teoría de la *actividad*, sólo que enfoca más su atención al individuo que al contexto en que se encuentra, pero sin descuidar la influencia que el medio ejerce sobre los envejecidos (Papalia, et al., 2002: 40). Los autores advierten que si dicho medio trunca tajantemente la incursión de los ancianos a él, éstos se encontrarán imposibilitados de continuar construyéndose como sujetos; porque, según esta teoría: “los hábitos, gustos y estilos personales adquiridos y elaborados durante la vida, persisten en la vejez” (Mishara & Riedel, 2000:67), por lo que, si el contexto de pertenencia del envejecido lo imposibilita de acceder a los bienes y servicios, sea como trabajador o consumidor, se trunca la continuidad en los estilos de vida que los ahora envejecidos ostentaban, convirtiendo esta última etapa de existencia en un periodo de limitaciones,

restricciones y carencias, que convierten a la tercera edad en una amarga travesía para sus protagonistas. Así, para que los viejos puedan dar continuidad a su existencia, se vuelve fundamental no olvidarlos socialmente, ni expulsarlos de la vida activa.

La teoría de la *subcultura*, por su parte, además de realizar un análisis cultural de la ancianidad, también considera la problemática que ésta representa en términos socioeconómicos, debido a que el aislamiento, segregación y discriminación que padece este grupo, lo convierte en un grupo social distinto, que es mantenido al margen, aislado, y constantemente agredido por la sociedad no envejecida, razón por la que la población anciana reúne las características de otros grupos culturales que son y han sido maltratados históricamente como el caso de los indígenas, minusválidos, homosexuales, y algunas tribus urbanas, etc. Estas innegables condiciones de maltrato hacia los mayores, permiten ubicar a la ancianidad como “la subcultura de la edad, porque ésta posee todos los rasgos característicos de cualquier grupo aislado, incluyendo el conjunto de normas que gobiernan su conducta” (Mishara & Riedel, 2000:67). Según esta postura, estas circunstancias hacen posible que los viejos empiecen a ser contemplados como una clase distinta y no como los veteranos de la cultura dentro de una sociedad homogénea.

Complementaria al modelo de la *subcultura*, se encuentra la sexta y última teoría, aquella que estudia al sector conformado por los ancianos como un *grupo minoritario*. Este abordaje se basa en que la población mayor reúne los rasgos característicos de dichos grupos como “la falta de movilidad, la pobreza, la segregación, la impotencia y la escasa autoestima” (Mishara & Riedel, 2000:67). Es decir, el estrato de los envejecidos, comparte la serie de contrariedades propias de las colectividades discriminadas y sobajadas eternamente. Así, el peso contextual vuelve a presentarse como uno de los talantes que más repercuten dentro de la contemplación social de los viejos, quienes, a causa de la escasez de oportunidades dentro de la sociedad, a pesar de que van en aumento, pasan a ser parte de las minorías.

El traslado del grupo sexagenario de un lugar a otro, aparte de ser una movilidad forzada para ocultar a los viejos, es una modalidad de olvido social, que destituye a los envejecidos de los roles sociales, culturales, económicos y políticos que antaño desempeñaban, para ser colocados dentro de las esferas menos prestigiosas y más maltratadas de la sociedad. Esta situación no hace más que evidenciar que ser viejo, hoy, representa transitar el derrotero más difícil e impredecible, no ya para la población que se encuentra en ese aciago trayecto, sino también para la que se aproxima.

Los seis enfoques teóricos sobre la ancianidad dedican su atención tanto al bienestar individual de los viejos, como a las conductas sociales que intervienen directamente sobre la calidad de vida de este grupo; sin embargo, a pesar de los grandes campos que estas teorías abarcan, es necesario complementarlas con una séptima, misma que si bien no puede ser esbozada como teoría, sí como el acercamiento a una, que apoye y complemente la misión que las ya establecidas tienen, y muestre los estragos sociales que inflige el olvido a la sociedad que envejece y a la que ha envejecido. Ello permitirá abrir más los rayos del ángulo de visión sobre la tercera edad, propiciando a la vez la aparición de nuevos enfoques que nutran el conocimiento de este campo, mediante análisis novedosos e interdisciplinarios que posibiliten una comprensión óptima de la serie de implicaciones aparejadas a la tercera edad, tanto para las estructuras sociales como para sus propios protagonistas. Se presenta a continuación la aproximación hacia una teoría del *olvido social*, acercamiento teórico sustentado en las figuras de olvido tratadas, especialmente las teorizadas por Augé y en las teorías sobre la vejez, en espera de que este esfuerzo contribuya a abrir puertas desconocidas y posibilite la generación de explicaciones categóricas que apoyen el estudio de la sociedad envejecida.

Hacia una teoría del olvido social

El olvido es una de las mayores agresiones que una comunidad puede infligir a alguno de los sectores que la componen, porque este olvido representa la anulación de dicho grupo a incursionar dentro de la dinámica social, al dejarlo

fuera de las esferas que conforman el contexto en el que se desarrollan, ya sea social, político, económico y cultural. La exclusión de los grandes olvidados del proceso de civilización los convierte en poblaciones vulnerables, aquellas cuya vida transcurre en claroscuros de discriminación, aislamiento, maltrato físico y simbólico.

Este olvido social es tangible en la abrumadora mayoría de la población anciana. El olvido cobra forma en la segregación, en el impedimento franco que el mercado laboral les impone, y, al hundirlos en la dependencia, los priva también de incursionar en la vida pública del país, situación que los vuelve invisibles y los anula como sujetos de derecho.²⁸El olvido social, una de las formas más

²⁸Pese a que, según las leyes mexicanas y las convenciones internacionales,* todos los seres humanos sin distinción de ninguna clase, tienen derecho a una vida plena y al desarrollo armónico de sus facultades por el solo hecho de existir, para los grupos en situación de vulnerabilidad social, la sujeción al derecho es una conquista de civilización que no siempre se alcanza. Los derechos humanos, civiles y sobre todo al desarrollo, constituyen algunos de los derechos que para la población envejecida —de suyo vulnerable— se encuentran bajo el acoso del olvido social que al materializarse en omisión y discriminación, termina por conculcar sus derechos. Las personas adultas mayores, ven alejarse así, el cumplimiento de derechos inalienables que para todos los mexicanos establece la Constitución Política, como a no ser discriminados (Art. 1o), a continuar desarrollando sus facultades a través de la educación (Art. 3o); al trabajo (Art. 123) y a un derecho que cualquiera pensaría que no tendría por qué estipularse en un documento de esta naturaleza: a la alimentación (Art. 4o). Resultado de ello, la conculcación de los derechos de la población envejecida, queda configurada en una alimentación paupérrima, padecimientos físicos graves (prevenibles y curables), desempleo crónico y carencias económicas extremas, entre muchas otras formas de olvido. A tenor de este argumento, resulta interesante refrendarlo con las contundentes afirmaciones de los estatutos que dictan los derechos de todas las mujeres y hombres sin distinción consignados en sendos documentos.

* Artículo. 1o. Todos los seres humanos nacen libres e iguales en dignidad y derechos y, dotados como están de razón y conciencia, deben comportarse fraternalmente los unos con los otros [...] (Organización de Naciones Unidas. 1948. Declaración Universal de los Derechos Humanos. Recuperado de: http://www.ohchr.org/EN/UDHR/Documents/UDHR_Translations/spn.pdf)

“Artículo 1

1. El derecho al desarrollo es un derecho humano inalienable en virtud del cual todo ser humano y todos los pueblos están facultados para participar en un desarrollo económico, social, cultural y político en el que puedan realizarse plenamente todos los derechos humanos y libertades fundamentales, a contribuir a ese desarrollo y a disfrutar de él.” (ONU, 1986, Declaración sobre el derecho al desarrollo, http://www.ohchr.org/Documents/Issues/Development/DeclarationRightDevelopment_sp.pdf).

“Artículo 1o. [...] Queda prohibida toda discriminación motivada por origen étnico o nacional, el género, la edad, las discapacidades, la condición social, las condiciones de salud, la religión, las opiniones, las preferencias sexuales, el estado civil o cualquier otra que atente contra la dignidad humana y tenga por objeto anular o menoscabar los derechos y libertades de las personas.

Artículo. 3o. Toda persona tiene derecho a recibir educación [...]

4o. El varón y la mujer son iguales ante la ley...

Toda persona tiene derecho a la alimentación nutritiva, suficiente y de calidad. El Estado lo garantizará.

despiadadas del menosprecio, trunca el desarrollo de los ancianos, al impedirles mejorar las condiciones de existencia en las que se encuentran. Así, irremisiblemente este olvido se traduce en pobreza para todos y pobreza extrema para los envejecidos, quienes, por el hecho de ya no ser jóvenes, son mantenidos al margen de la sociedad que se considera útil y al margen de todas las decisiones. Despojados del derecho al trabajo digno y por tanto de la posibilidad de cubrir sus necesidades fundamentales por sí mismos, en las que la salud ocupa un lugar central, los aspectos sociales básicos, como la convivencia, participación e interacción con otros sectores poblacionales también le son negados, y es indiscutible que la salud emocional y psicológica de cualquier estrato social, sobre todo de los envejecidos, no puede darse si son subsumidos en el olvido.

El olvido representa el abandono de la sociedad a los que envejecen. Al olvidar a los ancianos se les traslada al plano de la nada, los vuelve socialmente invisibles, y por lo tanto su consideración y peso social es inexistente. Estas circunstancias ponderan a la actitud colectiva (olvido social) como la determinante fundamental para la aparición tanto del envejecimiento positivo como negativo. Entonces, para luchar por la emancipación de este grupo, es prioritario combatir el olvido social que los acosa, maltrata y oprime, porque una vez liberados de este estigma, los ancianos podrían volver a incursionar de forma activa en los contextos de los que fueron expulsados; como resultado, al ser reincluidos y tomados en cuenta nuevamente dentro de la sociedad, no sólo se incrementaría su nivel de vida en el plano concreto de su realidad, sino que se pondría fin al injusto destierro social, político, cultural y económico en el que ahora se encuentran. En este tema, resulta impactante la teoría de las necesidades humanas y sus satisfactores, abordados por Max-Neef (1998), toda

Toda persona tiene derecho a la protección de la salud [...] Artículo. 123.

1. Toda persona tiene derecho al trabajo, a la libre elección de su trabajo, a condiciones equitativas y satisfactorias de trabajo y a la protección contra el desempleo.” (Congreso de la Unión. 2011. Constitución Política de los Estados Unidos Mexicanos. Recuperado de: <https://www.juridicas.unam.mx/legislacion/ordenamiento/constitucion-politica-de-los-estados-unidos-mexicanos#10536>).

vez que para el análisis del envejecimiento en la pobreza, resulta esclarecedora. El autor afirma que las necesidades humanas no son infinitas (1998:21) y las divide por su carácter en existenciales (ser, tener, hacer, estar) y axiológicas. En el tema que nos ocupa, las axiológicas ayudan a configurar el significado de las grandes necesidades de la tercera edad (subsistencia, protección, afecto, entendimiento, participación, libertad, etc.).²⁹

Sentadas las bases del olvido y explicadas las repercusiones que éste tiene sobre la sociedad que envejece, es posible dar paso a los apartados subsecuentes, en donde se analizarán las problemáticas, condiciones de vida, oportunidades, esperanzas y alternativas que poseen las personas de la tercera edad en esta última etapa de existencia; se explicará además, cómo el olvido afecta cada uno de los aspectos que posibilitarían la vejez óptima. Se mostrará a la vez cómo este olvido puede ser combatido con su contrario: la memoria colectiva, empleando la estrategia de tres pasos compuesta por el retorno, suspenso y reinicio, para lograr tal objetivo. Este ejercicio intencional de memoria colectiva, implica la modificación de las conductas sociales de desprecio social, las cuales, al igual que el olvido, pueden ser invertidas y convertidas en su opuesto, como se hizo en el cuerpo de este marco teórico con las figuras de olvido planteadas por Augé, mismas que al ser invertidas y trasladadas a planos memoriales, pueden ser empleadas como formas memorosas, transformando el olvido en memoria y las conductas sociales excluyentes en incluyentes... acciones que permitirían mejorar la situación de olvido social en que los envejecidos se encuentran en el presente. Esa desastrosa senda que actualmente transita un lamentablemente alto porcentaje de la población envejecida del país.

²⁹Para el autor, las necesidades de carácter axiológico son la subsistencia, la protección, el afecto, el entendimiento, la participación, el ocio, la creación, la identidad y la libertad. Los satisfactores que demandan dichas necesidades asimismo, podrían sintetizarse en salud física y mental, equilibrio, solidaridad, humor, adaptabilidad, cuidado, autonomía, solidaridad, autoestima, respeto, tolerancia, generosidad, receptividad, pasión y voluntad (Max-Neef, 1998:41, 53, 58-59), en el caso de la población envejecida en la pobreza motivo de este estudio, las necesidades de carácter axiológico y sus satisfactores ayudan en sumo grado a su comprensión.

CAPÍTULO III. Envejecer en la pobreza... el olvido económico

En este capítulo se analizan las condiciones de pobreza en las que subsiste un amplio porcentaje de población envejecida en el estado de Guerrero, explicando cómo la jubilación impuesta, el desempleo y la discriminación laboral son algunas de las problemáticas que orillan a los envejecidos a incursionar dentro de la economía informal, como única alternativa para allegarse de recursos económicos y cubrir sus necesidades fundamentales, en un sistema económico por esencia injusto, sobre todo para quienes desarrollan su existencia en el medio rural marginado. Cabe aclarar que en el apartado referente a la jubilación forzada, en el entorno rural se refiere a las dificultades que los ancianos enfrentan para ser admitidos como asalariados, debido a que, en el medio rural del Alto Balsas, quienes aún cuentan con una pequeña explotación, continúan labrándola hasta el fin de sus días.

En este estudio es fundamental no desvincular del sistema económico vigente las duras condiciones en las que se está desarrollando el envejecimiento demográfico en el estado de Guerrero, entidad federativa en la que sus índices de atraso,³⁰ en relación a los nacionales, cobran un matiz más sombrío. Como muestra, en tanto que para el ámbito nacional la esperanza de vida al nacer alcanza los 75 años según el Consejo Nacional de Población (González, 2015:118) y para otros autores en realidad asciende a 77 años (Enríquez, et al., 2008:148), en Guerrero, apenas alcanza los 72 años (CONAPO, 2014:17); asimismo, por la alta correlación positiva entre el nivel educativo de las personas y el mejoramiento en el cuidado de la salud como se registra en las sociedades con más elevados índices formativos (Salgado de Snyder & Wong, 2006:155), es importante citar que el estado del analfabetismo para la entidad sureña abarca al 14% de la población, en tanto que el porcentaje nacional es de 5.5% (INEGI, 2015); es así como el 50% de la población guerrerense es eminentemente joven

³⁰ Puede verse en el Apéndice que los cuatro municipios tradicionalmente adscritos a la subregión Alto Balsas en la región Norte de Guerrero, se ubican en los índices más altos de marginación, dos en “Alta” y dos en “Muy Alta”.

(menor de 22.1 años) (Ibíd., 2014:14), y sólo un 6.8% son adultos mayores (324, 389) (CONAPO, 2014:17); proporción baja si se compara con el 10.4% nacional (INEGI, 2016, párr. 1).

Una esperanza de vida inferior y un analfabetismo dos veces mayor que los registrados en el ámbito nacional, ameritan una contextualización del tema de estudio en el modelo de desarrollo actual, debido a que estos índices constituyen sólo algunos de los graves efectos del más pasmoso olvido social al que históricamente fue reducida la región. El capitalismo, se ha dicho, se caracteriza por su índole voraz y por promover idiosincrasias profundamente individualistas. Muchos autores consideran que la pobreza, por ser una de las condicionantes del modelo, no ha podido ni podrá superarse, toda vez que “es un subproducto de la forma como históricamente se ha construido la riqueza...” (Sánchez, 2005:9). Asimismo, en torno a la desigualdad prolijada en México por el acceso desigual al proceso productivo, Cordera y Tello aseveran lo siguiente:

México es un país marcado históricamente por la desigualdad. Los grandes y pequeños rasgos que le dan especificidad a nuestra sociedad y a su historia tienen en la desigualdad abismal un contexto estructural y cultural decisivo. Nada de lo que nos ocurre, nada de lo que nos ha ocurrido, puede explicarse satisfactoriamente sin recurrir a esta herida abierta, y por desgracia cada vez más grande, que se resume en el término desigualdad. (Cordera y Tello, 2005:9).

En el medio rural, todo cobra un tono mayor. En el Alto Balsas, aún los adultos mayores que se desempeñaron durante su vida activa como empleados estatales (esencialmente los profesores), vivieron y trabajaron en el medio rural, desarrollando actividades agropecuarias. De los entrevistados, casi todos ellos y ellas desarrollaron, al menos en su niñez, ya fuera en la parcela familiar o como asalariados, actividades agrícolas. La mayoría de ellos y ellas asimismo, procedieron de familias que vivieron el reparto agrario, algunos como don Luis, don Eduardo y todos los que actualmente forman parte de las Policías Comunitarias, continúan siendo hombres y mujeres del campo. Don Luis, por ejemplo, cultivó un tlacocol y trabajó como peón hasta que empeoró su salud por

el fallecimiento de su esposa. Fue ejidatario en su juventud, pero perdió sus derechos ejidales por haberse enrolado en los movimientos migratorios como jornalero agrícola cuando ya no pudo sostener a su familia con el producto de su siembra. Otros, como don Eduardo, dejaron de sembrar “porque todo se puso muy caro”, especialmente el abono.

Cabe recordar, que México, al igual que muchos otros países subdesarrollados, a pesar de que una alta proporción de su población era rural, adoptaron medidas que con el tiempo, conducirían a su empobrecimiento extremo, y en vastas regiones, conducirían a la eliminación de la agricultura campesina (FAO, 1984:98). Para Armando Bartra (2003), algunas de estas medidas fueron la contrarreforma agraria de 1992 y el Tratado de Libre Comercio (TLC) que redujeron al campo a zona de desastre (Ibíd., 2003:9). El autor señala que, si bien en los años sesenta los mexicanos eran mitad urbanos y mitad rurales (2003:5), “en las cuatro décadas siguientes los 17 millones de campesinos se transformaron en 24 millones (Bartra, 2003:5), lo que en otras palabras significa, que a pesar de los despiadados embates neoliberales al campo, los campesinos no sólo no han disminuido, sino que se han incrementado.

Para el Consejo Nacional de Población, son poblaciones rurales aquellas cuya población no supera los 2,500 habitantes, aun bajo este parámetro (pues la OCDE señala que son rurales todas las localidades con menos de 15,000 habitantes, Fox & Haight, 2010:9), el estado de Guerrero es eminentemente rural, al contar con el 42% de su población viviendo en el campo (en el contexto nacional, solo 22% de la población habita en el medio rural, CONAPO, 2010), por lo que las medidas neoliberales que han atentado contra el medio rural, han estremecido a sus habitantes, a tal grado que Guerrero empezó a perder a parte de su población que emigra a otros lugares en busca de trabajo³¹ (CONAPO, 2014:24). En torno a la pobreza que se agudiza en el campo, Bartra sostiene que:

³¹ Según el CONAPO, entre 1990 y 1999, Guerrero presentó su mayor pérdida migratoria (2014:24). Debe notarse que el dato coincide con la entrada en vigor del TLC en 1994.

En el campo ocho de cada diez personas son pobres y de éstas, seis o siete son miserables. De modo que, pese a que sólo una cuarta parte de la población mexicana es rural, dos terceras partes de las personas en pobreza extrema viven ahí.

Los campesinos siempre han sido pobres, pero en los tres últimos lustros las políticas públicas mercadócratas han causado a propósito la ruina del México rural. (Bartra, 2003:11).

Para la Secretaría de Desarrollo Social,

... la falta de progreso generalizado en la reducción de la pobreza en el largo plazo en las zonas rurales se puede explicar entre otras causas por la falta de dinamismo de la agricultura, como resultado de la crisis económica de 1995, el estancamiento de los salarios agrícolas y el descenso de los precios reales de los productos del sector. (SEDESOL, 2010:29).

Blanca Rubio (2001:15) argumenta que el desastre del campo mexicano no es producto de una crisis, sino que en realidad se debe a un cambio de modelo, en el que la liberación comercial ha hundido en la pobreza a los pequeños productores, quienes pasaron de la soberanía de sus parcelas a ser asalariados de la gran empresa agrícola en el mejor de los casos, debido a que, merced a la mecanización de las labores agrícolas, la tendencia de los otrora campesinos, es a ser excluidos, más que explotados.

Por su parte, Gerardo Otero (2004), reflexiona en torno a la pobreza extrema observada en el área marginal de Monterrey:

... las condiciones inauditas de miseria en que vivía la gente de los cinturones de miseria [...] la gran mayoría de esos inmigrantes provenían del centro y del sur de México, donde la crisis del campo golpeaba con más fuerza que en el norte [...] tanto los problemas urbanos como los agrarios no eran sino dos aspectos del mismo proceso de desarrollo capitalista en el país. (Otero, 2004:7).

Eric Hobsbawn comenta que en el siglo XIX, ante el triunfo mundial del capitalismo:

Se consideraba que una economía de tal fundamento [...] no sólo crearía un mundo de abundancia convenientemente distribuida, sino de ilustración,

razonamiento y oportunidad humana siempre crecientes, un progreso de las ciencias y las artes, en resumen. Un mundo de continuo y acelerado avance material y moral.

Sin embargo, las reflexiones de Bartra (2003) y Otero (2004), oponen un duro contraste a esa retórica, al exhibir la forma como el capitalismo, en su fase neoliberal y globalizada, se configura en el medio rural de un país de economía dependiente como México. Otero presenta un sumario del modelo económico que intenta aniquilar el campo mexicano: “El modelo hegemónico actual se puede sintetizar bajo el nombre de su ideología: el globalismo neoliberal, donde se trata de dar rienda suelta a “los mercados”, y se elimina todo tipo de protección social.” (2004:13-14). De esta forma, en el mercantilismo de la época actual, los Estados Unidos determinaron que el gobierno mexicano debía abandonar a su suerte a sus campesinos. Bartra por su parte, analiza:

... estas transferencias (subsidios a los agricultores estadounidenses) revisten a sus exportaciones agrícolas de precios artificialmente bajos con los que no pueden competir otros granjeros menos subsidiados. Cotizaciones políticas [...] que se transforman en armas coloniales al arruinar a los campesinos de los países orilleros, cuyos ingenuos gobiernos se tomaron en serio la especie de que había que suprimir por completo las subvenciones agropecuarias para no distorsionar el mercado. (Bartra, 2003:13).

Desatado el desastre (provocado por el neoliberalismo) y la forma que cobró en los países subdesarrollados, el Fondo Monetario Internacional, FMI, hizo una reflexión, que por extemporánea, resulta particularmente cínica: “... hasta el propio FMI admite que insistió en ella excesivamente, y que la liberalización de los mercados de capitales y financieros contribuyó a las crisis financieras globales de los años noventa y puede ser devastadora en un pequeño país emergente.” (Stiglitz, 2002:87). Por último, Joseph Stiglitz asevera: “Occidente animó la liberalización comercial de los productos que exportaba, pero a la vez siguió protegiendo a los sectores en los que la competencia de los países en desarrollo podía amenazar su economía.” (2002:89).

Armando Bartra concluye que, en busca de producir para la exportación por parte de los agricultores competitivos mexicanos, superpusieron la producción de frutas y hortalizas a la de granos básicos. “Pero el saldo nefasto resultó mayor, pues en el mismo lapso las importaciones alimentarias crecieron exponencialmente y se abismó el ingreso rural” (2003:12).

El desempleo en la vejez

La pobreza es, sin lugar a dudas, el rostro más acre de la postergación social a la que la población envejecida ha sido reducida. En una sociedad como la mexicana, en la que el salario que provee el trabajo conforma la principal fuente de ingreso (Wong, 2006:15), la exclusión de los adultos mayores de la posibilidad de empleo remunerado, constituye una de las discriminaciones más perniciosas que pueden infligírsele a un ser humano, sobre todo porque transita la última etapa de la vida. El derecho humano universal al trabajo sentencia: “Toda persona tiene derecho al trabajo, a la libre elección de su trabajo, a condiciones equitativas y satisfactorias de trabajo y a la protección contra el desempleo.” (ONU, 1948). Sin duda, ha sido largo el recorrido que transitó la humanidad para tan irrefragable declaración, en especial después de dos conflagraciones mundiales que pusieron en entredicho la civilidad de los seres humanos; pero en la realidad de los países que comparten la desventura común de tener economías dependientes, el derecho humano al trabajo, que conduciría a la confirmación de la dignidad que la misma Declaración Universal reconoce inalienable del ser humano, en el estrato social de la tercera edad, normalmente no se alcanza.

Para algunos autores, en tanto que las actividades laborales remuneradas representan para las personas estabilidad económica y acceso a los bienes y servicios, la ausencia de empleo simboliza lo contrario, pero más allá de la carencia crónica de liquidez que viene aparejada al no-trabajo, el desempleado se desenvuelve con un estatus bajo, sin un rol definido, muy diferente al de aquellos sujetos activos en el mercado laboral. Así, el adulto mayor, desempleado *natural* y por tanto desprovisto de los medios para sostenerse a sí

mismo, pasa a ser un dependiente neto en el mejor de los casos, es decir, en aquellos en que se tiene a alguien de quién depender.

En un escenario cada vez más cotidiano de cancelación de la oportunidad de independencia, como resultado de la expulsión de las fuentes de empleo remunerado por su edad avanzada o del rechazo discriminatorio hacia ellos, los envejecidos son enrolados en una marcha inexorable hacia un empobrecimiento paulatino que llega a tocar fondo, justo cuando su condición física empieza a ser más inmovilizante. En ese contexto de exclusión, para los mayores, a la pobreza de toda la vida, técnicamente llamada “pobreza estructural”, puede sumársele entonces otra más grave: “la que se precipita en la edad avanzada” (Wong, 2006:16).

El Consejo Nacional para Prevenir la Discriminación, CONAPRED, asevera que en la actualidad el desempleo no es un fenómeno privativo de la vejez, sino también de la juventud, sólo que ante ello, es preciso argumentar, que en tanto que para la juventud temprana apenas inicia la búsqueda de oportunidades, a los envejecidos se les priva de las postrimeras, cuando su vida marcha en descenso hacia la cima, donde la salud y la fuerza se transforman en un recurso escaso y cada vez más inalcanzable. Como muestra tangible del duro perfil que cobra la discriminación laboral, la misma organización cita un dato pasmoso: “el 90% de las ofertas de trabajo, excluyen a las personas que tienen más de 35 años [y para 35% de los que tienen empleo mayores de 35 años] corresponde a empleos [...] como guardias de seguridad o personal de limpieza.” En otras palabras, los empleos más duros y peormente retribuidos, son para las personas mayores, y en el mercado laboral actual, la exclusión empieza mucho antes de trascender la frontera de los 60 años de edad, formalmente señalada en la Ley correspondiente para ser considerado adulto mayor en México.³²

³²En el Artículo 3o, fracción I de la Ley de los Derechos de las Personas Adultas Mayores, “Personas adultas mayores. Aquellas que cuentan con sesenta años o más de edad y que se encuentren domiciliadas o en tránsito en el territorio nacional.” (SEDESOL/ INAPAM, 2014:10-11).

En esta realidad, la cancelación definitiva del ejercicio profesional, se configura en una de las exclusiones más violentas que el sistema económico prevaleciente inflige a los individuos, porque esta supresión trastorna por completo la visión que los sujetos tienen de sí mismos, repercutiendo en su existencia, y en forma concreta, en su calidad de vida. En el marco de este tema, a la exclusión debe agregarse la dimensión temporal, en el sentido de que “en la actualidad, un desempleado no es objeto de una marginación transitoria, ocasional” (Forrester, 1900:13), sino un dígito más sin rostro y sin historia que queda olvidado. El que fuera considerado por Víctor Urquidí, el problema socioeconómico demográfico más importante de principios del siglo XXI (Sámano, et al., 2001:100), calificado por otros como “mal del siglo”, se eterniza y se agrava. Para colmo, la sociedad vuelve la espalda a los excluidos del mundo del trabajo, lo que resulta del todo provechoso para el sistema, porque le permite eludir su cometido social, al descargar en el desempleado la responsabilidad de su propia tragedia. La percepción de vergüenza es otro tormento que debe soportar el excluido, haciéndolo sentir indigno de la sociedad que habita, cuando es ella misma la que lo ha colocado en tal circunstancia (Forrester, 1900:14)

El desempleo no es socialmente reconocido como un malestar no autoproducido, ajeno a quien lo sufre. En el presente se está lejos aún de ubicarlo como un mal inherente a un modelo económico caracterizado por una desigual distribución del progreso (CONAPO: 2011:11), en este caso, por el desigual acceso a la estructura productiva, asimismo, no se comprende que el desempleo no es una elección individual, sino la consecuencia lógica de un modelo productivo que no procura a todos las mismas oportunidades, y, en este escenario de desventajas, son los envejecidos los grandes perdedores del proceso modernizador. En el estado de Guerrero, el desempleo cobra otra forma más sombría; cerca de la tercera parte de su población económicamente activa (443,786) trabaja, pero no percibe ingresos (STyPS, 2017:4, 6).

El modelo económico capitalista se ha encargado de convertir en desechables a los excluidos del trabajo, en gran medida por la abrumadora cantidad de personas

que podrían desempeñar la misma operación, y si bien los hace sentir innecesarios para el funcionamiento social, en realidad le son indispensables, porque esta masa de excluidos ceba las filas del ejército de reserva, cuya numerosidad mantiene al límite la contención salarial (Forrester, 1900:14), el desempleo es entonces clave para el sistema, asimismo, sus filas se nutren sobre todo de los individuos que avanzan en edad.

El problema del desempleo —sostienen varios autores— aqueja a todas las estratificaciones quinquenales, pero es dentro de la tercera edad donde sus estragos se vuelven alarmantes, debido a que los viejos, a causa de su edad, cuentan cada vez con menos medios físicos, psíquicos y materiales para enfrentarlo (Moragas, 2004:189). Al quedar desprovistos de este cúmulo de capital, los adultos mayores conforman el estrato más afectado por la supresión laboral, más cruda aún para los que continúan asumiendo el rol de cabeza de familia y por tanto, con dependientes directos (Papalia, et al., 2002:296); mismos que además, como la abrumadora mayoría de los envejecidos (75%),³³ se refugiaron en las fuentes no formales de empleo durante su juventud, o dicho de otra manera, para los que durante el trayecto de toda su vida activa no alcanzaron el derecho al trabajo formal y remunerado, esa anulación, implicó otra quizás más estrujante: el despojo del derecho a una modesta pensión que les garantizara una mínima estabilidad económica en la vejez.

Para el caso de Guerrero convendría citar algunos datos importantes. En la entidad sureña existen 3.5 millones (3,590,733) de habitantes, de ellos, la Secretaría del Trabajo y Previsión Social, STyPS indica que 2.5 millones (2,514,726) están en edad de trabajar, pero únicamente están ocupados 1.4 millones (1,464,330); un dato preocupante además es su enorme índice de informalidad laboral que alcanza al 78.9% de su población activa (STyPS, 2017:4), lo que en otras palabras significa que al adscribirse en términos

³³ Durante el Seminario Universitario Interdisciplinario sobre Envejecimiento y Vejez, en el ISS-UNAM, Verónica Montes de Oca aseveró que de los más de 10 millones de personas mayores, únicamente el 25% era beneficiario de una pensión económica (Proceso, 28 de agosto 2016)

laborales al régimen del empleo informal, no podrán gozar de pensión una vez que ya no puedan laborar. Al igual que en otros estados, en Guerrero, el empleo agrícola desempeñado por los minifundistas y el desempeñado por los asalariados del campo, pese a su importancia estratégica para la alimentación del país, no se considera un empleo formal, por lo tanto, una vez que dejen de trabajar por incapacidad física, engrosarán las filas de la pobreza.

El olvido económico entonces, simbolizado por el desempleo propio del capitalismo, acosa incesantemente a los viejos, quienes al no cumplir con las exigencias que el nuevo mercado impone para desempeñar un papel económico, quedan al margen no sólo de la esfera de consumo, sino también de la comunidad. Lo más inquietante es que esta separación empieza a manifestarse a los cuarenta años (Moragas, 2004:157) o a los treinta y cinco, según el CONAPRED (2012:82), notoriamente un rango de edad prematuro, si se contempla que la tercera edad inicia en la sexta década.³⁴ Así, la ancianidad puede ser definida como la etapa del no-trabajo, donde los viejos se encuentran al margen, formando una nueva estratificación social compuesta por aquellos excluidos, privados y olvidados que cada vez estarán más alejados de integrarse o reintegrarse a las capas laborales.

Es el anciano entonces el más desprotegido de la sociedad contemporánea, en la que el no acceso al trabajo por el hecho de haber envejecido, duplica el estigma de por sí abrumador que ya porta consigo: a su edad avanzada se le adiciona el no-trabajo. El consenso en torno a que la vejez es por sí misma una situación compleja para quienes la transitan, y, que, cuando es acompañada por la ausencia de una actividad remunerada, se vuelve más complicada aún, es certero; la pobreza y la dependencia se convierten en penurias permanentes en esta etapa de la vida.

³⁴Es importante reflexionar, que en tanto que para México y la mayoría de países del Tercer Mundo, se consideran los 60 años como la edad umbral de la vejez (González, 2015), en España y la mayoría de países europeos, se considera que se entra a la vejez a los 70 años (Asociación Solidaridad Intergeneracional. En: Esteban. s. f.)

La necesidad que poseen los viejos de laborar no está relacionada sólo a la necesidad de captar recursos, conviene aclararlo, sino a la necesidad vital de detener su descenso dentro de las capas sociales (Mishara & Riedel, 2000:71), demarcadas en gran medida por los rangos de edad determinantes del estatus social, de las oportunidades de desarrollo y del prestigio social. Con demasiada frecuencia, tales prerrogativas no son asequibles para aquellos que han envejecido; el poder económico y social son absorbidos por la capa poblacional conformada por los adultos (Mishara & Riedel, 2000:71), aquellos que acaparan el mercado laboral y con ello el poder adquisitivo. Esta dinámica de privación dirigida a ciertos sectores, a quienes se impide incursionar de manera activa dentro de las actividades económicas, fractura el desarrollo óptimo de los grupos segregados, en especial de aquellos que no cuentan con los requerimientos físicos, estéticos y psíquicos para competir dentro de la encarnizada lucha laboral que el capitalismo ha impuesto como doctrina.

El resultado de la expulsión de la ancianidad del ámbito laboral, no solo termina en el rompimiento de las posibilidades de bienestar material de los mayores, sino que, también desemboca en una degradación global de la figura de los viejos, quienes una vez colocados en la órbita del olvido, empiezan a perder su estatus sociocultural y a transitar hacia estados anómicos, circunstancias que de acuerdo con la teoría de la actividad, minan la identidad del anciano (Mishara & Riedel, 2000:63).

Para los estudiosos de la tercera edad, el rol laboral-económico es uno de los factores determinantes para el acceso a un envejecimiento óptimo. Resultará redundante explicar que el mantenerse en la esfera del trabajo, brindaría al envejecido la solvencia para resolver sus necesidades y mantenerse independiente, por lo que, privarlo del rol de trabajador, implica, en definitiva, la cancelación de la posibilidad de una vejez lograda, el escenario óptimo en el que estarían implicados factores económicos, físicos (salud), psíquicos, sociales y familiares, en los que el envejecido se desarrolle (Moragas, 2004:164). Desde el

ámbito literario, estas ideas fueron sintetizadas con suma creatividad por André Maurois:

Se envejece cuando se siente que es demasiado tarde, que la partida está jugada, que la escena pertenece en adelante a otra generación. El verdadero mal de la vejez no es el debilitamiento del cuerpo: es la indiferencia del alma...

Pero contra esta indiferencia podemos y debemos luchar. Los hombres que envejecen menos aprisa son los que han conservado razones de vivir. Se podría creer que una vida agitada, de grandes emociones, luchas, estudios, investigaciones, fatigas, gasta a un ser. De hecho, lo contrario parece ser la verdad. Envejecer es solo una mala costumbre, el hombre ocupado no tiene tiempo de adquirirla. (Maurois, en epígrafe de Gutiérrez, 2015).

Son los ancianos del presente los grandes olvidados del sistema, al privarlos de ejercer un rol económico estable que les permitiera resolver su existencia por sí mismos. Al hacerlos objeto de la exclusión social precisamente por su longevidad alcanzada, paradójicamente los preserva de la explotación, pero en la tercera edad del tercer milenio, la condición de excluido es aún peor que la de explotado (Bartra, 2003:34). En la tercera edad, el no-trabajo define y explica lo que significa envejecer en el siglo XXI. Que al trabajo se le atribuyan tantas connotaciones positivas en la construcción y transición del sujeto individual a actor social, resulta desesperanzador en este tiempo marcado por el desempleo, donde los grupos sumergidos en él, son señalados por el resto hasta ahora incluido, mientras que los afectados luchan sin descanso por cubrir sus necesidades fundamentales e integrarse de alguna manera al sistema que los ha reducido a deshechos.

Es la esencia del modelo económico prevaleciente la que perpetúa y profundiza las carencias de muchos, en especial de la mayor parte de los ancianos, la magnitud y *suspense* de este grupo, se inscribe en un momento histórico, en el que los viejos se encuentran encasillados de modo forzoso en estatus de clases pasivas que terminan por convertirse en subalternas, las que ocupan los lugares menos favorables en la sociedad. Definir al capitalismo hegemónico como un mecanismo salvaje de dominación y opresión, resulta sencillo cuando se observa

cómo mina el porvenir de los sexagenarios mediante la privación del ejercicio laboral.

Este modelo sin alma, es explicado en forma lacónica por Toureine: “el capitalismo significa que la sociedad es dominada por la economía” (1999:20), el maltrato a aquellos imposibilitados de subsistir por sus propios medios, quienes una vez negados por el sistema terminan anclados a ocupaciones laborales residuales como el ambulante, el pepenaje y la limosnería, refrenda la síntesis del sociólogo francés. Si en el presente los sujetos “definen su identidad a partir de su trabajo” (Papalia, et al., 2002:296), los ancianos que envejecen bajo condiciones de desempleo se encuentran imposibilitados de acceder a un auto concepto sano de sí mismos, a causa de que son víctimas de la pobreza y el no-trabajo, elementos insignia en esta última etapa de la vida, mismos que nulifican la posibilidad de arribar a un envejecimiento exitoso. Este panorama corrobora que dentro de la lógica mercantil propia del capitalismo, los viejos no representan una fuerza real para el desarrollo, ni el crecimiento financiero buscado, motivo por el que son cubiertos con olvido. Husson, apunta que el capitalismo lejos de contribuir a elevar la calidad de vida de los sujetos con la progresión del trabajo, es el principal orquestador de la desigualdad social, siendo que dicha acción lo mantiene en su estado dinámico (Husson, 2017:3).

El destierro de los viejos de las actividades productivas, refleja la posición que la doctrina económica vigente ofrece a los sujetos que ya no le son de utilidad, a quienes cierra las puertas del mercado, entelequia sacralizada en la era del consumo que bien puede asimilarse más como un momento que como un espacio (García, 2006:103), porque resultan más móviles y desechables los actores que le dan vida, que los sitios en los que se suscitan las actividades productivas. Esta aparente metáfora cobra forma en el abandono de los veteranos una vez que son considerados obsoletos, cuando se ignora su conocimiento o se considera que ya no es necesario, al remplazarlos por trabajadores más jóvenes a los que les aguarda el mismo destino cuando alcancen la edad que ahora pretenden ignorar. Es el mercado en la actualidad

quien define a los individuos mediante parámetros inadmisibles, basados en la estadística y la productividad de cada sujeto, evaluando los costes y las ganancias (García, 2006:204) que cada uno representa; reduciendo a datos duros, números calculables, contables y medibles, a los actores sociales... porque dentro del mercado, la historia solo se consolida a través del éxito en cuanto a los porcentajes de acumulación, no en relación a la satisfacción personal y profesional de aquéllos que lo reproducen.

Esta visión mercadocrática de la existencia humana, acota a los individuos a objetos temporales dentro de un sistema que les exige demostrar su utilidad a cada instante, para poder ser considerados como parte de él (Forrester, 1900:13), lo que configura y reconfigura a las actividades dinerarias como ineludibles para que los seres humanos alcancen el estado de derecho, y aquellos que no son parte de esta dinámica, representan individuos dependientes, despojados, excluidos y olvidados que no existen en su propio contexto comunitario, al que el mercado ha accedido y transformado en una extensión más de su insaciable voracidad comercial, donde los débiles e incapaces de insertarse en su vorágine económica terminan siendo desterrados.

Sea por exclusión o por jubilación forzada, los mayores quedan imposibilitados de subsistir por sí solos, por lo que habría que preguntarse si el modelo económico vigente es intransferible hacia otro que asigne un lugar para la tercera edad en su agenda, pues el tiempo que como país tenemos para preparar la infraestructura para su atención y promover una cultura de inclusión está en pleno decurso. El llamado envejecimiento demográfico —circunstancia en que la proporción de la población en edad avanzada crece a un ritmo más elevado que el crecimiento de los otros grupos de edad— sería insostenible si no nos preparamos, en ese sentido, con las reservas económicas, convendría analizar el ejemplo de los países desarrollados, ellos no envejecieron en las dramáticas condiciones de pobreza y enfermedad en las que lo está haciendo México, como resultado de las políticas públicas y apoyos sociales promovidos por el estado, enfocados a brindar a los sujetos envejecidos una calidad de vida adecuada

(Wong 2003:16). Tal es el estado de calamidad de la calidad de vida de los adultos mayores en México, donde el presupuesto de salud no se ha incrementado por más de doce años, que la esperanza de vida es seis años menor que el promedio logrado por los países miembros de la Organización para la Cooperación y el Desarrollo Económico, OCDE (Cruz, 2017:35).

La crítica del capitalismo contemporáneo no consiste pues en esperar la crisis que haría hundirse el capitalismo como un fruto maduro, sino en analizar la evolución de este sistema y en imaginar los medios de salir de él. La cuestión fundamental es en el fondo saber si la inestabilidad actual se va a desatar según el eje de los conflictos intercapitalistas o el de los enfrentamientos sociales. La crisis ha alcanzado ya de forma profunda a la legitimidad de este puro capitalismo y de sus preceptos ideológicos. Los éxitos que registra son directamente proporcionales a las regresiones sociales que logra imponer, sin compensación ni contrapartida. Incluso si las relaciones de fuerza siguen estando a su favor, una cosa al menos debería estar clara: los proyectos que apuntan a regular, disciplinar o humanizar un tal sistema resultan en el contexto actual una pura utopía, en el mal sentido del término. La única actitud coherente hoy es, al contrario, oponer a este "puro capitalismo" un "puro anticapitalismo" proporcional a las amenazas que hace pesar sobre el bienestar de la humanidad (Husson, 2009:6).

Jubilación impuesta

Dentro del olvido económico, ocupa un papel sobresaliente la jubilación, el paro laboral definitivo que orilla a los mayores a vivir bajo condiciones acuciantes de pobreza. La jubilación, más allá del cese laboral como su rostro característico, implica una ruptura en la existencia de los envejecidos, al colocarlos fuera de la esfera económica y al margen de las oportunidades de desarrollo. En la zona norte de Guerrero, uno de los estados mexicanos singularizados por un alto componente rural (42%) en comparación con el contexto nacional (22%),³⁵ se detectaron dos formas distintas en las que la jubilación se presenta, la primera

³⁵En el estado de Guerrero, el 42% de la población vive en el medio rural y el 58% en el urbano. A nivel nacional el 78% de la población se concentra en las ciudades y sólo el 22% en el medio rural (INEGI, 2010).

de ellas puede denominarse Formal, y a ésta se inscriben aquellos sujetos respaldados por un pago jubilatorio, propio de quienes dedicaron sus esfuerzos laborales a una entidad federal, estatal, más que a una organización empresarial; la segunda, designada como Informal, es conformada por sujetos envejecidos que dedicaron su vida activa a economías no-formales e informales-eventuales, motivo por el que al retirarse, no pueden acceder a ningún tipo de pago pensionario que posibilite su bienestar (Gonzalo, 2002:45).

Partiendo de que existen modalidades distintas de jubilación, y que una de ellas se encuentra desvinculada de cualquier tipo de prestación o servicio por los años de trabajo acumulados, puede concebirse a la jubilación Informal como la más desgarrante, porque ésta se alcanza cuando el adulto mayor ha rebasado el límite de sus fuerzas o por ser discriminado por las fuentes potenciales de empleo por el hecho de haber envejecido. Por su parte, la jubilación formal, aunque puede visualizarse como menos gravosa (por las prestaciones que brinda a sus veteranos), se encuentra bajo una tonalidad similar, porque ésta, a pesar de las garantías que otorga a sus beneficiarios, no ajena a la tónica de malestar e inconformidad por parte de los viejos que están bajo su régimen, sobre todo cuando éstos son cesados en forma arbitraria por el hecho de haber rebasado los rangos de edad establecidos (De la Serna, 2003:85), y sin tomar en cuenta ningún otro parámetro, como la satisfacción o rendimiento laboral, es esta situación la que convierte a la jubilación en un acto y un momento de transición involuntario que afecta de múltiples maneras la existencia de los ancianos.

Aun cuando en nuestros días pueda resultar un tanto irónico; jubilar proviene del latín *jubilare*, que significa “lanzar gritos de júbilo” (De la Serna, 2003:85), sobre todo porque la jubilación que conocemos se encuentra muy lejos de esa connotación de alegría y éxito. En realidad, la jubilación actual puede ser definida como la muerte laboral de los individuos y como una de las fracturas irreparables en la vida laboral de los trabajadores, por sus repercusiones directas tanto en la identidad como en la autoestima de los sujetos. El significado original de la jubilación ha virado. De ser visualizado en el pasado como un logro y una

recompensa por las décadas de trabajo, en el presente viene siendo el Waterloo³⁶ laboral del ser humano, por el hecho de haber envejecido.

Puede concebirse a la jubilación como un rito de paso (Fericgla, 2002:139) inconcluido y doloroso. In-concluido porque los ritos de paso simbolizan el cambio de un actor social de un estado a otro durante su desarrollo social, en cambio, en la jubilación, este paso queda suspendido, el movimiento no se culmina, porque una vez desterrado el sujeto del ámbito laboral, inicia un derrotero en el que no obtiene nada más que olvido social y económico progresivos, debido a que el ahora ex trabajador, queda flotando dentro de atmósferas de dependencia y caridad social, lo que desemboca en otros malestares que pueden ser descritos como dolorosos, debido a que los padecimientos que este rito truncado origina, rebasan el estadio de simples alteraciones en las rutinas diarias de los individuos, toda vez que la carrera laboral que dio sentido a su vida, lo dotó de legitimidad y lo hizo sentir socialmente útil, ha sido cortada de un tajo irrevocable.

Asimismo, a causa de que este rito inacabado modifica por completo el lugar que ocupan las personas de la tercera edad dentro de la sociedad, porque la jubilación “no constituye un rito de separación con una expectativa de integrarse a un nuevo estado social, sino que literalmente es una desvinculación obligada” (Fericgla, 2002:139), puede ser comprendida además como una modalidad de olvido, que se reproduce en contra de los viejos, al privarlos de continuar dentro de la vida pública y laboral de la sociedad que ayudaron a forjar, misma que una vez envejecidos los expulsa de su seno a la nada, y a un olvido económico que repercute en forma directa en el modo en que harán frente a la vejez.

Con apariencia de decisión voluntaria, la jubilación deviene una operación forzada e impuesta para un inmenso número de personas en edad avanzada, que de manera obligada son retiradas de la esfera laboral (lo que contraviene al Artículo 123 Constitucional y otros consustanciales que rezan lo contrario). Esta

³⁶Por tratarse de prácticamente una derrota definitiva para los trabajadores en edad avanzada, valga esta acepción utilizada en el ramo militar, que alude a la batalla final del general Napoleón Bonaparte.

especie de segregación productiva se ha acentuado con el recrudecimiento del capitalismo, al grado de impulsar la caducidad de los seres humanos en su desalmada cultura económica. El que pudiera llamarse “etnocidio laboral”, agudizado durante el siglo XIX con la consolidación de la Revolución Industrial, dio pie a la política de orden laboral de cesantía conocida como jubilación (Mishara & Riedel, 2000:88). Esta cancelación formal de la vida productiva de un trabajador, significó el rompimiento de las prácticas laborales tradicionales propias de las sociedades antiguas, en las que los miembros de edad avanzada no eran privados de ejercer un rol activo, sobre todo porque la connotación cultural del trabajo como actividad productiva era distinta y no se fundamentaba solo en rendimiento, coste y ganancia; su dimensión era ante todo social, pues estaba interconectada con relaciones comunitarias, gremiales y familiares; la explosión industrial³⁷ y el ritmo que este nuevo orden imprimió a la vida, sin embargo, no es del todo justificatoria del olvido social de los envejecidos del presente, en el sentido de que algunos autores señalan que prácticamente todas las sociedades han sido agitadas y gobernadas por dinámicas intensas (Laounture, s. f., p. 353), no obstante, la actual carrera desbocada por la productividad, propendió a suprimir el carácter comunitario y familiar de las relaciones de producción, y con ello inventó un paro irrevocable para los individuos de edad avanzada, o jubilación como ahora se conoce (Moragas, 2004:156).

Es importante mencionar que el espíritu de la jubilación decimonónica propuesta por Bismarck, estaba signada por un carácter altruista y de justicia social, que brindaba reconocimiento a los trabajadores ancianos por sus décadas de esfuerzo y servicio, pero dicha visión ha cambiado de manera radical con el transcurrir de los años, al grado de volverse un contrasentido a su cometido

³⁷ Mandel, cita a Marx. En su aspiración incesante por la forma universal de la riqueza, el capital empero, impulsa al trabajo más allá de los límites de su necesidad natural y crea así los elementos materiales para el desarrollo de la rica individualidad, tan multilateral en su producción como en, su consumo, y cuyo trabajo, por ende, tampoco se presenta ya como trabajo, sino como desarrollo pleno de la actividad misma. En la cual ha desaparecido la necesidad natural en su forma directa, porque una necesidad producida históricamente ha sustituido a la natural.

original. La nueva visión del anciano como carga descomunal para las generaciones de menor edad, es favorecida en cierta forma por el exponencial aumento en la esperanza de vida de los individuos, por lo que una vez envejecidos y cancelada su actividad productiva (jubilación), se consolidan como un sector poblacional en tensión por su situación de escasez crónica de recursos económicos (De la Serna, 2003:1). Confirmado el estatus de pobreza en el que quedarán suspendidos con ese rito de paso in-concluido, la jubilación es divisada como un castigo por los viejos cesantes. Algunos se revelan a este designio, e intentan retrasar el mayor tiempo posible su llegada, ante todo por aquellos “adscritos” al tipo de jubilación informal: la más riesgosa, por este “retiro voluntario” el que no otorga ningún beneficio a sus veteranos retirados, que al momento de dejar de realizar sus actividades laborales ven truncado el flujo económico del que dependían por completo.

La jubilación, como una transición de lo existente a lo inexistente, en el sentido de que la existencia humana en la época contemporánea se encuentra ligada de manera ineludible a los ingresos económicos que allega cada sujeto, torna quiméricos a los excluidos (Forrester, 1900:14). Esta visión que naturaliza el rezago de los sujetos excluidos, en este caso, de los envejecidos, obstaculiza del todo sus posibilidades de reintegración a la esfera productiva, refrendando para ellos y para los que se aproximan a la cesantía definitiva —se haya presentado su retiro de forma voluntaria o involuntaria— la circunstancia de jubilado (Mishara & Riedel, 2000:89), más como un castigo que como una recompensa (aún en el mejor de los casos, por el hecho de haber laborado en un sector que los hizo acreedores de una pensión: el formal), esa percepción es más dramática para aquellos que pese a su edad avanzada, continúan siendo responsables de otros sujetos, por lo que, a la de por sí preocupante salida de la esfera laboral, se agrega la preocupación por el extravío de la solvencia económica para cubrir las necesidades vitales de sus dependientes (Warner & Willis, 2003:313).

En resumidas cuentas, la jubilación se ha convertido en una imposición cultural que degrada el rol social de los viejos, quienes una vez cesados —sea en el

sector formal o Informal— deben hacer frente a un estadio de segregación económica, que los orilla a transitar esta última etapa de vida bajo condiciones de pobreza. Los datos recopilados en campo, destacan que gran parte de los adultos mayores jubilados aún desean seguir laborando, y muchos de ellos se sienten capaces de continuar realizando las actividades económicas de las que fueron expulsados. Este hecho muestra una relación negativa entre la edad social y la cronológica, debido a que al alcanzar los sesenta y cinco años de edad, los individuos son sacados de los puestos laborales, solo porque su rango de edad lo indica, lo que conlleva una fractura social en la vida de los viejos, debido a que el trabajo brinda a sus protagonistas “elementos de identidad, sociales y económicos” indispensables para ser y sentirse parte de la comunidad (Fericgla, 2009:140).

En el marco de ese retiro forzado, que implica además el retiro social, puede resaltarse que la jubilación, si bien en algunos casos es necesaria debido al estado de salud de las personas mayores, para otras tantas no lo es. Algunos de los mitos que suelen justificar su expulsión de los puestos de trabajo y que en general provocan su destierro laboral, y el contra argumento a su falsía basado en evidencias empíricas, se sintetizan de la siguiente forma:

Primero: que las personas de la tercera edad son menos productivas que las pertenecientes a otros grupos de edad más jóvenes. Cuando se ha mostrado que los viejos cubren con experiencia e ingenio sus deficiencias físicas sin que su productividad disminuya.

Segundo: los trabajadores ancianos son más proclives a sufrir y provocar accidentes y tienen un índice de ausentismo mayor en comparación a los trabajadores jóvenes. Sin embargo, los datos estadísticos muestran que los ancianos en óptimas condiciones de salud, provocan un menor número de percances laborales y sus ausencias al centro del trabajo son escasas.

Tercero: los empleados de edad avanzada encuentran menos satisfactorias las actividades económicas. Siendo que en realidad es lo opuesto, a causa de la exclusión y la discriminación que padecen, así como las marcadas dificultades que transitan para colocarse dentro del mercado, vuelve satisfactoria cuasi cualquier actividad monetaria que realicen. (Moragas, 2004:157).

Los puntos abordados resumen la percepción social hacia los viejos sin importar la actividad laboral que realicen, debido a que cual sea el ámbito productivo en el que se encuentren, una vez que alcanzan edades avanzadas son discriminados y forzados a retirarse. Para dicha práctica discriminativa las diferencias apenas son perceptibles, afecta tanto a los mayores que pertenecen al ámbito formal como al informal, porque independientemente del tipo de retiro que deban enfrentar, este cese laboral-económico (que se afianza como una etapa de carencia), se convierte en la medida y compás de una vertiginosa reducción de los estándares de vida para unos y otros.

Aún el primer grupo, frente a las circunstancias de los más desventurados —los que se atienen al régimen informal— debe enfrentar la reducción de sus ingresos económicos, debido a que las pensiones no aportan la cantidad suficiente para continuar con sus rutinas diarias y resolver sus necesidades fundamentales³⁸ (Moragas, 2004:164). Este mismo escenario, sólo que más crudo, se presenta para los ancianos de las filas de la economía informal, por no percibir ningún beneficio por las actividades económicas que realizaron durante su vida laboral;³⁹ en tales casos de desventura, la pensión proporcionada por la federación se vuelve crucial, aun cuando no garantice en ningún grado su bienestar. El monto de esa ayuda estatal⁴⁰ equivale en 2017 a 26.3 dólares mensuales (\$500.00),

³⁸El Programa Pensión para Adultos Mayores en México, incluye sólo a las personas que no reciben pensión derivada del empleo formal que tuvieron durante su etapa activa.

³⁹Podría decirse que para los estados con menor índice de crecimiento económico como el estado de Guerrero, cualquier promedio resulta intimidante: de los 1,348,371 de personas que componen su PEA, sólo 151,060 están aseguradas por el IMSS, lo que significa que aproximadamente 90% de los trabajadores actuales no contarán con una pensión cuando lleguen a la vejez. Aun así —adscritos al IMSS— habría que analizar que buena parte de ellos se ajustan a un régimen eventual de empleo, como ocurre con los obreros de la construcción por ejemplo. Según el informe consultado, en tanto que la PEA guerrerense es la cifra citada, la población en edad de trabajar (de 14 años y más) alcanza los 2,495,965 personas, lo que significa que prevalece un desempleo abierto que alcanza a 1,147,594 habitantes y no los 28,000 que la STyPS reconoce. En: STyPS. 2017. Guerrero: información laboral, pp. 2, 4.

⁴⁰El programa social “Pensión para Adultos Mayores”, fue creado en 2001 por el entonces gobernador del Distrito Federal López Obrador. Sólo se entregaba a las personas mayores de esa demarcación favorecida por un gobierno progresista. De manera posterior, el gobierno federal se vio presionado a hacer extensivo al territorio nacional dicho programa denominándolo “70 y Más” (en 2015 volvió al nombre Pensión para Adultos Mayores y ahora se entrega a partir de los 65 años) con un monto menor al entregado en la Ciudad de México.

cantidad apenas compensatoria que no les brinda seguridad alguna y refrenda la agudización progresiva de la pobreza sin cortapisas en el grupo en cuestión.⁴¹

Estas limitaciones económicas que afectan a los jubilados se convierten en circunstancias comunes para los viejos retirados, consolidando la etapa de jubilación como una secularización sufrida por los individuos al acceder al ciclo cronológico establecido como tercera edad, estadio en el que pierden su preponderancia como individuos, para formar parte de una etnoclase disminuida por el prejuicio, la gerontofobia y la segregación (Fericgla, 2002:206).

No resulta sorprendente entonces que la jubilación sea recibida por los viejos como el inicio de un interminable episodio de incertidumbre, ante todo porque la jubilación suele ser impuesta y arbitraria, basada en parámetros establecidos por sujetos externos a quienes conforman la sociedad longeva, como empresarios, contratistas y responsables de entidades estatales (Neugarten, 1996:203). La jubilación impuesta es una de las circunstancias que más degradan a los ancianos, pero más que entenderla como un conflicto de índole personal, debe ser contemplada como un problema público que se incrementa de modo sostenido, debido a que por el aumento en la esperanza de vida de los individuos, los sistemas pensionarios deben responsabilizarse de un mayor número de sujetos durante un lapso de tiempo cada vez más holgado. Lo anterior permite

⁴¹ Debe agregarse a ello un dato preocupante: la prensa ha denunciado una y otra vez que los ancianos guerrerenses deben presionar a través de marchas y plantones para el pago de sus pensiones, lo que muestra la indolencia de la administración estatal hacia el sector. Los titulares de algunas notas periodísticas rezan lo siguiente: "Protestan ancianos en la capital para exigir el pago de Pensión Guerrero" (La Jornada Guerrero, 2014/07/09. Recuperado de: <http://www.lajornadaguerrero.com.mx/2014/07/09/index.php?section=sociedad&article=005n1so> c)

"Vuelven a protestar adultos mayores; advierten que harán huelga de hambre. Aseguran que instalarán su plantón de manera indefinida" (La Jornada Guerrero, 2015/03/18. Recuperado de: <http://www.lajornadaguerrero.com.mx/2015/03/18/index.php?section=sociedad&article=007n2so> c)

"Bloquean adultos mayores dos avenidas de la capital para exigir apoyos y aumento en su pensión" (El Sur Acapulco, 2014/12. Recuperado de: <http://suracapulco.mx/archivos/240387>)

plantear dos conjeturas básicas que apuntan a que la anulación de la jubilación forzada, sería benéfica tanto para el sistema como para los ancianos cesantes.

Primera; las estructuras económicas gubernamentales hacen frente a un gasto ineludible por los miembros que retira, motivo que invita al replanteamiento de la jubilación impuesta, debido que el mantenimiento de los viejos en condiciones óptimas de salud dentro de actividades productivas aligeraría esta carga, ayudando tanto al sistema pensionario, como a los viejos que aún desean continuar laborando.

Segunda; la jubilación forzada sea formal o Informal, potencia la pobreza en la última etapa de la vida, razón por la que retrasarla contribuiría de manera decisiva al bienestar sociocultural y económico de las personas envejecidas. (Moragas, 2004:18).⁴²

A pesar de los variados planes de contingencia creados por los viejos para afrontar los estragos que la jubilación impone a su existencia (retraso de su retiro laboral, ahorros logrados), difícilmente pueden éstos evadirlos por completo, (Neugarten, 1996:2007), sobre todo porque la jubilación, en este caso, forzada, constituye un fenómeno global contrario a la serie de factores que conducen al envejecimiento positivo (Moragas, 2004:166), aquel que se alcanzaría con el bienestar que brindan las posibilidades económicas y el sentimiento de continuar siendo útil a la sociedad. Ese estado de satisfacción conformaría los cimientos para lograr una vejez saludable. En contrapartida, lo que ocurre con la jubilación como ahora se conoce, rompe con la independencia económica y desvanece el estatus social de los viejos. Estas pérdidas cimbran su personalidad por completo, al afectarlos en lo físico, psíquico y familiar, por lo que, este cese laboral, como las teorías de la continuidad, actividad (Mishara & Riedel, 2000:64) y la aproximación teórica a la teoría del olvido lo esclarecen, más que representar un proceso complementario en la trama vital, significa la muerte socioeconómica

⁴²Moragas, plantea una modalidad laboral incluyente, en la que sea posible la continuidad de los ancianos y la inclusión de los jóvenes a los ámbitos laborales. El “contrato relativo”, basado en la “división de la jornada entre un trabajador maduro y uno joven”, lo que posibilitaría que las relaciones intergeneracionales, y la vez el desarrollo económico de ambos sectores poblacionales.

de los ancianos, al dejarlos fuera de los terrenos sociales y económicos, irremplazables para una calidad de vida aceptable.

En el estado de Guerrero en su conjunto, y en su zona norte en particular, la pobreza estructural o de toda la vida, pero sobre todo la que se precipita en la vejez,⁴³ constituye la circunstancia que más daño inflige a los envejecidos, debe examinarse en este sentido que el acaecimiento del cese laboral rompe sus vidas desde su llegada. Ciertos autores aluden a la primera etapa de la jubilación como post-trabajo (o luna de miel), es la más breve, está asociada a la sensación de descanso, libertad, reposo y tranquilidad del trabajador ahora retirado; pero esta breve etapa da paso a la segunda, más larga, abrumadora y definitiva: la “neurosis del domingo”, frase con la que se intenta explicar los estadios negativos que implica este periodo irreversible, como la pérdida de identidad, autoestima y rol social, las pérdidas comunes en los viejos cesados, quienes en grado ascendente, empiezan a carecer de los recursos económicos suficientes para encarar la vejez; esta condición de escasez económica es lo que más preocupa y aqueja a los ancianos guerrerenses con los que se tuvo contacto (Fericgla, 2002:168).

En tal sentido, la jubilación se traduce en el olvido económico de los individuos, quienes una vez envejecidos, son lanzados al plano de la nada, a la no-memoria, el vacío en el que pierden de manera indefectible su peso y consideración social. Esta supresión de los sujetos de edad avanzada puede ser contemplada como un reinicio social negativo (Augé, 1998:96). La negatividad de este reinicio, supone un mecanismo que implica olvidar para iniciar de nuevo, cuenta con actores protagónicos y actores de reparto, los primeros son la población no anciana que olvida a aquellos que han envejecido; los otrora grandes actores, ahora son los secundarios, que por haber dejado de ser jóvenes, fueron relevados en el mundo del trabajo. El llamado relevo generacional encarna, de

⁴³Rebeca Wong define dos tipos básicos de pobreza entre los adultos mayores: “1) Pobreza estructural, o de toda la vida; y 2) pobreza que se precipita en la edad avanzada por falta de protección, ya sea por un evento de salud catastrófico, mala planeación personal, mercados imperfectos, desintegración o crisis familiar.” (Wong, 2003:16).

manera lógica, la pérdida de la remuneración con la que se resolvía la reproducción de la existencia del ahora trabajador cesado, justo cuando sus necesidades se incrementan.

Esta renovación, si bien es necesaria para dar cabida al crecimiento y desarrollo de las nuevas generaciones, no tiene que significar la muerte laboral y económica de los ancianos. Comprender que dentro de la esfera económica la existencia de un grupo no necesita la extinción del otro —como ocurría en las sociedades antiguas— es básico para la implantación de dinámicas laborales que no excluyan y olviden a los viejos, sino que se adapten a los requerimientos emergentes de una sociedad en la que la población envejecida se incrementa de modo preocupante. La refutación de los mitos relacionados a una supuesta baja productividad de los actores envejecidos que pasan al estatus de olvidados planteada por Moragas (2004) podría apoyar este argumento.

El reinicio, pero ahora en la tangente del ámbito laboral, no es otra cosa que un olvido disfrazado de principio (Augé, 1998:96), encargado de dejar atrás todo aquello que le fue de utilidad y que ahora considera innecesario: los viejos. A partir de entonces, la erosión del nivel de vida de los sujetos envejecidos inicia su descenso sin nada que lo detenga, hasta caer en la penuria sin adjetivos (Moragas, 2001: 21). En estos casos nada infrecuentes, la jubilación forzada, la modalidad que supone una expulsión violenta de los puestos de trabajo, se perfila como uno de los malestares del olvido económico más lamentables, por constreñir a los viejos a una existencia en condiciones de suma precariedad.

Para México, han transcurrido los primeros tres lustros de la “ventana de oportunidad” de 2000 a 2030 (Wong, 2006:13), que tiene para iniciar y consolidar políticas que encaminen a su población hacia el envejecimiento exitoso. Cabe destacar en este punto, que dicha ventana de oportunidad, también llamada “bono demográfico”, por conformar un periodo en el que prevalecerá la población joven y, por lo tanto, el potencial productivo será mayor (González, 2015:116), necesariamente debiera utilizarse para realizar todo lo factible, como la formulación o rediseño de la política pública, el fortalecimiento de la

infraestructura estatal en todas sus vertientes, y, ante todo, poner el acento en la formación y consolidación de una nueva ética que facilite la coexistencia intergeneracional (cada vez más polarizada), bajo un nuevo código relacional “que facilite la convivencia y sea al mismo tiempo apropiado y justo, tanto para los ancianos como para quienes no lo son.” (Lolas, 2001:61; González, 2015:116-177).

Una política que contribuya al logro del envejecimiento en condiciones óptimas, necesariamente implica una nueva visión del proceso de jubilación. En esa propensión, cancelar el carácter forzado de la jubilación por cuestiones estrictamente cronológicas, daría pie a un rostro más humano de la política laboral y social. En ese escenario, serían los envejecidos mismos quienes recobren el control de sus vidas, al ser ellos los que decidan el momento de su retiro. La política de jubilación laboral con rostro social es del todo aplicable. En este sentido, de acuerdo con las entrevistas realizadas en la zona de estudio, durante las que los envejecidos expresaron de manera contundente sus posibilidades y dificultades ante la perspectiva de empleo, por un lado, posturas como “Yo todavía tengo fuerza, puedo trabajar en un taller... puedo sembrar... sé arreglar aparatos...” hasta las relacionadas a la disminución de la fuerza, como “Yo ya me siento muy cansado, en veces no quisiera ni salir de la casa...” permiten intuir de manera clara la vertiente que ambos grupos tomarían en torno a la indisposición o disposición al retiro laboral. Siendo que el 80% de los entrevistados se consideran capaces de continuar inmersos en el mercado laboral, dejando así solo un 20% para aquellos que prefieren el retiro.

Promover el viraje de la visión sociocultural simplista que percibe a los envejecidos como agentes “pasivos que distraen bienes y servicios de la economía sin aportar nada” (Moragas, 2004:157), es prioritario para consolidar a los mayores en un sitio cultural estable dentro de la sociedad, en el que gocen de un estatus definido, aproximado a aquel que Bismark pretendía alcanzar cuando impulsó la figura jubilatoria, lo que necesariamente iría unido a garantías dinerarias que viabilicen su calidad de vida. Esa nueva visión laboral y social

convertiría un ciclo de olvido económico y muerte social, en sólo un peldaño más en el ascenso de la vida del ser humano que puede y debe ser transitado con tranquilidad y dignidad.

Políticas gerontocidas... rostros de olvido

El olvido económico constituye la expresión material de la catástrofe cultural que actualmente transita la vejez del Tercer Mundo, como se denomina a la porción territorial más vasta del planeta, habitada por la mayor parte de la población mundial. La semántica puede simplificarse: pobreza y pobreza extrema. La última puede simplificarse aún más: miseria. Pobreza extrema es sólo su definición técnica. El olvido económico a su vez, es el resultado tangible del quiebre cultural que anula a los envejecidos al tratarlos como seres residuales. En el umbral de esta forma de olvido, la negación del empleo para los envejecidos no representa sólo una circunstancia, sino un mal estructural (Warman, 2001:70), porque una vez descolocados del mercado de trabajo, difícilmente podrán incursionar otra vez en él, lo que los propende a consolidarse como uno de los sectores sociales más proclives a subsistir bajo el estigma de la estrechez económica.

La condición de precariedad progresiva a la que ha quedado reducida la mayor parte del sector, lo ha vuelto objetivo asequible de políticas gerontocidas, calificadas así porque lejos de promover su desarrollo social, los programas en los que dichas políticas se desdoblan, apuntan a la supresión del papel social, cultural, histórico, político y económico de los envejecidos. El asistencialismo y la cooptación-desmovilización (García, 2006:274) constituyen los perfiles más definidos de tales políticas. La anulación que esos condicionamientos implican a los mayores, sin duda los sumerge en atmósferas de olvido, al confinarlos dentro de un olvido que los ha transformado de un grupo de sabios a una población vulnerable, proclive a sufrir los abusos de la memoria interesada, que sólo los recuerda cuando necesita extraer algún beneficio de ellos.

En el marco de estas políticas gerontocidas, el olvido se afianza como desarticulador del funcionamiento social, porque éste rompe con la tradición

histórica, desdibujando los usos y costumbres que mantenían el equilibrio de la sociedad. Estos desequilibrios sociales, como consecuencia, se traducen en la pérdida del estatus que en el antaño poseían los mayores como personas experimentadas y portadoras de conocimiento (Cordero, et al., 2003:11). La desvalorización de los ancianos significa no otra cosa que la no-memoria, situación en que la población no anciana olvida el papel que los viejos tuvieron en el pretérito, trasladándolos a planos de olvido donde se encuentran excluidos de la dinámica social, misma que los contempla como mera clase pasiva. Esta expresión de ausencia de memoria generacional, es el olvido encarnado en prácticas gerontocidas, mismas que, al tiempo que rompen la memoria colectiva —única capaz de valorar a los que han envejecido— cancelan la posibilidad de vejez positiva. El análisis de estas políticas es fundamental si se busca comprender el sitio socio-cultural que ocupa la ancianidad en el presente.

La primera política gerontocida está fuertemente relacionada al asistencialismo, la “política social que ignora la idea de derechos sociales y evade la construcción de ciudadanía” (Bustelo, 2002:21); para Esping, “El *homo liberalismus* prefiere un régimen de bienestar donde aquellos que pueden participar en el mercado lo hagan, mientras que aquellos que no pueden hacerlo sean sujetos de caridad” (Esping, 2011:221, citado por Ramírez, 2011:143). En el caso de México, podría aseverarse que el carácter asistencial de sus exiguos programas dirigidos a los adultos mayores, disfraza su existencia en el supuesto de procurar el bienestar de los sectores envejecidos, exaltando un supuesto compromiso moral que guarda el estado para con su población, fundamentado sobre la misión de “reducir el impacto de la miseria y el olvido” (García, 2006:275).

No hace falta aclarar que esta política encubre en forma de caridad y altruismo, la obligación que el estado tiene con los grupos vulnerables que lo conforman, lo que produce dentro de estos sectores una marcada pasividad que impide que se organicen y demanden sus derechos como ciudadanos (García, 2006:276). Esa modalidad (asistencialismo) tiende a convertir a los viejos en limosneros del

sistema, que viven de las dádivas que éste les otorga, confirmándolos dentro de un olvido social que los mantiene excluidos de la vida pública.

La política asimismo, implica también otros riesgos inherentes a su carácter asistencial, neoliberal, como la *cooptación* y la *desmovilización*, implícitas en los planteamientos de Bustelo y Esping; ambas cuestiones, neutralizantes por esencia de la posible agencia social de los envejecidos, transforman a dicha política gerontocida, en una de las modalidades más destructivas y despóticas que se utilizan para someter y manipular a la sociedad longeva. Es en esta forma que los programas nacionales y estatales Setenta y Más y Pensión Guerrero respectivamente, mediante cantidades ínfimas, generan en la población anciana la aparición de una inconformidad truncada, que estanca el surgimiento de una inconformidad total, capaz de enfrentar al estado y pugnar por los derechos y el reconocimiento de los viejos a nivel cultural, social, económico y político (García, 2006:276). Así, esta situación de inconformidad inconclusa, termina impidiendo que los mayores se cohesionen y unan contra el poder, que los utiliza como “objetos políticos en tiempos electorales... para que... luego vuelvan a ser los objetos olvidados” (Ibíd.), una vez que han cumplido su función. Por medio de esta política de *cooptación* y *desmovilización*, puede discernirse que el porvenir de los viejos se encuentra limitado por intereses particulares y por la temporalidad de los regímenes políticos, patrocinadores de las estrategias gerontocidas encargadas de olvidar a los ancianos y mantenerlos en condiciones deplorables, para que puedan seguir siendo cooptados según las necesidades de los organismos y grupos oligárquicos que detentan el poder.

En tercer y último sitio se presenta la política *neoliberal*, y en ésta el destino social, económico, político, cultural e histórico de los adultos mayores se ve truncado cuasi en su totalidad por la visión mercadocrática que impera en este modelo, solidificado sobre la “maximización de la plusvalía” (García, 2006:277), sea engendrada ésta a través del consumo o la producción, instancia que consolida a esta época como una de las más agresivas que la población mayor ha enfrentado, sobre todo porque dicha política niega la existencia de los

envejecidos, al marginarlos de toda oportunidad de participación en las esferas que conforman el mundo social. Esta dinámica gerontocida “violenta el principio ético de justicia social negando las condiciones mínimas para que una comunidad de vida, los ancianos, puedan disfrutar de los bienes materiales mínimos” (García, 2006:277), convirtiéndolos en uno de los grupos más empobrecidos y vulnerables (Warner & Willis, 2003:88), en referencia a otros grupos, por lo que la privación de ejercer un rol activo dentro de los diversos contextos vitales, termina convirtiéndolos en sujetos olvidados y en deshechos del capital, el sistema que denigra a los viejos en el presente, y que se perfila para continuar afectando a los viejos del mañana.

Son estas políticas de gerontocidio las que dominan el mundo de los adultos mayores, mismas que sólo obedecen de forma real a los intereses de aquellos que las emplean, por lo que son a la vez políticas de olvido, en donde los viejos carecen de voz y consideración cultural. Estas políticas gerontocidas con las que se gobierna a la sociedad anciana, como se ha expresado, degradan en todos los rubros y niveles a los individuos envejecidos.

Estos cursos de acción (las políticas gerontocidas), no sólo deben frenarse, sino remplazarse por otro tipo de prácticas que garanticen el bienestar de este sector poblacional. Para lograrlo, primero debe vencerse el olvido social al que la población proecta ha sido encasillada en los últimos decenios, si se admite la idea de que las políticas gerontocidas se configuran como el rostro más esclerotizado del olvido. Este olvido, está representado, entre otras formas, por un simple *no-hacer nada* por mejorar las condiciones de vida de los mayores, y por una de sus extensiones, la absurda ceguera sectorial que anula la simple comprensión de que los jóvenes del presente serán los viejos del futuro, a causa de que los sectores generacionales jamás serán temporalmente estáticos (Arcos, 2013:70). Poner en el centro de la discusión, los altos grados de pobreza que padece este grupo ante la sociedad no-anciana, pero que envejece, significaría sacar a la luz un problema que parece invisible; para Benjamin, esta acción obligaría a los otros grupos quinquenales a volver la mirada creando una

conciencia dentro de las nuevas generaciones acerca de lo que significa el envejecimiento, para que una vez conscientes, éstas pugnen e intervengan por el mejoramiento de las condiciones en las que subsisten los viejos del ahora (Benjamin, 1994:183).

La oposición al olvido social, en que se encuentra gran parte de los miembros de la tercera edad, se vuelve posible con el acto de “volver la mirada” de Benjamin, “del recordar” de Ricoeur, porque “acordarse es tener un recuerdo o ir en su búsqueda”, lo que posibilitaría cambiar esta realidad que pinta cada vez más desalentadora para los envejecidos, con base en acciones dentro del presente, que delineen un mejor futuro para quienes se encuentran o se encontrarán en este periodo. Entonces, dado que “*acordarse es hacer algo*” (Ricoeur, 2000:20), dentro del tiempo en curso, para el caso de los viejos, acordarse conlleva a abrir nuevos puntos de análisis críticos, respecto al papel del estado y cómo éste resuelve y atiende los problemas de la sociedad anciana.

Este abuso de los abusos es de aquellos que él denuncia con el mismo vigor que le hace resistir a la sustitución del trabajo de duelo y el trabajo de memoria por el deber de memoria y limitarse a colocar estos dos trabajos bajo el signo de la idea de justicia.

La cuestión planteada por el deber de memoria excede así los límites de una simple fenomenología de la memoria. Excede incluso los recursos de inteligibilidad de la epistemología de la conciencia histórica. Finalmente, en cuanto imperativo de justicia, el deber de memoria concierne a una problemática moral... (Ricoeur, 2000:123)

Esta resistencia al olvido mediante la acción de recordar, la memoria cultural y el recuerdo colectivo, posibilita el estudio y la comprensión, de cómo son empleados *los usos y los abusos de olvido* por el poder contra los grupos vulnerables; en este caso, transfigurados en las políticas gerontocidas, creadas para servir a intereses privados y gubernamentales, que truncan con olvido social la salud y el bienestar de los viejos. Por tanto, la capacidad de recordar y actuar según lo recordado, refrenda el *deber de memoria* (Ricoeur, 2000:118), que busca la creación de una conciencia renovada, sustentada en la deuda y la responsabilidad que guardan los habitantes del presente con los del pasado,

mismo que permitiría restituir a los mayores las garantías que les pertenecen como ciudadanos. Para Ricoeur, el deber de memoria, en cuanto imperativo de justicia, “conciene a una problemática moral... (Ricoeur, 2000:123).

Pobreza y olvido... crímenes contra la vejez

Somos los vencidos provisionales de un injusto destino⁴⁴

De Marc Bloch a Lucien Febvre

Para usted, don Eduardo, ¿qué significa la vejez?

“Una persona triste, que no tiene para comer, que está solo, que estás siempre piense y piense...”

Don Luis, ¿qué piensa durante esas noches (en las que le amanece sin dormir)?

“... que hasta cuándo voy a estar aquí, que se van a enfadar (sus hijas adoptivas), que qué voy comer...”

Que no la vi cuando falleció... fue en el ratito que me fui al Casino a recibir el pago... eso es lo que más se me grabó... en eso pienso siempre” (se refiere a su esposa).

Para quienes resulte complicado comprender el significado de la vejez en situación de pobreza, sean hombres y mujeres, sean de ámbitos urbanos o rurales, pero sobre todo de estos últimos, los testimonios de don Eduardo y de don Luis, ofrecen un panorama nítido de su acontecer cotidiano, en el que cada día representa una dura batalla que hay que librar con todas sus fuerzas.

Merced a una vida desarrollada en un sistema por definición injusto, los ancianos del medio rural se autodefinen como pobres, melancólicos y temerosos. Es la pobreza una de las circunstancias más sobrecogedoras que acompañan con demasiada frecuencia a los sujetos en la tercera edad (Moragas, 2004:179), y es esta carencia de recursos económicos uno de los mayores obstáculos que impiden el arribo a la vejez positiva, sobre todo dentro de esta época sometida

⁴⁴Dedicatoria a Lucien Febvre en el libro *Introducción a la historia* de Marc Bloch en 1941 (2012:8).

por el capitalismo, sistema que domina la vida y el funcionamiento social mediante la economía (Touraine,1999:20) que como se ha analizado, tiene repercusiones directas en aquellos pertenecientes a las clases subalternas, compuestas por los débiles, desempleados, iletrados y ahora por los viejos, quienes una vez expulsados del mercado laboral e imposibilitados de subsistir por sí mismos, se encuentran condenados en la mayoría de los casos a persistir de formas poco saludables tanto física como psicológicamente.

Este destierro de los ancianos de la vida económica, niega a la vez su acceso a la existencia social, cultural, histórica y política, lo que los convierte en sujetos olvidados e invisibles, predestinados a vivir bajo el estigma de la no-existencia, el *No ser* (García, 2006:277), condición que descoloca a la población envejecida de los planos del derecho, para confinarlos en la no-memoria, el compás de postergación permanente que bien puede ser catalogado como un crimen contra la ancianidad, porque una vez borrada la presencia de los viejos, son transformados en víctimas impalpables por criminales institucionalizados dentro del estado, y por otros tantos que conforman la sociedad civil (Todorov, 2009:7). Los primeros, a través de políticas gerontocidas y los segundos con actitudes negativas como la gerontofobia y la discriminación. Debe resaltarse que en este periodo histórico demarcado por la brutalidad del capitalismo, en cuya cultura económica, la ley del más fuerte precisa “matar para evitar ser matado” (Todorov, 2009:9), todos aquellos que a causa de la edad no cumplen con los requerimientos indispensables que este modelo exige, están consignados a desaparecer, sea por medio del olvido o por la muerte. Montes, refiere al capitalismo como un sistema inhumano, que establece la leyes de la jungla en los terrenos económicos, situación que repercute de sobremanera en la población envejecida, que como se ha mencionado representa uno de los sectores sociales más desprotegidos y vulnerables a nivel nacional (Montes, 1999:57).

Así, el maltrato económico que atormenta a los viejos, los transforma en sujetos dependientes de familiares, vecinos, amigos (Robles, et al., 2006:155) o de

ciertos grupos de beneficencia religiosos o estatales, toda vez que es común que los ancianos que envejecen en estas condiciones pertenezcan a familias de escasos recursos, imposibilitadas de brindar cualquier tipo de ayuda a sus parientes envejecidos.⁴⁵ La información levantada en campo, en directa coincidencia con otros estudios, indica que los adultos mayores en situación de pobreza, vivieron toda o la mayor parte de su vida bajo esta condición (Robles, *et al.*, 2006:96) y que una gran cantidad de ellos no percibe ningún tipo de compensación económica o pago jubilatorio (un abrumador 81.7%),⁴⁶ debido a que dedicaron sus esfuerzos laborales a los sectores informales-eventuales; economías cuyos ingresos, de suyo deficitarios, no garantizarán de ninguna forma el bienestar de sus retirados (Warner & Willis, 2003:240). Esta estrechez de recursos económicos, conlleva a que los viejos deban reducir sus estándares de vida, impactando en forma directa aspectos fundamentales como la alimentación y la salud, que de manera natural los conducirá a padecimientos más severos y catastróficos para su constitución (Fericgla, 2002: 41).

La anulación de los viejos del plano económico borra su existencia, lo que significa que el modelo económico vigente, está negando el lugar cultural de los miembros de la tercera edad, quienes en la actualidad no representan una minoría, sino un grupo poblacional numeroso.⁴⁷ Este olvido económico rompe las garantías que el estado guarda para con sus ciudadanos, así como las leyes civiles que lo sustentan como organismo legítimo, al quebrantar el derecho natural⁴⁸ de “equidad y justicia” (Hobbes, 2003:219), que debe imperar en su

⁴⁵El Instituto Nacional de las Mujeres (2012:10) reportó sin embargo, que el 12% de las adultas mayores y 9.2% de los envejecidos vivían en soledad.

⁴⁶El Instituto Nacional de las Mujeres (2012:17) señala que únicamente el 28.1% de los hombres de 65 y más y 8.5% de las mujeres reciben pensión contributiva, lo que significa que prestaron sus servicios en el sector formal durante su vida activa.

⁴⁷El Consejo Nacional de Evaluación de la Política de Desarrollo Social, CONEVAL, sostiene que “Una persona se encuentra en situación de pobreza si su ingreso monetario per cápita no es suficiente para adquirir los bienes y servicios que requiere para satisfacer sus necesidades básicas...” (Sobrino, 2015:147). Esa condición es reflejada sin cortapisas, por el 45.8% de los adultos mayores (Instituto Nacional de las Mujeres, 2012:16).

⁴⁸ Ernst Bloch, anota que el derecho natural, solo puede lograrse con la dignificación de la vida y la superación de la miseria, elementos fundamentales para la emancipación y la cohesión social (Bloch, 2011:27). Enfatizando que en el mundo capitalista el lugar social de los viejos se

proceder. No ha perderse de vista que la ponderación de la economía sobre los terrenos Estatales, vuelve a los actores sociales mercancías, que fundamentan su valor en cuanto su capacidad de producción, por lo que los viejos carentes de empleo, se encuentran situados en los peldaños menos favorables de la sociedad, destinados a subsistir con lo esencial e indispensable (Nélida, et al., 2004:193), por la marcada ausencia de recursos económicos.

El reinado capitalista, solidificado sobre el individualismo y el poder adquisitivo de cada sujeto, donde el nivel económico es uno de los principales referentes para diagnosticar el estatus que cada individuo puede ostentar en la comunidad, es un indicador contundente de cómo este modelo, repercute en las “relaciones primarias, donde se establecen vínculos directos entre personas, y relaciones secundarias, que ocurren entre funciones o papeles desempeñados en la vida social.” (García Canclini, 2009:29), motivo por el que los viejos desterrados del ejercicio profesional, son privados a la par de una existencia sana, que les otorgue presencia en los espacios familiares, laborales y sociales, mismos que representan los contextos de vida en los que los viejos interactúan. Es de esta manera como los padecimientos económicos tornan fehaciente el olvido en que subsiste una amplia cifra de personas de la tercera edad (45.8% según el Instituto Nacional de las Mujeres, 2012:16): y el hecho de que “una gran cantidad de ancianos del país se encuentre en la indigencia” (Mendizábal, *et al.*, 2013:22) exhibe las repercusiones del modelo imperante sobre aquellos que por su edad han sido desechados a la nada y cubiertos con olvido, operación que degrada a los viejos a nivel global.

Este contexto de olvido vuelve inaplazable propugnar por la modificación del proceder del estado y del modelo económico que lo gobierna, para frenar la debacle cultural que atraviesan los envejecidos de la actualidad, quienes más que subsistir bajo el flagelo de la muerte social, enfrentan el asesinato masificado

encuentra distante al de épocas pasadas, siendo que dicho modelo a privado a los viejos de una vejez tranquila, apacible al condenarlos a la pobreza y al maltrato social (Bloch, 2007:30).

de su cultura, “la cultura de la ancianidad” (Fericgla, 2002:287), que puede ser comprendida como aquella agredida por el olvido, la discriminación y la pobreza, porque es este terceto de factores el que más la define y caracteriza, colocándola como uno de los grupos más agredidos y vulnerables de todo el sistema.

La insistencia en el cambio del modelo económico por uno de rostro humano, obedece a que el actual, conduce por naturaleza hacia políticas gerontocidas que se desdoblan en programas perniciosos que no se proponen superar las actuales condiciones de miseria de la ancianidad; y entre sus repercusiones más agudas, figura la aparición del olvido social, padecimiento que atormenta al grupo longevo de múltiples formas. Sin embargo, en busca de una cultura que ayude a alcanzar el estadio de vejez lograda a nivel global, no sólo debe ser modificado el papel del estado y de su modelo económico, sino también el de la sociedad, toda vez que el envejecimiento óptimo asimismo, ha de lograrse a través de los cinco factores que lo componen: seguridad económica, estabilidad familiar, consideración social, salud física y psicológica (Moragas, 2004:164). Los cinco factores enunciados son imprescindibles para el alcance de una vejez feliz. La abolición de los crímenes contra la ancianidad no enfrenta el reto único de mejorar los rubros económicos de los envejecidos, sino que esta mejoría debe ser acompañada de otros aspectos que superan la escala material como la modificación de la conducta cultural y social hacia los mayores; sólo así se conduciría a la revaloración y reintegración de este grupo a la dinámica comunitaria (Mendizábal, et al., 2013:26).

Ese movimiento iniciaría con la primera forma de olvido: el *retorno*, que una vez invertido y transformado en figura memorosa, puede apoyar a restituir el lugar social que los viejos ostentaban en décadas pasadas, ya que el ideal sobre el que transita el retorno se basa en “recuperar un pasado perdido” (Augé, 1998:65), y las prácticas sanas que lo estructuraban. Por lo que la formulación del retorno puede lograrse a través de dinámicas sociales incluyentes, como encuentros intergeneracionales y dinámicas económicas distintas, como las modalidades laborales de “tiempo parcial y contrato de relevo” propuestas por Moragas (2004)

donde trabajadores ancianos y no-ancianos comparten la misma actividad productiva, acciones que impulsarían la revaloración de este grupo y lo alejarían del olvido que los maltrata (Mendizábal, et al., 2013:27).

Para la consolidación del retorno y lograr que el sistema económico vuelva la mirada hacia los ancianos y se responsabilice de todos aquellos que por su edad fueron desechados, es necesaria la participación de todos los sectores, familia, sociedad y estado, partiendo con ello de lo particular a lo general, instaurando nuevas prácticas colectivas que vindiquen y garanticen el bienestar de los viejos, y potencien la aparición del retorno buscado. De la Serna brinda la siguiente propuesta, en la que señala cuatro factores ineludibles para la creación de una cultura diferente y respetuosa con los ancianos para garantizar su bienestar.

La familia tiene el deber de atender a sus miembros incapacitados de todas las edades, con cuidado y según las necesidades. La comunidad ha de proporcionar oportunidades para desarrollar actividades productivas y dar servicios de salud y sanitarios de buena calidad. Los empresarios tienen la obligación de ofrecer trabajo en condiciones saludables a lo largo del ciclo vital y negociar pensiones y servicios médicos dignos. El sistema debería detectar a los que viven solos, viudos, pobres o aislados para controlar su estado, con contactos telefónicos diarios y prevenir situaciones de riesgo. (De la Serna, 2003:73).

Se habla entonces de un esfuerzo conjunto que involucra cuatro rubros primarios que engloban las redes familiares, sociales, económicas y estatales, para la creación de un momento histórico distinto, mejor, que permita la aparición de un *retorno* cultural positivo, en el que exista cabida para los adultos mayores, y que detenga los crímenes de olvido cometidos contra la ancianidad, que como muestra la aproximación a la *teoría del olvido*, son las determinantes de no-memoria y no-existencia lo que más erosiona el lugar social de los ancianos, al desterrarlos de la vida pública.

El mejoramiento de las condiciones de existencia y la anulación del olvido en que subsiste la población de edad avanzada, necesariamente pasa por la modificación del comportamiento del sistema económico, estatal y social. Un cambio de esta esencia, posibilitaría que este grupo se desarrolle alejado de la

pobreza y preservando su independencia. Bajo este nuevo orden, la estrategia de tres pasos, configurada en “retorno, suspenso y reinicio” potenciaría el reconocimiento de los viejos a nivel familiar, social, cultural, político, económico e histórico, que traducido en clave de vejez lograda, implica la abolición del olvido social y económico en que hoy perviven.

Del anonimato a la clandestinidad. Atmósferas de olvido

La pobreza es un agravante que en la tercera edad suele acentuarse, y es esta condición de escasez la que orilla a personas mayores a buscar alternativas de subsistencia ofensivas a su dignidad y perniciosas para su constitución física y psicológica; entre estas actividades residuales destacan el comercio ambulante, la limosnería y el pepenaje,⁴⁹ que más que representar una alternativa para allegarse de recursos económicos, son en sí, la única vía que los envejecidos pueden utilizar para hacer frente al olvido económico que los atormenta.

Ese olvido económico en el que un alto porcentaje de viejos subsiste, representa el anonimato, la no existencia (García, 2006:119), dentro de los terrenos monetarios y productivos. Empero, es apropiado argumentar, que para los envejecidos, esas y otras conductas económicas, por desfavorables que sean, simbolizan la opción de romper el anonimato silencioso y desmemoriado que los contiene, para buscar actividades remuneradas que les brinden la posibilidad de ser independientes y cubrir sus necesidades fundamentales. En un escenario de discriminación laboral extrema y jubilación forzada, recurrir a la clandestinidad de la economía informal por parte de los mayores (Moragas, 2004:158), constituye un recurso —precario desde luego— para liberarse del anonimato en el que un sistema tan injusto como el prevaleciente los mantiene sumergidos.

Sin embargo, aunque la clandestinidad haga frente al anonimato olvidadizo que envuelve a los de edad avanzada, ésta no garantiza en ningún grado el bienestar de los mayores que recurren a ella, debido a que los montos monetarios logrados a través de estas actividades subterráneas, apenas alcanzan para que los protagonistas de la tercera edad sobrevivan dentro de este presente caótico que lucha por mantenerlos anónimos y olvidados. Del mismo modo debe resaltarse

⁴⁹Por ser los “mejor pagados”, la recolección de envases de plástico y aluminio constituye el mayor objetivo del pepenaje. En 2017, el kilogramo de PET (politereftalato de etileno, conocido como PET por sus siglas en inglés) era “recibido” en cuatro y cinco pesos y el de aluminio en 18 pesos (el de cartón 2 pesos por kilo). Para brindar una idea del ínfimo valor de recolección de muchos días o semanas de trabajo, el precio del dólar durante ese año, se mantuvo entre 18 y 20 pesos.

que no todos los ancianos poseen los medios físicos, psíquicos y materiales (Moragas, 2004:189) que les permitan acceder con menos dificultades a las esferas de la clandestinidad económica, razón por la que muchos de ellos continúan escribiendo su historia bajo los estigmas del anonimato. De este modo, el anonimato y la clandestinidad constituyen dos estadios forzosos para una gran cantidad de adultos mayores, en particular para los que atraviesan esta última etapa de la vida bajo los estigmas de la pobreza y la pobreza extrema.

Se insertan a continuación algunos testimonios de ancianos guerrerenses, que envejecen en el anonimato o en la clandestinidad, o que en su caso, han tocado ambas determinantes, en espera de que puedan mostrar las repercusiones que el olvido económico tiene sobre la sociedad anciana y cómo este grupo enfrenta y padece las consecuencias que el olvido inflige a sus vidas en este inicio de siglo. Los primeros casos que se presentan son los representados por los viejos en situación de clandestinidad, en los que es notorio cómo los mayores, una vez despojados de un rol económico estable, basan sus esperanzas y esfuerzos en las economías clandestinas, que fungen con normalidad como la alternativa más inmediata con la que los envejecidos cuentan para captar recursos económicos y subsistir dentro de las atmósferas de olvido a las que han sido relegados.

Primer caso. Señora Felicia 82 años, vendedora ambulante. Durante su juventud y adultez, sus incursiones económicas se basaron por completo en el comercio formal, empresa que le permitió sacar a flote y en la medida de sus posibilidades a sus cinco hijos, tarea que tuvo que encarar sola, debido al abandono familiar por parte de su esposo. Entre los negocios que doña Felicia emprendió décadas atrás, se encuentran; una tienda de ropa y telas, una cocina económica y un puesto de juguetes infantiles. Un evento catastrófico se presentó con una grave enfermedad de una de sus hermanas. El alto costo de los tratamientos médicos la obligaron a hipotecar su casa con un agiotista local, al cual no pudo pagar los elevados intereses y terminó por ser despojada de su patrimonio. Esa situación condujo a su vez a la quiebra de su negocio en turno, al contar cada vez con menos capital para reinvertirlo en nuevas mercancías. La crisis económica en la

que cayó, la sumió en la desprotección que se sumó al desconsuelo de perder a su hermana a pesar del esfuerzo supremo que realizó por curarla.

En el presente, la Señora Felicia vive en casas habitación con alquiler de bajo costo, ubicadas a las orillas de la localidad, y obtiene recursos económicos por medio de productos que ella misma manufactura y comercia en tianguis locales, casa por casa, o en otros espacios concurridos en los que no sea estafada por policías o amenazada por abusivos con decomisarle su mercancía. Entre los artículos que vende destacan: flores de plástico, bufandas tejidas, diademas adornadas para niñas y películas clonadas... de manera eventual también repara y confecciona ropa. Ella menciona que en días positivos obtiene un ingreso aproximado a treinta pesos, los cuales le permiten alimentarse y ahorrar un poco, para enfrentar los días negativos en los que no hay clientes. En palabras de doña Felicia:

Yo ahora vendo de todo lo que voy pudiendo, lo que hago aquí en mi casa y pues busco a ver quién compra, todavía a veces pongo las películas afuera, si alguien quiere. Yo para ganar un poquito me pongo a hacer algunas manualidades, tejidos, flores de adorno, suéteres, bufandas, bueno de todo... pero no se vende mucho. Ya toda la gente vende, mucha mucha competencia, pero también hago cosas de fantasía como si fueran joyas de verdad, y pues me llegan pedidos de coser pantalones y ropas... me voy ayudando, por eso siempre tengo material para hacer cosas, y los discos pues los voy a traer a México. Y busco cuando estoy allá material, para hacer las manualidades. Cuando voy, compro unos trescientos pesos de películas y de esos saco unos seiscientos pesos, compro unos quinientos de chucherías para vender, como juguetes de niño y de niña, carritos, collares, pulseras, anillos, bueno cuanta cosa... para vender, para irla llevando, y pues de esa manera para comer, porque mis hijos no tienen para darme.

Yo tengo que vender para poder pagar la (renta de la) casa y todo, yo he trabajado mucho, y vendo de todo... aquí para ganar dinero, estoy puro

trabajo y puro trabajo, desde chica ha sido así, puro trabajo y puro trabajo, de tanto trabajo ya me he echado tres máquinas de coser, pero tengo una más viejita que es la que sigo usando, esa tiene cincuenta años, esa es la que me saca de apuros. Ya no vendo como antes, antes en México me surtía hasta con cinco mil pesos, ahora cuando voy sólo llevo unos ochocientos, y pues lo del pasaje, que en México ni cómo, para comprar más... de ahí voy sacando poquito, pues para vivir... de poco en poco, aunque sea poco.

Segundo caso. Señor Pedro de 87 años, limpia parabrisas. Don Pedro dedicó la totalidad de su vida a la agricultura, sin embargo, su oficio como campesino se vio truncado, cuando en los campos de cultivo empezó a dejar de ser empleado a causa de su edad avanzada, situación que lo orilló a dedicar sus esfuerzos laborales a otras actividades económicas que le permiten continuar subsistiendo.

Don Pedro tiene cerca de siete meses limpiando parabrisas en los semáforos periféricos de la ciudad (Iguala, Guerrero), en aquellos en los que el tránsito vehicular es mínimo y el trabajo escaso, debido a que estos puntos laborales citadinos son poco codiciados por otros trabajadores clandestinos más jóvenes, que ocupan las mejores zonas y que impiden trabajar a don Pedro en ellas, a causa de que ellos acaparan la mayor cantidad de vehículos o porque en ocasiones riñen entre sí, circunstancia que lo amedrenta y lo aleja de dichos contextos por temor a verse involucrado. Don Pedro carece de descendencia y ha sido soltero toda su vida, razón por la que vive solo, siendo un sobrino que radica en Estados Unidos su única familia, sin embargo, no ha tenido comunicación con él desde siete años atrás, situación que le mantiene preocupado la mayor parte del tiempo, y que le obliga a preguntarse ¿Qué sucederá con él cuando ya no pueda subsistir por sí mismo?, el testimonio de don Pedro es el siguiente.

Yo siempre fui campesino... viviendo el campo, se sembrar de todo, todos los temporales, pero ya no me dan trabajo, aparte el campo ya no da dinero a los que siembran, ya no hay trabajo en el campo. Ya estoy viejo, ya no me

ocupan allá, por eso ya no voy. Llevo aquí siete meses trabajando, limpio los carros, a ver quién me da algo, aunque casi nadie quiere, no me ocupan casi aquí, pero de aquí saco para irla llevando... me vengo para acá porque en el centro está muy lleno, todos trabajan ahí, luego se pelean drogados... mejor me vine para acá. Pero luego no pasan carros... saco algo para ir viviendo, pero poco. No tuve mujer, si la tuviera estaría mejor. Yo siempre solo, por eso no tengo hijos, para que ver si me ayudaban, solo un hijo de mi hermana, pero ella se murió... ya tiene cinco años... era mayor que yo, ella sí tiene un hijo, pero está del otro lado, no vino cuando se murió, nada más esa vez hablé con él... pero no tengo dónde hablarle. A ver cómo hacerle, para irla llevando...

Vistos los casos de clandestinidad económica que ejemplifican las narraciones anteriores, en las que destacan el desempleo y la pobreza, comprender a la clandestinidad como una alternativa de vida para los envejecidos, se vuelve una misión sencilla, sobre todo, una vez contemplados los contextos de desarrollo y el lugar social que este segmento quinquenal ocupa cuando envejece en condiciones precarias, y no cuenta con una red societal y familiar solvente que los apoye material y anímicamente a cursar este último periodo (Robles, et al., 2006:155). Circunstancia vital que de forma común, da origen a estos comportamientos económicos clandestinos, que se instalan y consolidan como una constante, y un rasgo característico de los ancianos en condiciones pobreza y pobreza extrema, a los cuales el sistema ha desechado y colocado dentro de la no existencia (García, 2006:119). Esta situación muestra la prácticamente nula preparación del estado y la sociedad para encarar el problema emergente que el envejecimiento demográfico significa (De la Serna, 2003:65).

La clandestinidad puede ser observada desde ángulos distintos, que por benévolos que algunos de ellos sean, son incapaces de vindicarla por completo. Estos ángulos de observación, son representados por ciertos modelos teóricos de la vejez, como la teoría de la actividad y de la continuidad, que conjuntadas, destacan lo positivo de que los envejecidos se encuentren activos, dando

continuidad a tareas cotidianas que los mantengan ocupados (Mishara & Riedel, 2000:64), pero también hacen énfasis en que el dinamismo social en que los viejos deben mantenerse, para que resulte adecuado, tiene que estar cimentado en diligencias gratas y saludables para los mayores, caracteres ajenos a las empresas clandestinas en las que no pocos ancianos depositan sus esperanzas.

Los casos expuestos ilustran que los ancianos insertos en la clandestinidad económica, se encuentran en esa zona monetaria de forma obligada, porque es a esta modalidad laboral a la única que pueden acceder. Escenario que ejemplifican los dos adultos mayores entrevistados de la zona norte de Guerrero, quienes indican que es la carencia de fuentes de empleo formal y la ausencia de algún pago jubilatorio, (no el aburrimiento, ni la monotonía) lo que los orilló a incursionar dentro de la economía informal, a la que pretenden dedicarse hasta que su condición física se los permita y termine por confinarlos en el anonimato pasivo, estadio demarcado por instancias como aislamiento, segregación, desempleo, soledad, depresión y pobreza.

Esto permite divisar a la clandestinidad como el penúltimo peldaño existencial-económico de los ancianos pobres, al que intentan aferrarse el mayor tiempo posible, porque aunque sea de forma inadecuada, éste les otorga independencia y existencia, factores ajenos al peldaño final: el anonimato, periodo que es habitado por viejos anómicos⁵⁰ que perviven de las dádivas del Estado y de la sociedad, bajo el manto del olvido, la memoria interesada propia de las políticas gerontocidas y la dependencia total (García, 2006:274). Una vez abordado el anonimato como estadio subsecuente a la clandestinidad, se incluyen los siguientes testimonios de personas de la tercera edad que envejecen bajo esta última condición.

Primer caso. Señor Andrés, 85 años, ex-chofer. La vida de don Andrés transcurrió al volante de un camión de carga, oficio que aprendió desde que era un

⁵⁰Según el diccionario de la Real Academia Española, anomia es el “conjunto de situaciones que derivan de la carencia de normas sociales o de su degradación”.

adolescente, cuando su madre lo llevó a casa de uno de sus amigos cercanos para que éste le enseñase no sólo a conducir un vehículo de ese tipo, sino para que lo formara en varios oficios que le permitieran allegarse del conocimiento necesario para poder ser independiente y tener una calidad de vida aceptable, aspiración casi imposible para un huérfano de padre en aquella época, como don Andrés lo explica.

En la actualidad, don Andrés se encuentra retirado por una complicación visual producida por endurecimiento del cristalino (cataratas) en ambos ojos, padecimiento que le impide continuar dedicándose al volante, ocupación y pasión que don Andrés ejerció por más de sesenta años. Él mismo expresa que ha perdido la esperanza de volver a manejar, porque su visión no alcanza más que un par de metros y puede generar un accidente. Resulta común encontrar a don Andrés sentado en una silla de palma sobre la banqueta de su casa, con lentes oscuros que protegen su vista de la claridad del sol, escuchando el transitar de los automóviles y saludando a sus viejos conocidos.

Don Andrés vive en un cuarto adjunto a la casa de su difunto hermano, su cuñada le da de comer, él no tuvo hijos, sólo un par de sobrinos, a los que quiere como propios y aunque cuenta con una pensión municipal por sus años de servicio como operador de un camión recolector de basura, el ingreso que recibe no le alcanza para cubrir sus necesidades básicas, por lo que la ayuda esporádica que sus sobrinos y algunos vecinos le brindan, resulta fundamental para su supervivencia cotidiana. Durante la conversación sostenida con el señor Andrés, es evidente la nostalgia que guarda con su oficio y trabajo anterior, porque éste no solo le otorgaba confort económico, sino independencia y presencia social. Don Andrés comenta:

Desde que me enfermé de los ojos pedí una incapacidad, pero ya no volví a trabajar, me operaron aquí en el Seguro, me dieron mis medicamentos, pero ya no pude volver. Mis ojos se cansaron, por eso dejé de trabajar, pero me gustaba a mí andar trabajando. Ahora ya me faltan los centavos, solo tengo para irla llevando, pero pues, no gasto mucho, pero luego sí me

hace falta, veo aquí a la gente y me saluda, que pasa caminando pero yo ya no puedo andar, estoy aquí nada más. No puedo hacer otra cosa... yo tenía la ilusión grande de manejar el camión otra vez, pero ya me jubilaron, me dan poquito para irla llevando, luego vienen mis sobrinos y me dan un dinerito, para que me compre algo, pero pues yo no gasto mucho. Cuando voy a la iglesia los domingos que voy, voy caminando, no gasto en nada, pero luego pues para los medicamentos, porque esos sí están caros, y luego no hay en la farmacia.

Extraño el trabajo, manejar, si no me hubiera pasado esto yo seguiría manejando, porque esa es mi profesión, desde que mi compadre me enseñó, eso hice toda mi vida, también se sembrar, arreglar el carro, pero manejar es lo que yo sé hacer, ahora ya no puedo, así es la cosa. De joven siempre traes centavos, se te antoja un refresco, te lo compras, pero ya de viejo no alcanza, hay que guardar algo, para tener. Yo extraño manejar, hacer algo, no estar aquí encerrado, yo me acostumbré a andar fuera, pero ya no puedo. Ahora solo estar aquí, pero pues también a esto se va acostumbrando uno, está difícil la cosa.

Segundo caso. Señor Luis, 82 años, ex-jornalero agrícola. La vida de don Luis transcurrió dentro de los campos de cultivo de jitomate, chile, maíz y caña. Actividad económica que desempeñó de los 16 años a los 78; misma que abandonó cuando ya no era contratado por los cuadrilleros y cabos, a causa de su longevidad. Por esa razón por la que se vio obligado a buscar otras alternativas dinerarias durante un año, lapso de tiempo en el que a pesar de sus incesantes intentos de reinserción económica, no logró posicionarse dentro del mercado laboral. Motivo por el que ahora tiene cuatro años viviendo bajo el estigma del desempleo, siendo por completo dependiente del apoyo de algunos vecinos, amigos y a la poca ayuda que su familia directa puede ofrecerle, debido a las condiciones de precariedad en las que dicha institución se encuentra.

En la actualidad don Luis vive solo a causa del deceso de su esposa, situación que lo ha llevado a refugiarse en el alcoholismo, por lo que es común encontrarlo

en estado de ebriedad y a punto de estallar en llanto. Sus conversaciones más frecuentes cuando atraviesa estos instantes de crisis, narran su vida en matrimonio cuando era joven, haciendo múltiples alusiones a la felicidad que su esposa le brindaba y a la tristeza en la que ahora se encuentra desde su fallecimiento. Don Luis expresa.

Tengo ya como cuatro años sin trabajar, desde que ya no me dejaron cortar caña y después porque me enfermé de los pies, me salen una bolas en el talón, y pues uno de mis pies me lo operaron hace como un año, pero no puedo componerme bien, y aunque no estoy diabético no me compongo, ahora ya puedo caminar bien, pero no puedo trabajar, por eso ya uso mi bastón, por si me canso... pero ando viendo si la próxima temporada me dan trabajo para sembrar, aunque sea aquí porque a Jalisco ya no me van a querer llevar los cuadrilleros. La última vez que trabajé fue cortando caña en Jalisco y pues yo sembraba maíz, pero desde que me enfermé de los pies ya no tuve trabajo, ni pude sembrar... ahorita la voy llevando de lo que me dan mis hijas, algunos vecinos que me regalan un taco, unas tortillas, a ver que va saliendo. Porque sólo nos ayudan unas hijas, los hijos hombres no nos llaman ni por teléfono, tampoco tienen dinero. Desde que dejé de trabajar todo se puso más difícil, pues ya nada más vivíamos de los que nos iban dando, a veces nos traía comidita alguna de las hijas. Pues nosotros, aunque sea tortillas fiadas, teníamos, diez o cinco pesos de tortillas, el vecino nos daba o no las regalaba, pues él tiene tortillería y no nos las cobra casi, y pues también pidiendo fiado en las tiendas y pues nos daban el “70 y Más” y de eso vivíamos, ahorita solo estoy esperando que se compongan bien mis pies, para ver si puedo irme a trabajar, de mis pies ya casi estoy bien y quiero sembrar, porque traigo el bastón sólo para ver si me canso, pero puedo caminar sin él...

Desde que mi esposa murió, me salgo a la calle, porque me desespero adentro, se siente uno triste allá adentro, me salgo a la calle, a veces voy

para el centro, pero nada más camino. Me acuerdo que cuando mi esposa estaba mal yo iba a comprar a la tienda y me esposa me decía 'ya vienes de ver a tus queridas' y yo le decía 'pero cómo voy a hacerte eso, si cuando nos casamos y el Padre nos dijo que nos teníamos que aguantar', pero luego nos comprábamos un refresco y ya nos contentábamos... pero se murió. Ya estaba mala, porque antes fumaba hartito y nos dijo el doctor que estaba bien tapada de los pulmones, bien de humo y luego cuando cocinaba también respiraba puro humo, porque cocinaba con pura leña, antes no había estufas como las de ahora, pura leña, y también sus higaditos se estaban deshaciendo porque antes pues también tomó y pues ya no daba más, y pues se me puso malita y como solo estábamos yo y ella, pues ya estoy aquí solo, yo quisiera verla aunque estuviera más viejita, quisiera estarla mirando, pero ya se fue... me desespero de estar aquí adentro y me salgo, veo la foto de ella, esa que está ahí donde están los santitos, y me acuerdo de cuando ella vivía y me daba tortillas calientitas, me decía 'ándale ven, siéntate aquí come calientito' y pues me desespero y me salgo pa la calle... porque aquí no hay nadie.

En los testimonios de anonimato, son notorios elementos nostálgicos que descansan con frecuencia en el deseo que los viejos albergan de reinsertarse al mercado laboral, tener recursos propios, continuar siendo independientes, y poder cubrir por sí mismos sus necesidades básicas, sin embargo, la mayoría de los ancianos que han llegado a este peldaño denominado anonimato, no cuentan con la capacidad de continuar inmersos dentro de las esferas económicas, sean estas formales o clandestinas(Moragas, 2004:189), razón por la que para muchos envejecidos la única manera de abandonar este sitio social es la muerte.

Son por tanto el Anonimato y la Clandestinidad, andamios ineludibles para la sociedad que envejece en la pobreza. Y aunque estos son escenarios visibles desde décadas antecesoras a la tercera edad, los pre y protagonistas de esta etapa difícilmente pueden evitarlos, debido a que las personas mayores que se ven inmiscuidas en alguno de estos estadios, son individuos que han vivido en

situación de pobreza gran parte de su existencia (Robles, *et al.*, 2006:96), por lo que al envejecer, este rasgo solo se acentúa y perpetúa, produciendo dentro de la capa envejecida problemas psicológicos como la depresión y falta de pertenencia con su edad (Ferrero, *et al.*, 1998:18), dando como resultado una vejez insana, que atormenta a sus residentes, quienes de forma usual aguardan su deceso con ansiedad.

Retrato fenomenológico, una ancianidad entristecida

La depresión es una característica común en los viejos en situación de pobreza, elemento que resalta casi en la totalidad de las entrevistas realizadas, y que exterioriza en gran medida la calidad de vida de los adultos mayores. Esta patología psicosocial (Ander-Egg, 2010:57) afecta al segmento envejecido de múltiples formas, de entre las cuales destaca la vinculación existente entre cuerpo y mente, debido a que gran parte de los ancianos deprimidos se encuentran al mismo tiempo enfermos y viceversa (Warner & Willis, 2003:463), no obstante, decretar a la depresión como un síntoma propio de la vejez es inadecuado, porque ésta se presenta en todas las etapas de desarrollo del sujeto, pero en especial en los de edad avanzada. Datos indican que este malestar se agudiza con el paso del tiempo y que a partir de la séptima década se convierte en un padecimiento constante (Warner & Willis, 2003:463), al grado de que se ha detectado que uno de cada cuatro ancianos atraviesa esta crisis (Castañeda, 2009:90), que en gran medida llega a convertir esta última etapa de la vida en un proceso negativo, temido y repudiado hasta por sus propios integrantes.

Esto pondera a la depresión como un síntoma alarmante de las condiciones en las que la población envejecida se encuentra. Diagnosticar las causas y las variantes que la producen es una misión que invita al análisis de las condiciones de vida y las oportunidades de desarrollo, a las que los ancianos pueden acceder en esta época. Dentro de este análisis se han detectado dos causas primordiales que suscitan la aparición de la depresión en el segmento envejecido. La primera proviene del proceso físico-natural propio de cada individuo y ésta recibe el nombre de envejecimiento primario. La segunda surge a partir de los procesos

socioculturales que influyen en la conformación de los sujetos envejecidos a nivel global, la cual es conceptualizada como envejecimiento secundario (De la Serna, 2003:120).

En la primera causa de depresión en los mayores, en el envejecimiento primario, se encuentran en un principio las modificaciones físicas, entendidas éstas como alteraciones bio-cronológicas que afectan la composición corporal de quienes envejecen; en segundo término, dentro de los parámetros naturales, destacan los procesos vitales que involucran el mundo afectivo del sujeto, como la muerte de seres amados y el ciclo vital familiar (basado en el abandono del hogar por parte de los hijos, para crear el propio), lo que muestra que el envejecimiento primario es un proceso inevitable, porque involucra como tal los procesos vitales que delinean la existencia humana (Cordero, *et al.*, 2003:27).

El envejecimiento secundario por su parte, es promovido de modo usual por las prácticas sociales insanas que la comunidad ejerce sobre los ancianos como el ancianismo (Warner & Willis, 2003:19) y la gerontofobia, que como muestra la estrategia triple, son padecimientos que pueden ser evitados, motivo por el que este envejecimiento secundario no puede ser catalogado como natural. Profundizando en el envejecimiento secundario, debe destacarse que este es el principal causante de depresión en los ancianos, debido a que es promovido por los comportamientos nocivos que la sociedad dirige a sus miembros más añejos, tales como la discriminación, el aislamiento, la no consideración y el olvido social. Entender qué es el envejecimiento secundario, el proceso que más daña la salud psicológica de los adultos mayores, permite analizar que gran parte de los padecimientos y vejaciones que este grupo padece, son malestares provocados por el mismo entorno social, que a través de conductas colectivas insanas degradan el bienestar anímico de las personas de la tercera edad. Respecto a esta problemática, las teorías del retraimiento, medio social, sub-cultura, grupo minoritario (Mishara & Riedel, 2000:67) y olvido, exponen la importancia que guarda la relación; ancianos-sociedad, porque es en esta interacción donde se

construyen los principios básicos para la calidad de vida de la población envejecida.

Ahora, si se toma en consideración que en la actualidad, la relación ancianos-sociedad es negativa, donde los viejos carecen de voz, se encuentran olvidados y desterrados de los procesos sociales, culturales, políticos, históricos y económicos (García, 2006:276), panorama que ejemplifican las conductas económicas clandestinas a las que los viejos se aferran para subsistir, y las atmósferas de anonimato precario en las que gran parte de este grupo existe; la depresión en los viejos se vuelve comprensible.

La depresión en los ancianos, es entonces una de las consecuencias que el olvido provee a este segmento, debido a que vivir de forma dependiente, en condiciones de pobreza y sin alternativas de mejoramiento, termina por mermar la conformación psíquica de los mayores, quienes de manera general van quebrantándose cada vez más con el paso del tiempo, porque entre más envejecen, sus niveles de dependencia y grados de pobreza se elevan (Robles, *et al.*, 2006:96) escenario que muestra cómo el olvido sociocultural de las personas de la tercera edad arrastra consecuencias que sobrepasan las económicas, y que terminan truncando por completo el surgimiento del envejecimiento óptimo.

Así, el olvido que habitan las personas de la tercera edad puede traducirse en depresión, soledad, pobreza, discriminación, aislamiento y dependencia, factores que disminuyen la salud de los ancianos a nivel personal y social (Robles, *et al.*, 2006:155). Derivado de ello, los ancianos empiezan a ser visualizados como un lastre hasta por sus propias familias, instituciones que de manera usual se encuentran en condiciones de pobreza acuciantes que les impiden apoyar a sus sexagenarios (Robles, *et al.*, 2006:22). Esto coloca al olvido como uno de los mayores agresores de la ancianidad contemporánea, porque éste cuarta la vejez saludable, y orilla a los viejos a vivir tanto en el anonimato como en la clandestinidad, que en muchas ocasiones representan las únicas alternativas de supervivencia, y que una vez agotadas desembocan en panoramas aún menos

alentadores como la indigencia o el asilamiento precario, obligado y forzado, temática que se aborda en el capítulo siguiente, donde se muestran otras características del olvido social, en el que una cantidad considerable de adultos mayores continúan escribiendo su historia.

Esto vuelve urgente la reflexión acerca del proceso del envejecimiento actual, y cómo éste puede ser mejorado a través de la estrategia de tres pasos conformada por el retorno, suspenso y reinicio (Augé, 1998:78). Pugnar por la aparición de una vejez óptima, que garantice el bienestar y la seguridad de los mayores en las esferas familiares, sociales, culturales, políticas, económicas e históricas es un imperativo ético perentorio, toda vez que se eliminaría la vejez negativa para dar paso a una vejez en la que no gobierne la necesidad, pobreza, dependencia, depresión, anonimato y clandestinidad, acción que permitiría a los ancianos envejecer con dignidad, certidumbre y felicidad.

CAPÍTULO IV. Adentro del asilo... el olvido contenido

La pertinencia del asilo... asilos de la región

En el presente capítulo se analizan dos asilos de ancianos del estado de Guerrero, empleando las categorías de afuera y adentro, para explicar cómo los ancianos asilados (adentro) se ubican afuera, al margen de la sociedad y de la toma de decisiones, mostrando el estadio de olvido estatal y social en el que se encuentran estas instituciones asilares y la forma en que envejecen los ancianos en su interior.

El análisis de los marcos espaciales donde los sujetos desarrollan sus actividades cotidianas, gestan sus patrones de comportamiento y dan origen a la cultura propia y particular de la circunstancia en la que se encuentran, muestra a plenitud lo relevante que resulta el entendimiento de él o de los contextos en donde los individuos producen su existencia. En este aspecto, el estudio de la vida dentro de los asilos de ancianos se convierte en una pieza clave para la comprensión del papel que poseen los viejos en la actualidad, por lo que en este capítulo se exponen los talentos socioculturales que más repercuten en los ancianos residentes de las instituciones asilares como el aislamiento, la soledad, la depresión, la pobreza y el olvido social.

Los asilos que formaron parte de este análisis son el San Sebastián (orden religiosa) y el Elena Girón Fuentes (Privado), ubicados en la ciudad de Iguala el primero y en la ciudad de Huitzuco el segundo, siendo estas dos residencias las únicas existentes en la región Norte del estado de Guerrero. Dichas instituciones permitieron comprender la dinámica del envejecimiento dentro de los espacios asilares. Debe resaltarse que la finalidad de este apartado descansa sobre la misión de mostrar las eficiencias y deficiencias del asilo como institución, opción y destino de gran parte de la población (10.1%) (González, 2015:113), debido a que en realidad estas residencias no cubren a plenitud las demandas y necesidades de sus habitantes, no por ineptitud o desidia, sino porque no cuentan con los recursos tanto materiales como humanos para solventar las

problemáticas y emergencias que atraviesan con frecuencia, por lo que mejorar las condiciones de estos espacios se convierte en una de las empresas de mayor entereza para garantizar el bienestar de sus actuales y futuros residentes.

No debe perderse de vista que México registra desde la década de 1970 un notable y sostenido envejecimiento demográfico, fenómeno poblacional que empieza a ser contemplado como un “problema público” (Cordero, *et al.*, 2003:11), por los organismos que componen el estado y por la misma sociedad civil, quien comienza a padecer las repercusiones que acompañan a esta nueva modalidad organizativa, que plantea el envejecimiento masificado de la sociedad, situación que invita a la reflexión del papel que los asilos juegan en el presente y el que pueden ostentar en el futuro, para solventar las necesidades de una sociedad que envejece de forma alarmante.

Es el envejecimiento una de las problemáticas sociales más severas que se divisan a corto, mediano y largo plazo en el país, sobre todo porque este fenómeno modifica, “el volumen de pensiones, ayudas sociales y los costes económicos” (De la Serna, 2003:81), que involucran de modo directo a la población anciana. Si a estas dificultades se le suman otras provenientes de la misma dinámica social como la mutación familiar y la práctica desaparición de la familia extensa (Fericgla, 2002:287), a la que generaciones atrás pertenecían y acudían los viejos en situación de crisis, se vuelve cada vez más necesario que el estado intervenga en la mejora de los servicios destinados a la atención de los ancianos en situación de pobreza, desamparo, enfermedad y soledad; por lo que, mejorar las condiciones y el funcionamiento de los asilos existentes, así como la creación de nuevos centros de esta índole, que puedan hacerse cargo de manera óptima de un mayor número de ancianos que subsisten en condiciones vulnerables, más que ser una tarea importante es un esfuerzo ineludible que debe ser realizado con prontitud, sobre todo porque la densidad poblacional de adultos mayores proclives a ingresar a dichas instituciones rebasa con holgura la oferta que estas ofrecen (Fericgla, 2002:297).

El caso del área norte de Guerrero ejemplifica con claridad esta situación, debido a que la capacidad total de los dos asilos existentes suma cuarenta residentes, siendo Guerrero uno de los estados de la república que sobrepasa la media nacional de población envejecida desde el año 2010 al alcanzar el 10.1% de población mayor a 65 años, escenario que muestra que el estado se encuentra incapacitado para afrontar el fenómeno poblacional que el envejecimiento encarna (González, 2015:113). Cabe resaltar que de los dos asilos en cuestión, ninguno forma parte de la estructura estatal y tampoco perciben ningún tipo de erogación o subsidio proveniente del estado.

Como se ha mencionado, los dos asilos en los que se trabajó pertenecen a las tipologías religiosa y privada, pese a ello, es de destacarse que los montos mensuales que cobra el asilo privado Elena Girón Fuentes son en verdad modestos (\$1200.00 mensuales, enero 2017), similares a los del asilo de orden religiosa San Sebastián (\$1000.00 mensuales, junio 2017), por lo cual estos establecimientos subsisten más del trabajo colectivo de sus empleados, mediante su participación en eventos sociales a nivel municipal como la organización de bailes, corridas de toros, y de otro tipo de ayuda proveniente de la beneficencia pública y el voluntariado, más que de los ingresos que obtienen de la renta de sus servicios. En este aspecto, resalta que de los dos asilos en cuestión, el Elena Girón Fuentes, no encaja por completo dentro de las tipologías de asilos conocidas.

1. En primer lugar, existen las residencias que dependen de diversas administraciones públicas (locales, autonómicas, provinciales). En estos establecimientos se cobra un porcentaje de la jubilación o pensión del anciano y el acceso y la estadía puede llegar a ser gratuita.
2. En segundo lugar existen los hogares/residencias dependientes de órdenes religiosas o que están regentados por religiosos. Habitualmente acogen a ancianos de nivel económico bajo o medio. ... la forma de pago acostumbrada a estar en función de lo que cobra cada uno de los ancianos en cuestión.
3. Citemos en tercer lugar las residencias privadas reservadas a ancianos de nivel económico medio-alto o alto. (Fericgla, 2002: 287).

Así, el Elena Girón Fuentes, una institución privada que no recibe subsidios estatales y que sus cuotas de asilaje son económicamente accesibles, solo comparables con aquellas de los asilos religiosos (sin pertenecer a ninguna orden de esta índole), y que no está reservada a adultos mayores de clase alta, sino a ancianos de recursos económicos bajos y en condiciones de pobreza, se puede considerar que este tipo de institución conforma una tipología de asilo poco estudiada dentro de las ya establecidas, a la cual llamaremos *Asilos Sociales* (Stone, 2014:284), que como se ha explicado, subsisten del voluntariado y beneficencia social, más no de ayudas externas provenientes del sector privado o público.

Puede comprenderse entonces que de los dos asilos existentes en esta región, ninguno forma parte del Estado, escenario que expone dos situaciones. Primera: que son algunos reducidos sectores de la sociedad quienes han asumido la responsabilidad del cuidado y atención de los mayores, lo que destaca la positiva respuesta de la comunidad a este problema. Segunda: que las estructuras estatales se encuentran estáticas ante la situación, y que no están tomando ninguna medida para afrontar este fenómeno demográfico.

Esto refleja el profundo descuido en que subsisten los asilos locales, encargados de atender a una de las poblaciones más disminuidas y necesitadas de la comunidad, quienes a causa de las limitaciones económicas se encuentran incapacitadas de dar saciamiento a las necesidades físicas y emocionales de los ancianos que albergan. Lo que termina por convertir a estos asilos en lugares poco adecuados para los viejos, que una vez internados, son borrados del mapa público (García, 2006:197), y sometidos a subsistir bajo los estigmas del olvido social, cultural, histórico, político y económico, lo que significa por ende la anulación de todo un grupo poblacional, quien producto de su edad es segregado y “lanzado a la frontera de lo inexistente” (García, 2006:203), acción que repercute en la salud de los mayores a nivel personal y social.

Esta realidad es ineludible para los dos asilos de la región, instituciones independientes y de bajos recursos, que no cuentan con personal capacitado

profesionalmente para la atención de los mayores, ni tampoco con las estructuras físicas pertinentes para otórgales a sus habitantes un nivel de vida saludable. Dichas dificultades presentadas por estos asilos, están conectadas al deslindamiento que el estado, la familia y la sociedad tienen para con la comunidad longeva, porque el problema que representa el envejecimiento masificado en nuestros días es una empresa que concierne a todos, pero que a pocos interesa, lo que se hace visible en la escueta participación de estos tres sectores en el mejoramiento de la calidad de vida de este grupo.

Partiendo con el estado, es notorio que este organismo lejos de velar por el bienestar de sus miembros envejecidos, los mantiene sumergidos en el olvido, para utilizarlos como elementos políticos a través de las políticas gerontocidas (García, 2006:274), con las cuales se degrada el papel de la ancianidad a nivel global. Dicho desinterés resalta en la ausencia de asilos estatales destinados a la atención de ancianos en condiciones de pobreza y pobreza extrema, así como en la desatención total en que se encuentran los dos asilos estudiados, a los que solo apoya en periodos electorales, sea en forma de limosna o como espectáculo altruista para propaganda política.

En segundo lugar se encuentra la familia, entidad que con frecuencia abandona a sus ancianos una vez que han logrado ingresarlos a alguna institución asilar, este deslindamiento puede presentarse de forma total o relativa. El abandono relativo muestra una marcada ausencia de visitas familiares, situación que merma el estado moral, psicológico y anímico de los ancianos; en este rubro, la familia continúa cubriendo los honorarios del asilo. Para el caso del abandono total, la familia se deslinda por completo de los pagos de la institución y las visitas son inexistentes. Estos dos tipos de abandono arrojan resultados similares, como lo son ancianos depresivos, que se quejan de manera frecuente de la tristeza, soledad e ingratitud familiar (Stone, 2014:287). No puede pasarse por alto que no todos los ancianos se encuentran en esta situación, pero si un alto porcentaje de ellos, siendo el abandono relativo una de las características más frecuentes, comunes y determinantes dentro de los asilos guerrerenses.

En última instancia se localiza la sociedad, quien por medio de percepciones negativas hacia estas instituciones, se ha encargado de convertir a los asilos en sitios de olvido y anonimato, donde los viejos son vistos desde afuera como personas dependientes e incapaces de subsistir por sus propios méritos, visión que impregna de resentimiento social a los mayores, quienes entre más envejecen menos satisfechos se sienten con su edad y etapa de vida. Estos sentimientos anómicos presentes en los asilados, pueden ser combatidos y erradicados por la misma sociedad, mediante la modificación de las conductas negativas que ésta dirige a la figura del asilo, sea por medio de apoyos económicos o sociales que promuevan el contacto intergeneracional, porque “las amistades y relaciones sociales son un medicamento fundamental para todas las edades, pero de manera especial para los adultos mayores” (Ander-egg, 2010:106), sin embargo, a pesar de los holgados horarios de visita y las facilidades para ser voluntario o compañero frecuente de alguno de los internos, la participación de la comunidad es casi inexistente.

Expuesta la atmósfera de olvido en la que se encuentran los asilos guerrerenses y la condición de carencia en la que éstos se desenvuelven, no resulta extraño que el asilamiento simbolice para sus protagonistas una experiencia negativa (Pantoja & Rendón, 2012: 80). Dado que las penurias económicas que lastiman a los asilos, lo hacen del mismo modo con sus habitantes, quienes se encuentran alejados de formar parte de las filas del envejecimiento saludable, este problema debe ser desglosado con precaución, para no dañar la imagen de estas instituciones locales, que a pesar de las dificultades que atraviesan continúan reproduciendo y dando continuidad a conductas socioculturales positivas como: la responsabilidad filial (Mishara & Riedel, 2000:76), la gratitud y el amor a los que han envejecido (Cordero, et al., 2003:25).

Tomar como referencia estos datos es prioritario para cambiar la visión y función social del asilo, el cual no debe ser visualizado como una institución de castigo, sino como una alternativa de vida para la gran cantidad de viejos maltratados, olvidados, abandonados y en situación de calle (Mendizábal, et al., 2013:22). Se

debe entender que si bien el asilo no puede cumplir a plenitud su ideal de hogar de reposo y casa de retiro digna, no es a causa de su desinterés o ausencia de ética, sino porque no recibe el apoyo estatal y social necesario para fungir como opción viable para los sujetos de la tercera edad, quienes contemplan al “adentro” del asilo como la mayor tragedia y condena, por lo que este adentro debe ser analizado y comprendido, desde un “afuera”, que determina al adentro como una modalidad de exclusión y olvido, que niega la existencia de los ancianos y convierte a los asilos en espacios carentes de consideración social.

El adentro, la exclusión, el olvido...

La investigación sociocultural de un contexto cerrado como el asilo de ancianos, donde la atmósfera que más persevera es la de la rutina y el presente, obliga a la indagación profunda de las características vitales que definen dicho marco espacial, sean estas internas o externas. Por lo que el estudio del aquí y ahora (Augé, 2007:10), resulta inadecuado para la comprensión de estos espacios, sobre todo porque estas residencias se caracterizan por estar repletas de olvido, marginación y anonimato. Así, los asilos son espacios donde el análisis de la alteridad rebasa el entendimiento de dicha alteridad como experiencia sensible y la traslada al plano fenomenológico (Schutz, 1962:119), donde comprender la relación que el asilo guarda con los contextos que le rodean, permite entender el papel contemporáneo de esta institución, sitio que involucra tanto el aquí y el ahora, como otros puntos de estudio fundamentales que bien pueden ser conceptualizados como *afuera* y *adentro* (Augé, 2007:10) tópicos que representan las categorías que demarcan la existencia del asilo, siendo éste el adentro y, el resto de la comunidad, el afuera.

De modo que la incapacidad del *aquí y ahora*, para el estudio de estos espacios, radica en que estas formas solo abordan el presente (Augé, 2007:15), y a los asilos como sitios independientes a otros contextos, dislocándolos de su papel social e histórico, por lo tanto este aquí y ahora, debe ser acompañado por la concepción del afuera y el *adentro*, acción que coloca a los asilos como terrenos ajenos a la sociedad (producto de que ésta no los considera). Es siguiendo este

planteamiento como pueden analizarse los impactos que el asilamiento propina a los sujetos envejecidos, quienes una vez adentro se encuentran fuera de la sociedad, anulados de las oportunidades de crecimiento. Por tanto, el *adentro* debe ser comprendido como una figura de olvido, que se reproduce en los asilos y maltrata a sus residentes.

Esto convierte el *adentro* en un factor ajeno para aquellos viejos no pertenecientes a alguna institución asilar; sin embargo, el *adentro* representa una de las rupturas más significativas en la vida de los ancianos (Foucault, 1993:118) y, aunque existen enormes diferencias en el curso de este choque contextual, el *adentro*, contemplado como una modalidad de exclusión, representa una constante de la dinámica de asilamiento, porque este *Adentro*, vale tanto para asilos del primer mundo, como para instituciones existentes en los mundos subalternos, aunque en cada contexto no tenga las mismas repercusiones en todos los casos. El *Adentro* constituye uno de los puntos de análisis de mayor trascendencia en los espacios asilares que se configuran como contextos forzosos e impuestos para gran parte de la población mayor.

Debe resaltarse que el *adentro*, lejos de ser una acción incluyente e integrante a un nuevo ciclo o modalidad de vida para los envejecidos, representa un quiebre excluyente en su existencia, porque este *adentro* no significa otra cosa que la exclusión de los ancianos “de los procesos sociales, políticos, económicos y culturales,” (García, 2006:197), situación que potencia la aparición de la “muerte social” (Moragas, 2004:146), como uno de los estigmas más frecuentes en los espacios asilares. Si bien este *adentro* como anulación social no es un patrón universal en todo el mundo (García, 2006:235), cabe resaltar que para gran parte de la nación mexicana el *adentro* no representa otra cosa que olvido generacional.

Son los asilos entonces lugares que representan para sus internos espacios de anonimato y confinamiento, donde su participación y consideración como parte de la sociedad se encuentra anulada por el encierro, siendo este mismo encierro un acto potenciado por el sistema excluyente, para volver invisibles a los viejos y

de esa forma potenciar su olvido social (García, 2006:235). Puede considerarse, entonces, el espacio asilar como un lugar de olvido, porque éste no alberga, en sí, la identidad de sus resguardados, ni tampoco impulsa la participación social de éstos, anulando el papel del adulto mayor como actor histórico dentro de la construcción de la realidad,⁵¹ por lo que este lugar de olvido termina convirtiendo a sus habitantes en sujetos inexistentes, situación que corrobora que los asilos públicos (económicos, modestos) del país, representan en sí mismos una figura inmemorial que se perpetúa y atemoriza a sus actuales y futuros residentes.

Esto solidifica al asilo como una modalidad de expulsión y destierro social para las personas de la tercera edad, quienes son relegadas del ámbito público y confinadas más que al sector privado a la no-existencia (García, 2006:197), por lo que el *adentro* termina siendo para los mayores un fracaso y un castigo social. No es extraño encontrar en estos sitios ancianos deprimidos y resentidos con sus familias y sociedad, por haber sido expulsados de la vida activa y de la comunidad porque, el encierro arrebató a los implicados más que la libertad, el derecho que poseen como ciudadanos de formar parte de las decisiones que competen a todos los miembros de la comunidad.

Así este *Adentro* confirma la existencia del asilo como un espacio de anonimato, el cual gran parte de la población mayor solo puede eludir mediante la muerte; sin embargo, la muerte distanciada, en un contexto social transitorio (Augé, 1992:83), donde ésta no es otra cosa que un suceso cotidiano, esperado y común, impide la consolidación de un sentimiento de pérdida (Ricoeur, 2000:118), lo que ratifica al asilo como un lugar de olvido en el que no se consolidan recuerdos. Es el asilo, entonces, un espacio carente de consideración, en el que no habita la memoria, en donde los viejos languidecen sin poder alzar la voz para romper el silencio que les fue impuesto y que potencia su olvido social.

⁵¹Si un lugar puede definirse como lugar de identidad, relacional e histórico, un espacio que no puede definirse ni como espacio de identidad ni como relacional ni como histórico, definirá un *no lugar* (Augé, 1992:83).

De modo que la alusión a estos terrenos, refiere a un marco espacial gobernado por el olvido social, en el que no hay cabida para la memoria colectiva, porque el contexto asilar es incapaz de promover la participación de quienes lo habitan y transitan (Benjamin, 1994:153), motivo por el que se encuentra imposibilitado de incursionar de forma real dentro de las construcciones históricas y sociales que le rodean. Esta anulación, puede ser entendida como un ejercicio de olvido, debido a que mantener al margen a algún algo o alguien, termina por ser una agresión y una negación a la existencia de aquello o aquellos implicados (Augé, 1992:83). Esto solidifica la figura asilar como una institución de olvido para la sociedad envejecida, porque ésta representa su desaparición del sistema, ratificando que el *adentro* más que ser una nueva etapa vital, significa el fin de ellas, al grado que el anciano asilado connota sinónimamente a un sujeto olvidado, carente voz. Por lo que, la acción de reclusión asilar simboliza para los viejos: no-existencia, donde el adentro no es más que “estar afuera, en la exterioridad, en la nada” al margen de la sociedad y de la toma de decisiones, de modo que el asilamiento actual mantiene en gran medida la falsa moral que potenció la aparición del asilo en los siglos XV, XVI y XVII, basada en encerrar aquellos miembros indeseables de la sociedad para que fueran atendidos en sitios donde no pudieran ser vistos, para de esa manera anular su existencia e impulsar su olvido (García, 2006:229).

Entonces, el asilo desde sus orígenes ha tenido esta connotación negativa, que puede ser interpretada y simbolizada por los ancianos que se encuentran en alguna de estas instituciones, como un castigo por haber envejecido. Sobre todo porque en sus inicios las instituciones asilares no se diferenciaban en gran medida de otras tantas como: cárceles y manicomios (Foucault, 2012:89), debido a que en ellos se encerraban por igual y en los mismos espacios a: “locos, delincuentes, alquimistas, vagabundos, enfermos venéreos, blasfemos y ancianos” (García, 2006:228). Esta acción de purga social realizada de forma arbitraria, colocaba a cualquier individuo envejecido como objetivo a capturar y ser encerrado. Tomando en cuenta estos antecedentes, no es de extrañarse que

el asilo represente hoy día el destino más temido, repudiado y menos deseado por los miembros de la tercera edad (Fericgla, 2009:303).

Debe considerarse que la experiencia asilar, no es en todos los casos una etapa negativa, sobre todo para aquellos adultos mayores poseedores de una posición económica solvente, quienes pueden elegir la forma en la que desean ser cuidados, en instituciones privadas de costos elevados, o el pago de cuidadores profesionales especializados en la atención de personas adultas (Fericgla, 2009:303). Para este grupo, la tercera edad y el asilamiento no representa una etapa desgarrante o de invisibilidad. Sin embargo, para los ancianos en condiciones de pobreza los horizontes son por completo distintos, debido a que éstos no tienen opción para elegir y terminan siendo parte de instituciones asilares de bajos recursos, en las cuales su participación dentro de la vida social se ve concluida. Puede comprenderse ahora que el asilamiento silencioso, desmemoriado y excluyente, propio de los espacios de olvido, pertenece a ancianos pobres, que no pueden hacerse cargo de sí mismos cuando la tercera edad los alcanza.

Este mismo encierro alberga en sus entrañas una correlación vertical y de poder, donde los viejos pueden ser internados dentro de estos sitios aún contra su voluntad, debido a que los reglamentos de estas instituciones así lo permiten. Es un lugar común escuchar de los —por el momento— soberanos del *afuera*, quienes *depositan* en los espacios asilares a sus prójimos de edad avanzada —así se trate de sus descendientes directos— que es para que estén seguros en un lugar donde los alimentarán y vigilarán su salud.

Pero para los protagonistas del *adentro*, esta seguridad supuesta por *sus otros* —los por el momento soberanos del *afuera*— no justifica su confinamiento, sobre todo en el espacio rural, cuyas labores y vida cotidianas transcurren en espacios abiertos, en los que, de manera natural, observaron los cambios climáticos, los valles enverdecidos o los páramos, que alguna vez recorrieron y reconocieron como la palma de sus manos. Doña Aurora comenta:

*... a mí me dijo hija, 'te voy a llevar que te compongas', luego vengo para que vivas con nosotros. Pero pues yo sentí que nomás me decía, que aquí me iba a quedar. Yo dije, pues pobre de ella, dirá que le voy a quitar tiempo, pero yo quería quedarme en la casa que me dejó mi viejo. Ahí, ¿qué me podía pasar? De por sí todos nos vamos a morir. Yo criaba mis gallinas, no tendría pues que estar pagando aquí. Pero ella quiso [traerme al asilo], ya tengo aquí, qué, ya pasó del año, ya se me hizo una eternidad, no hago nada, no puedo dormir, estoy piense y piense, así me amanece, nomás me pongo a rezar todos los días por mis hijos que no sé dellos...*⁵²

Para el señor *Anselmo*, un ex aparcerero de una localidad cercana, la situación en la que se dio su reclusión no fue tan diferente de la de doña *Aurora*.

Yo anteriormente que llegué, me entristecía. Pensaba mucho siempre, 'Diosito, ¿por qué pues vine a parar aquí?... si yo tenía mi casa, mis tierras... Es que yo vivía con mi'jo. Cuando ella falleció, yo todavía me quedé mucho tiempo [solo]... Luego, él fue que me quería llevar a su casa. Yo no quería, por la nuera. Por los problemas. Por no estar de arrimado. Pero él quiso, me dijo ¿aquí quién le va dar de comer? Le pasa algo en la noche... Que me apendejo con perdón tuyo. No, allá fue lo peor, la nuera quería todo limpio, siempre pues me vio mal. Y lo de comer, ni eso. Mi casa sigue ahí, es así pues sencillita, nomás de adobe. Ellos, no viven ahí, viven fuera. Ya aquí me acostumbré con la gente, no me falta nada. Nomás que pienso pues mucho en sembrar. Yo sacaba buen maicito pa' todo el año, nunca nos faltaba, si había necesidad vendíamos unos cuartillitos. Las tierras eran pues prestadas, pero no me faltaba quién me las ofreciera, es que yo, cómo le diré, [era] pues bien cuidadoso, que las abonaba, que les hacía sus represitas [para evitar la erosión hídrica propia

⁵²Señora *Aurora*, originaria del Alto Balsas, entrevistada en el asilo Elena Girón Fuentes de Huitzucó, en el Alto Balsas, Guerrero, 6 de julio de 2015.

de las laderas] y ellos –los propietarios– estaban contentos con el rastrojo, eso era para ellos y era todo.

Podrá advertirse, con demasiada facilidad, que el *adentro* sintetiza la gran desventaja social en la que la sociedad envejecida se encuentra, desventaja que se profundiza dentro del espacio asilar, donde los viejos poseen la jerarquía más depreciada a nivel comunidad, debido a que pueden encontrarse *adentro* de estos espacios de manera forzada y una vez internados, y al adoptar su nuevo rol sociocultural como asilados, perder el estatus que ostentaban (Foucault, 1993:126), mostrando que en estos espacios existe un *poder unitario y absoluto* (Foucault, 1993:126) que no sólo es ajeno a los ancianos, sino que se encarga de minar su existencia mediante silencio, encierro, anonimato y olvido.

Sobre todo porque en el ejercicio de este *poder unitario* gestado en el contexto asilar, se establecen jerarquías que abordan los polos yuxtapuestos del afuera y el *adentro*. El afuera, ejerce este poder unitario a través del rechazo y la negación que la sociedad no anciana realiza con un problema emergente como el envejecimiento poblacional, y el *adentro* al contribuir con su funcionamiento al prevalecimiento de este sistema jerárquico desigual, debido a que estas instituciones, mediante su proceder, privan a sus resguardados de existir públicamente (Foucault, 1993:126). Por tanto, dicha escala jerárquica pondera al *afuera* por encima del *adentro*, mecanismo que convierte a los ancianos asilados en sujetos invisibles, víctimas del rechazo y la negación social proveniente del *afuera* que originó para su comodidad la existencia del *adentro*, que no es otra cosa que una manifestación de poder (Foucault, 2012:89) y olvido, dirigido, —en un país y un mundo que se aglomera en los espacios urbanos—, a una de las poblaciones más vulnerables del país.

El asilo ha tomado exactamente el lugar del leprosario en la geografía de los sitios poblados por fantasmas, como en los paisajes del universo moral. En el mundo de la producción y del comercio se han renovado los viejos ritos de excomuniación. En estos sitios de la ociosidad maldita y condenada, en este espacio inventado por una sociedad que describiría en la ley del trabajo una trascendencia ética... Vendría el día en que podría recoger

estos lugares estériles de la ociosidad, por una especie de muy antiguo y oscuro derecho hereditario. El siglo XIX aceptará, e incluso exigirá, que se transfieran exclusivamente a los locos estas tierras, donde ciento cincuenta años antes se quiso reunir a los miserables, a los mendigos, a los desocupados. (Foucault, 2012:89).

El *adentro*, insistimos, no deja de ser un “castigo incesante” (Foucault, 1993:128) para los ancianos, porque una vez inmersos en este contexto, el asilado no solo “entra a un mundo nuevo y en el que queda completamente separado de sus... amigos y conocidos” (Foucault, 1993:118) sino, que se localizará en un espacio que lo anula de participar en la vida pública, lo que repercute en la conformación física y psicológica de los mayores, que como analiza la teoría del retrainimiento (Mishara & Riedel, 2000:64), la separación de los viejos de la sociedad, produce una nulidad pasiva en el sector envejecido, quien termina siendo invisible e inexistente (García, 2006:203) para el resto de los grupos quinquenales. Como resultado de que el encierro en que encuentran, impide a este grupo formar parte en la toma de decisiones.

Este tipo de actitudes colectivas conduce a un olvido generacional masificado, que el acercamiento a la teoría del olvido señala como una agresión flagrante a los viejos, quienes son en el presente “los grandes olvidados del proceso de civilización... convertidos en poblaciones vulnerables, cuya vida transcurre en claroscuros de discriminación, asilamiento, maltrato físico y simbólico” por lo que en el subtítulo siguiente se analizarán las problemáticas que los asilos de la región encaran y cómo el *adentro* que estas instituciones simbolizan, más que ser una problemática interna, es una problemática externa producida por el afuera, afuera conformado por los aparatos estatales y la sociedad civil que no es menos omisa... por lo que la crítica al funcionamiento de los asilos es cada vez más importante para mejorar sus procedimientos y el estado en el que ahora se encuentran, para con ello transformarlos de espacios de olvido a alternativas de memoria.

El asilo... una alternativa de memoria

A lo largo de este capítulo se han expuesto las repercusiones sociales que el asilamiento acarrea a la conformación de los ancianos, y cómo la institución asilar, lejos de ser contemplada como un destino promisorio, seguro y de descanso, es simbolizada por los viejos como un castigo por haber envejecido, esto en base a que el ingreso a una residencia de esta índole no es otra cosa que una dolorosa ruptura (Foucault, 1993:118), en la vida de los ancianos, quienes se desprenden de su pasado y de sus “lugares de memoria” (Augé, 1992:83), para pertenecer a un nuevo contexto en el que deberán permanecer y desarrollarse bajo los estigmas del aislamiento, confinamiento, soledad, depresión y olvido; lo que invita a exponer las razones que obligan a los viejos a ingresar o ser ingresados a este espacio, que en la generalidad de los casos representan el lugar menos deseado (Fericgla, 2002:203), y, al mismo tiempo, un destino ineludible para muchos de ellos. Para el caso de los residentes guerrerenses destacan dos situaciones concretas que Fericgla conceptualiza como: psicológicas y sociológicas (2002:198).

El factor psicológico se encuentra solidificado sobre temores propios a los mayores como la “soledad, mala relación con la familia, miedo a morir abandonados, y el sentimiento de representar una molestia para los demás” (Fericgla, 2002:302). El rubro sociológico es conformado por agentes contextuales y materiales que abordan desde “la falta de vivienda, de servicios médicos en el domicilio” (Ibíd.), y la carencia de los recursos económicos para cubrir las necesidades básicas. Dichos factores suelen confabularse para potenciar la entrada de las personas de la tercera edad a los asilos, por lo que la presencia de estos malestares psicológicos y sociológicos, muestran que el ingreso de los ancianos a los terrenos asilares suele ser de forma obligada y por la inexistencia de otra alternativa, corroborando que el Asilo es un sitio forzoso para muchos de los habitantes que lo residen, motivo por el que estos espacios se encuentran imposibilitados de contener los requerimientos humanos de “identidad, relacionales e históricos” (Augé, 1992:83), que permitan a los

ancianos simbolizar al asilo como su hogar y no como el espacio de olvido al que fueron reclusos por motivos psicológicos o sociológicos (que una vez adentro siguen existiendo y proliferando aunque con rostros distintos).

Sin embargo, la depresión y la soledad, no son los únicos malestares que deben enfrentar los asilados, porque estos padecimientos son acompañados por un olvido social proveniente del afuera, que agrede a los habitantes del adentro mediante la nulidad y la inexistencia, lo que hace del asilo un terreno de confinamiento y anonimato, donde los viejos se encuentran imposibilitados de participar en las esferas “sociales, políticas, económicas, culturales” e históricas que estructuran la vida pública del país (García, 2006:197).

Esta condición de olvido que satura el espacio asilar corresponde a la segunda figura de Augé (1998:65): *el suspenso*, forma que basa su proceder en el desprendimiento de los tres tiempos: pasado, presente y futuro, acción que coloca al tiempo presente como el único momento vital, impidiendo ver los nexos del pasado y los avatares del futuro, convirtiendo al presente en una realidad totalitaria incapaz de aprovechar los aprendizajes anteriores e imposibilitada de prever y construir futuros saludables. Tomando en cuenta estas particularidades propias del suspenso, puede profundizarse en las repercusiones que el Adentro trae para los viejos asilados, quienes una vez internados, ven fluir el tiempo sin que este les otorgue ningún crecimiento o alguna oportunidad de desarrollo que potencie su consideración social.

Es el suspenso quien reina dentro estos contextos, que más allá de contener sujetos envejecidos, contienen sujetos olvidados, que una vez Adentro se ven obligados a abandonar su pasado y posibles futuros, para sobrevivir día a día con lo que el presente les ofrece. Esta manifestación de olvido nombrada suspenso, desarticula el papel que los ancianos podrían ejercer a nivel social y como *actor político* (García, 2006:167), confirmando que la característica fundamental del asilo es la muerte social.

Este etnocidio generacional que gesta el encierro para los ancianos asilados, se debe en gran medida a que los asilos en México son instituciones silenciosas, que promueven la pasividad de sus residentes, y que no incursionan de manera significativa en las esferas que conforman la nación, a diferencia de otros países como Noruega, Suecia, Finlandia (García, 2006:235), que se han dado a la tarea de alcanzar un estado de bienestar óptimo en el Adentro, que otorga a los ancianos asilados la posibilidad de continuar participando y construyendo el Afuera, lugar al que pertenecen aunque radiquen y den vida al Adentro, mostrando que estos dos espacios pueden vincularse y funcionar en conjunto, como lo muestran las instituciones asilares de estas naciones, donde sus habitantes son agentes sociales activos, importantes y con un considerable peso político (García, 2006:235).

El *Estado de Bienestar* que estos países comparten, es un ejemplo clave para romper la condición de olvido-suspendido, en que los asilos y asilados mexicanos perviven y sobreviven, porque si se logra cambiar el papel social, cultural, histórico y político de los asilos nacionales, se estaría al mismo tiempo modificando el papel simbólico y sociocultural que los establecimientos asilares realizan en la actualidad, operación que truncaría el olvido en forma de suspenso, encargado de mantener a los viejos encerrados, silenciados e invisibles, porque el suspenso produce que el afuera olvide al adentro.

Esta conducta es nutrida por el adentro mismo, debido a que este último, aun sufriendo los embates que su opuesto le propina, sigue conduciéndose de la misma manera, con ello no se hace referencia a que los dos asilos en cuestión no cumplan con sus deberes morales y humanitarios con la población que atiende de forma óptima, pero sí se lanza una convocatoria a que nutran su proceder con otro tipo de prácticas e incursiones tanto sociales como políticas, para mediante esto ser considerados y tomados en cuenta a nivel nacional, movimiento que anularía el olvido-suspendido al que los viejos han sido relegados. En este decurso, si se logra modificar más que el funcionamiento, el espíritu y el papel que los asilos como institución tienen en la actualidad, no sólo se estaría

mejorando la calidad de vida de los ancianos del presente, sino que se garantizaría un envejecimiento digno para la vasta suma de pre-viejos y generaciones jóvenes que se acercan a la frontera de olvido que la tercera edad significa en nuestra época.

Para el efecto, García Ramírez propone como primer paso remover al asilo del terreno privado al público, por medio de la participación política y el cambio estructural del actuar cotidiano de dichas residencias, quienes deben transformarse de ser espacios utilizados sólo como centros que resguardan y cuidan a ancianos (donde la mayoría de las actividades que éstos realizan están enfocadas al esparcimiento y recreación) (García, 2006:236), a terrenos capaces de impulsar desde el adentro la participación de los viejos en el afuera. El surgimiento de movimientos emancipadores como la militancia política y la formación de actores sociopolíticos, sería factible con esa transformación (García, 2006:236); que fomentaría la tenacidad de los mayores de pugnar por sus derechos y romper el silencio que les fue impuesto, para posicionarse dentro de las estructuras estatales como sujetos de derecho, libres del olvido-suspendido que ahora los mantiene al margen, estáticos e imposibilitados de incursionar en los procesos históricos. La posibilidad de aniquilamiento de este suspenso, implica que los adultos mayores y la institución asilar tomen conciencia e intervengan de forma activa desde adentro para mostrarle al afuera su existencia y convertir a este afuera excluyente en un afuera incluyente, que tome en consideración la existencia del adentro, volviéndolo un espacio y destino amable para los ancianos, donde no gobierne el olvido ni la muerte social.

Esta transformación de las instituciones asilares a través de la militancia política, vindicaría el rol histórico de los adultos mayores asilados, porque una vez transformado el adentro como un espacio con preponderancia en el afuera, el asilo dejaría de ser un sitio saturado de aislamiento, soledad, depresión, pobreza y olvido social, lo que le permitiría abandonar su estadio de lugar de olvido y reclusión, para transformarse en un lugar verdadero, capaz de brindar a sus habitantes sentimientos de identidad, elementos relacionales y oportunidades de

incursión histórica (Augé, 1992:83). Ello confirma la vía política como una alternativa sólida para que esta institución y el grupo que alberga, alcancen un nivel de reconocimiento que posicione a estos centros como espacios visibles y a los ancianos como actores sociales activos.

Sin embargo, para lograr dicha empresa, el trabajo conjunto del estado, la familia y la sociedad, debe ser equitativo y verdadero, debe contemplar los requerimientos económicos y políticos propios de los organismos estatales, el apoyo moral, psicológico y anímico de la familia y, la modificación de las conductas culturales negativas que la sociedad no anciana inflige impunemente a los mayores como la discriminación y la gerontología, lo cual es posible mediante un cambio de cultura, cambio que esta investigación plantea a través de la estrategia de tres pasos, mediante la que se busca reincluir a los viejos en las esferas que estructuran la sociedad. En este entendido, para transformar el adentro como lugar real, el afuera debe intervenir activamente, porque esta misión no puede ser encomendada sólo a los asilos, porque como se ha descrito, a pesar de sus grandes esfuerzos son incapaces de brindar a sus residentes una calidad de vida adecuada, situación por la que deben ser apoyados, no sólo por el voluntariado que los mantienen a flote, sino por el resto de la comunidad.

El mejoramiento del papel y funcionamiento estructural de los asilos para cambiar el lugar social en el que se encuentran colocados, los convertiría en una alternativa de crecimiento, salud, bienestar, desarrollo y participación para la ancianidad. La incursión política de estas instituciones, que más allá de desarticular el olvido que las maltrata, las colocaría como espacios de memoria, en los que pueda gestarse una modalidad asilar distinta que represente en términos reales una alternativa de vejez positiva, que permita la participación de los mayores en los procesos sociales e históricos, dando paso a un adentro dinámico con presencia en el afuera, en el que los ancianos continúen existiendo.

CAPÍTULO V. Nuevos actores sociales: una manifestación de memoria

Este capítulo analiza el lugar social que los ancianos pueden ocupar en la sociedad contemporánea como nuevos actores sociales, tomando como punto de referencia las acciones social armadas (policías comunitarias) que los ancianos guerrerenses han emprendido en diversas zonas del Estado, con la finalidad de defender sus familias y, la soberanía de sus localidades, ante la ola de violencia producida por la delincuencia, mostrando que la población envejecida puede jugar un papel de suma importancia en la construcción de la realidad.

El olvido, entendido en clave de invisibilidad, exclusión, discriminación, aislamiento, maltrato físico y simbólico, cuenta con los recursos suficientes para anular y borrar del mapa público a todo un sector generacional (García, 2006:236), que lo hunde en otro olvido: el olvido económico que no es otra cosa que pobreza y pobreza extrema para los envejecidos. Estas políticas gerontocidas degradan su condición como sujetos de derecho, al confinarlos en el anonimato y la clandestinidad en sus múltiples formas de pervivencia. El olvido, se ha visto, cobra una dimensión mayor en los asilos y en los ancianos asilados del país. Ejemplos contundentes de cómo la práctica de olvido ejercida por el estado y la sociedad, es en el presente una de las determinantes básicas del proceso de envejecimiento, que sus protagonistas de manera usual describen como una etapa de decadencia, dependencia, soledad y pobreza, consolidando el olvido como uno de los malestares que más repercuten en la conformación física y psicológica de los ancianos.

Este preámbulo confirma indispensable la estrategia de tres pasos compuesta por el retorno, el suspenso y el reinicio de Augé (1998:65) porque una vez puesta en marcha, conduciría hacia la vindicación de los viejos en el presente. Sin embargo, este proceso global de revalorización del segmento longevo ha sido acelerado por los mismos viejos en determinados puntos geográficos del estado de Guerrero, donde han derrumbado la frontera simbólica del olvido, con embates de memoria y la implementación de un retorno positivo, mediante la toma de las

armas y su incursión en grupos de defensa de sus pueblos y policías comunitarias.

Esta operación puesta en marcha por los mayores guerrerenses, si bien no es una acción realizada con el objetivo de auto-reivindicarse, sí está enfocada en la tácita necesidad de recuperar la soberanía del presente, arrebatada por la delincuencia y los malos gobiernos. En ese tenor, si se analiza la militancia de los ancianos en las organizaciones sociales armadas, tomando como referencia que la construcción del sujeto social-cultural-político-histórico, está atravesada por los roles que éste ejerce dentro de la realidad y “a partir de su actividad comprometida con el *factum* concreto, con el contexto, y con la historia” (García, 2006:117), los ancianos transformados en agentes socioculturales activos dan vida a un “nuevo actor social”, que rompe las tipologías peyorativas que os reducen a “clases pasivas, jubilados, cesantes y pensionistas” (Moragas, 2004:157), transformando con ello, el papel de los viejos en la actualidad.

Esa manifestación memorosa encabezada por los viejos, no puede entenderse sino como un retorno positivo, en el que la sociedad mayor busca en los confines de su pasado, historia y memoria: las herramientas y las huellas del pasado (Benjamin, 1994:153), para poder hacer frente a la catástrofe que envuelve al presente, buscando continuamente posibilidades reales que les permitan seguir nutriendo el retorno que han logrado, y alcanzar los peldaños subsecuentes del suspenso y el reinicio para consolidar sus esfuerzos. Los ancianos guerrerenses, al tomar las armas, emprenden una doble acción de consistencia histórica: coadyuvar de manera decidida a enfrentar la crisis del presente, y romper, de manera violenta y hasta cierto punto inconsciente, el silencio y el olvido en que la sociedad y el estado los mantenía.

El ejercicio de la memoria como una alternativa emancipadora para los viejos, que una vez asidos a la aplicación del antaño en el presente, exponen la verdadera finalidad de la historia, basada en la usanza del pasado, se cristaliza sobre el *deber de memoria* propugnado por Ricoeur (2000:118), que Augé asume como la utilización consciente del conocimiento acumulado por la experiencia

social-humana en el tiempo en curso, “la historia no se caracteriza ni por el cambio ni por la acción llana y simple del pasado; se define por la recuperación intencionada del pasado en el presente” (2007:14). En las comunidades guerrerenses entonces, al acudir a la memoria colectiva, los que avanzan en edad están dando el paso inicial para la realización de la estrategia triple, que los posiciona nuevamente como sujetos activos, liberados del olvido que los maltrata y atormenta.

Que la vejez sureña emplee el *deber de memoria* en su favor, realza la fuerza que la memoria puede adquirir cuando es rescatada del pasado y es puesta fuera de los alcances del olvido, porque la memoria es capaz de brindar existencia al oprimido invisible y al anciano olvidado, por lo que esta manifestación del recuerdo aplicado, convierte a la fenomenología de la memoria (Ricoeur, 2000:123), en acciones concretas como las policías comunitarias; los movimientos armados que han permitido e impulsado la vindicación de los viejos en el nivel local.

Con la memoria ejercida a través de la militancia dentro de estas organizaciones (policías comunitarias) que han recurrido al pretérito para encarar el presente, las personas de la tercera edad han recuperado, sino a plenitud, sí en gran parte su peso y consideración social (García, 2006:117). La reaparición de los ancianos dentro del mapa público mediante la toma de las armas, es un punto de partida y un ejemplo clave para la reintegración de los ancianos a la vida activa. Sólo que para evaluar y poner en práctica este ejemplo, no es forzoso que los viejos formen parte de acciones sociales extremas, sino que sean capaces de organizarse y pugnar por sus derechos en conjunto, misión que debe ser apoyada por los demás sectores, debido a que, si es posible luchar por el bienestar y la emancipación de uno de los grupos más disminuidos, se está combatiendo a la vez por la seguridad del resto (Villoro, 1991:87); la siguiente cita de Ricoeur, podría refrendarlo:

Lo que hay que examinar es la relación del deber de memoria con la idea de justicia.

Primer elemento [...] es preciso recordar que entre todas las virtudes, la justicia es la que, por excelencia y por constitución, se dirige al otro. Se puede decir incluso que la justicia constituye el componente de la alteridad de todas las virtudes que ella sustrae al cortocircuito entre sí y sí mismo. El deber de memoria es el deber de hacer justicia, mediante el recuerdo, a otro distinto de sí.

Segundo elemento [...] ha llegado el momento de hacer intervenir un concepto nuevo, el de la deuda, que es importante no reemplazar por el de la culpabilidad. La idea de deuda es inseparable de la de herencia. Debemos a los que nos precedieron una parte de lo que somos. El deber de memoria no se limita a guardar la huella material, escrituraria u otra, de los hechos pasados, sino que cultiva el sentimiento de estar obligados respecto a estos otros... que ya no están pero que estuvieron.

Tercer elemento [...] entre estos otros con los que estamos endeudados, una prioridad moral corresponde a las víctimas. Todorov ponía en guardia anteriormente contra la propensión a proclamarse víctima y reclamar reparación indefinidamente. Tenía razón. La víctima de la que se habla aquí es la víctima que no es nosotros, es el otro distinto de nosotros. (Ricoeur, 2000:120).

La reaparición de los viejos muestra el positivo papel de la memoria en el presente; y de alguna forma, también alude a las teorías de la actividad, continuidad y medio social de Mishara y Riedel (2000:66), que destacan la importancia de que los adultos mayores se mantengan vigentes y ocupados en empresas edificantes que apoyen su salud física, emocional y social. Por lo que, el ejercicio de memoria realizado por los viejos y la participación social desprendida de los movimientos armados en los que se han organizado, conduce a la población longeva a alcanzar un estado de bienestar y a recuperar el sitio social que les fue arrebatado. En ese escenario de participación de los que avanzan en edad para enfrentar el clima de violencia que asola a las comunidades guerrerenses, las posibilidades que la memoria abre a su vez para ellos, constituyen el nivel “ético-político de la memoria obligada” (Ricoeur, 2000:117), en su estado dinámico conceptualizado como *deber de memoria*, deber que aboga por el deber-hacer justicia a los dañados por el olvido (Ibíd., 2000:120).

El Ángel de la historia... la fuerza mesiánica de los ancianos

Se ha abordado a la memoria como una de las principales alternativas para mejorar e intervenir en la decadencia del presente, tanto para la realidad social, como para la existencia de la sociedad envejecida, sin embargo, Todorov (2009:7) advierte que para ejercer la memoria no basta con recitarla, pues la memoria es una acción dinámica que debe ser promovida mediante su aplicación y puesta en práctica, porque sólo a través de este movimiento la memoria adquiere la fuerza para manifestarse y cumplir con su objetivo de *cambiar el presente* (Hoyo, 2013:410), corroborando que la memoria es un ejercicio social que si no es promovido es devorado por el olvido.

La memoria se encuentra ligada a la acción de *recordar*, que implica un esfuerzo de escudriño, porque recordar es “tener un recuerdo o ir en su búsqueda” (Ricoeur, 2000:20). Este *hacer memoria*, entendido como un acto a escala colectiva, sobrepasa la simple acción de resucitar memorias añejas, para convertir al recuerdo en un actor ontológico complejo, cargado de aprendizaje latente, que permita comprender la debacle del presente tomando como parámetro las victorias y derrotas del pretérito, para con ello sacar el mayor provecho de éste. Sentencia que expone el ideal de la historia, el cual menciona que; quienes “no pueden recordar el pasado están condenados a repetirlo” (Todorov, 2009:7), pronunciamiento que más allá de atacar al olvido, invita a los actores sociales a volver la mirada al pasado, gestión que si lograrse cumplirse despertaría la conciencia de amplios sectores sociales, como lo ha venido haciendo con las capas envejecidas de Guerrero.

Así, la participación de los viejos en los movimientos armados, muestra el compromiso de la memoria y el poder que ésta puede otorgar a los grupos sociales que la emplean, porque el solo hecho de hacer memoria invita a la superación de la tragedia actual, mediante la recuperación de los ideales, valores y conductas que moldearon el antaño, y que dieron existencia a las garantías con las que en el presente contamos, por lo que estas evocaciones de memoria son sin duda la piedra angular para el retorno positivo que buscan y necesitan los

ancianos, quienes en la actualidad carecen de un lugar preciso y estable dentro de la sociedad (Laforest, 1991:146), razón que vuelve urgente la aparición del retorno a nivel global, que estabilice y finiquite la situación de crisis social, cultural, política, económica e histórica que las personas de la tercera edad atraviesan. Para esto, el paso dado por los viejos guerrerenses mediante la toma de las armas abre una brecha vital para lograr la consolidación de la estrategia de tres pasos; sin embargo, esta no puede estancarse en el retorno, sino que debe continuar expandiéndose para dar cabida al suspenso estabilizante y al reinicio prometedor.

El hecho de que el primer paso de dicha estrategia haya sido ejecutado por los ancianos, no solo obedece a que este grupo sea uno de los principales afectados por el olvido social, sino también a otro tipo de caracteres que este sector presenta. Quizá estos caracteres resultan menos inmediatos que los fundamentales y que la propia vindicación que satura los objetivos de la estrategia de tres pasos, sin embargo, la dimensión del actuar sexagenario responde a las problemáticas que afectan a la comunidad en su conjunto, motivo que destaca la existencia de una *fuerza mesiánica* (Gandler, 2009:40), que habita dentro de la sociedad envejecida, que a través de la utilización del recuerdo y las armas intenta detener la catástrofe que abraza el presente, situación que Benjamin explica con la metáfora del “Ángel de la historia”, tesis que critica la situación actual y pugna por el reencuentro del pasado y su aplicación, para detener la destrucción sociocultural en la que la sociedad se encuentra y que tanto degrada la condición de las clases oprimidas dentro de las que destaca la tercera edad, Benjamin expresa:

Hay un cuadro de Klee que se llama Ángelus Novus. En él se representa a un ángel que parece como si estuviese a punto de alejarse de algo que le tiene pasmado. Sus ojos están desmesuradamente abiertos, la boca abierta y extendidas las alas. Y este deberá ser el aspecto del Ángel de la historia. Ha vuelto el rostro hacia el pasado. Donde a nosotros se nos manifiesta una cadena de datos, él ve una catástrofe única que amontona incansablemente ruina sobre ruina, arrojándose a sus pies. Bien quisiera él detenerse, despertar a los muertos y recomponer lo despedazado. Pero desde el paraíso sopla un huracán que se ha enredado en sus alas y que

es tan fuerte que el Ángel ya no puede cerrarlas. Este huracán le empuja irremediablemente hacia el futuro, al cual da la espalda, mientras que los montones de ruinas crecen ante él hasta el cielo. Ese huracán es lo que nosotros conocemos como progreso. (Benjamin, 1994:183).

La metáfora con la que Benjamin explica la calamidad que atraviesa la época contemporánea, posibilita la disección minuciosa del presente, empleando la historia como vía para analizar las raíces de los malestares que atormentan la realidad sincrónica en que ahora nos encontramos. Porque la alegoría del *Ángel de la historia* destaca que el pasado vive en reducidos espacios del presente, siendo atormentado sin pausa por los usos y abusos de olvido (Ricoeur, 2000:110), que en estos tiempos son empleados por los actores sociales, incluso de manera inconsciente, convirtiendo el legado histórico en ruinas que se erigen implacables.

Sin embargo, el mundo es un lugar que alberga memoria, donde el pretérito interactúa con el presente, aunque dicha interacción sea imperceptible para múltiples ojos humanos, este legado memoroso deja marcas imborrables e indestructibles hasta para el mismo tiempo, porque; “no hay un solo rincón en el que no hubiese dejado su huella quien lo habita” (Benjamin, 1994:153), por lo tanto, es inexistente el espacio y el momento, incapaz de no consolidar un recuerdo en la historia, porque de la manera que prevalecen los *lugares de memoria*, la personalidad social forjada desde tiempos remotos, continúa permeando las conductas actuales, que son ilustradas en fechas recientes a través de los movimientos armados en los que los viejos participan.

Es la memoria, por tanto, un proceder sensible que en el presente y contextos específicos, ha retomado rostros y tácticas pretéritas para resurgir, y encarar el momento de crisis que prevalece... sembrando con esperanza a aquellos que la aprovechan y aplican, porque al *hacer memoria*, se despierta una nostalgia social que avanza en dirección al pasado, porque es sólo al pasado donde la nostalgia puede dirigirse (Augé, 1998:99), donde pueden añorarse las garantías y alegrías que poseían las sociedades antiguas, de las que existen antecedentes y vestigios que dan cuenta de la soberanía propia de esos momentos.

Ese futuro repleto de incertidumbre, que no garantiza nada, y menos cuando no es proyectado desde un pretérito asimilado y un presente historiado, que articulen la sana aparición de un porvenir positivo, en el que haya cabida para aquellos desterrados del sistema generador de olvido y de olvidados; coloca a los militantes de las policías comunitarias en la misma posición del *Ángel de la historia* que mira hacia atrás, y que añora el retorno del antaño (Benjamin, 1994:183). A continuación, Gandler ofrece tres respuestas a la interrogante: ¿Por qué el Ángel de la historia mira hacia atrás?

Primero, porque epistemológicamente es inevitable y necesario mirar hacia atrás, o sea: el ángel no puede ver adelante y tiene que mirar hacia atrás para poder entender su entorno.

Segundo, porque ontológicamente el futuro no existe, ya que el ‘progreso’ no es una tendencia de acercamiento a un futuro mejor, sino de alejamiento del paraíso perdido; y porque el tiempo como algo homogéneo que avanza automáticamente, no existe.

Tercero, porque políticamente es necesario mirar hacia atrás [...] Además, mira hacia atrás para salvar la tradición, de la ocupación por los poderosos, porque las luchas se hacen por los muertos y vencidos de las generaciones anteriores y no por promesas del futuro. (Gandler, 2009:46).

Las razones por las que el Ángel de la historia tiene clavada la mirada en el pasado planteadas por Gandler, hacen comprensible su postura: el Ángel busca las huellas de aquellos “que ya no están pero que estuvieron” (Ricoeur, 2000:120), por lo que su gesto de volver la mirada representa una invitación social a recuperar lo perdido, operación que debe comenzar con el entendimiento del contexto y la situación de crisis que prevalece.

De modo consecutivo debe suscitarse a escala social, la ruptura que habita en la promesa falsa de tiempos venideros positivos, proposición empleada sin recato por el estado y los promotores de olvido, quienes utilizan al futuro como eterna promesa de tiempos posteriores saludables y como el fin de la debacle reinante. Mentira insustentable si se evalúa la marcada desvinculación actual entre pasado y presente, lo que imposibilita la aparición de un futuro saludable, porque en un presente gobernado por el olvido no hay cabida para un futuro íntegro, en el que

prevalezca la tradición (Gandler, 2009:46) y la cultura, sin que sean agredidas por el olvido que mina la cohesión social, deroga la memoria y anula la existencia de los grupos vulnerables, como el representado por las personas que han envejecido.

De modo que la toma de las armas no es otra cosa que la invitación aceptada a volver la mirada, para revivir el pasado en el presente y aplicar el conocimiento que este puede brindar para la consolidación de un futuro sólido, seguro, despejado de olvido, porque: “sobre la base del olvido no puede construirse el presente y mucho menos un futuro” (Mendoza, s.f.). Entonces, el que sea el sector envejecido uno de los actores principales de dichos movimientos, no representa una casualidad, debido a que en términos históricos los ancianos son los sujetos culturales más experimentados, los depositarios de las costumbres, el recuerdo y la tradición, lo que los convierte en los portadores de memoria de mayor trascendencia, con la capacidad de comparar el presente y pasado de forma vivencial, porque ellos han atravesado los dos tiempos y pueden evaluar las diferencias que en ellos radican. Ello confirma que son los viejos los veteranos de la cultura, quienes fungen como los portadores de memoria más importantes, que ante la catástrofe, han resurgido y mostrado la *fuerza mesiánica* (Benjamin, 1994:178) que parecía extinta, pero que aún pervive en ciertos grupos que en fechas recientes han expuesto su inconformidad por medio de policías comunitarias que luchan por la consolidación de un retorno que permita a la sociedad vivir con dignidad, acción cimentada sobre la recuperación de las huellas de los antepasados y la función de la fuerza mesiánica, que exige al presente el saldo que debe al pasado en forma de herencia (Ricoeur, 2000:120), deuda que el presente sólo puede cubrir con la adecuada aplicación del antaño en sí mismo, siendo este sí mismo nuestra época.

Los envejecidos organizados en tales movimientos armados, al igual que el Ángel de la historia, clavaron su mirada en el pasado y observaron cómo el andar voraginoso de la sociedad, la encaminaba sin remedio a su fin (Benjamin, 1994:183), razón que impulsó a este grupo a participar y promover la respuesta

social armada, empresa más que importante, urgente, ante la ola de violencia e inseguridad de sus contextos.

Los testimonios de adultos mayores que forman parte de las policías comunitarias, muestran cómo han puesto en práctica tanto el deber de memoria como el ejercicio aplicado de la fuerza mesiánica, dupla que resalta en las palabras y acciones de los ancianos entrevistados, que a petición de ellos sus nombres permanecerán anónimos, pero no así, su esfuerzo por recuperar el pasado, para intervenir en la mejora del presente.

Adulto mayor de 79 años

Las armas son [ahora] la salida, porque el gobierno no hace nada por el pueblo. Y de esa forma decirle a los jóvenes que el mundo no es éste, antes no era así... y no podemos dejarlo así antes de irnos, queremos que sea como antes para nuestros hijos y sus hijos... los jóvenes no saben porque no lo vieron, pero antes se podía vivir sin tener miedo, ahora no se puede salir a la calle porque te roban, te levantan... desde que estamos ya no se llevan a las mujeres para violarlas, porque antes no podía gustarle una porque luego luego se la llevaban, y si la mujer no quería pues mataban a alguien que ella quisiera como su novio, su papá, su hermano, hermana, esposo, lo que sea, pero lo hacían. Eso se acabó porque cuando nos levantamos eso se terminó, se fueron quién sabe pa donde, pero ya no se quedaron, porque teníamos armas.

Adulto mayor de 81 años.

Todo el pueblo estaba molesto por tanta y tanta maldad, así que se agarraron las armas, primero todos los que éramos campesinos, después llegaron las demás personas... y todos participamos. Hora todos nos cuidamos, ya se puede salir en la noche porque antes ni pensarlo, a las cinco de la tarde ya no había ni un alma, nadie, ni una gente y la gente dejó de hacer sus fiestas, porque luego luego llegaban los malillas a

llevarse el alcohol y a la mujer que les gustara, y pues ya, vieras que todo ha cambiado... De verdad, esto es peligroso, porque pues hasta el gobierno nos quiere matar como si fuéramos nosotros los delincuentes, pero esto es bonito, porque la gente se cuida entre ella y todo está bien... de lo que se trata es de que todos se organicen y junten sus armas y con eso... nosotros nos armamos cuando mataron nuestro tercer comisario, hasta ese momento ya no aguantamos y nos levantamos, lo hubiéramos hecho antes, pero no, ahora ya está mejor, mucho mejor.

Adulto mayor de 72 años

Miren, allá en Tierra (Colorada) pasaba igual, a todos nos tenían como conejos, bien acobardados, no podía uno salir ni por el ganado. Pero nos empezamos a reunir, a juntar las armas que teníamos, ¡pero armitas! no vayan a decir que de las poderosas que tienen ellos, ¡no!, viejitas, sencillitas, hasta cuascleritas (armas de manufactura casera) Que nos organizamos, unos de día, otros en las noches, revisando los caminos, cuidando las entradas. Unos pues, a la vista, preguntando con todo respeto ¿para dónde vas? ¿de dónde vienes? vamos a revisar tu camioneta, tengan la bondad de bajarse, y así, todos los que pasan están de acuerdo, la gente de bien... ¡No! otros no. ¡Claro!, nos emboscamos para cuidar a los que están en el puesto de revisión (en el retén, al descubierto), y así, luego luego acabamos con el robo de camionetas, las extorsiones. Yo les recomiendo que se organicen, aunque sea unos cuántos, que junten cada uno sus armitas, ¡si no son tan valientes...! (los delincuentes).

Si vieran qué bonito es vivir sin miedo, andar libre otra vez por el campo...

Adulto mayor de 68 años

Aquí no va a llegar (la delincuencia) y estamos en el mero paso para Olinalá (corredor del Alto Balsas hacia la región Montaña de Guerrero),

para Puebla (corredor de la región Norte de Guerrero hacia Matamoros, Puebla), porque estamos organizados, luego luego nos avisamos cuando pasa gente que no es de por aquí. Hacemos varios chiflidos, uno nomás para avisar que hay algo. Otro, para la alerta, y si es necesario, otros están listos para tocar la campana. Ya sabemos que todos deben salir cuando oigan algo. Conocemos bien a los que pasan, comerciantes. A los muchachos que andan fumando (mariguana) los agarramos, les damos consejos, aunque no seas su familia. Nos hacen caso porque saben lo que sigue (confinamiento en penal no formal, ostracismo). Aquí en el pueblo casi no hay (drogadictos), unos dos o tres que andan por ahí, que agarraron el vicio por allá donde andaban. Pero aquí no, saben que los andamos cuidando, que cualquiera les puede decir algo (amonestarlos).

Adulto mayor de 77 años

Aquí ya tarda que nos cuidamos, desde que vinieron unos a llevarse la hija de una mujer sola. Todos decían que no era cierto, que de por sí eran novios, pero la mujer que nos contesta bien enojada, “¡Ora andan diciendo que era su novio! ¿cómo van a ser novios? Si miya ni lo conocía. Así van a empezar, así empezaron con los de Mezqui (Mexquitlán) se llevaron a dos (jovencitas) y no hacían nada. Si ustedes no tienen güebos vamos a vigilar las mujeres (madres de familia), o qué, ¿quieren esperar que se lleven las tuyas para ver qué hacen?” Yo de por sí los andaba animando, pero ya con eso que pasó a la carrerita...

Estos testimonios de ancianos guerrerenses militantes de movimientos armados, ilustran el surgimiento de un retorno positivo, que recupera el *pasado perdido* (Augé, 1998:65), para consolidarlo dentro del presente y virar el curso que este ha adoptado. Debe entenderse que el retorno no simboliza la presencia de un recuerdo vengativo, sino, el de un recuerdo que exige justicia (Ricoeur, 2000:120), para aquellos que han sido víctimas del olvido, y de otras injurias como la delincuencia, narcotráfico y malos gobiernos. Es el retorno positivo un mecanismo para mejorar el presente, que utiliza a la memoria como una salida

de la debacle, no como una operación vengativa que resurge del pasado para agredir el presente (Todorov, 2009:7).

Se debe entender que los objetivos del retorno radican en la justicia promulgada por el deber de memoria, no en una venganza ciega como aquella que Alejandro Dumas expone en El Conde de Monte Cristo, basada en el regreso tempestuoso de Edmundo Dantés, joven humilde, que después de ser traicionado, encarcelado y olvidado, retorna del pasado vuelto Conde, para invadir el presente con un pretérito furioso, decidido a destruir el tiempo en curso y recuperar con violencia lo que le fue arrebatado analogía que describe el arribo de un retorno negativo (Augé, 1998:73); pero que el retorno positivo no sea una figura de memoria caótica, no implica que no tenga la eficacia buscada o que no posea manifestaciones ardientes, como lo exteriorizan los movimientos sociales guerrerenses, que buscan el retorno de la armonía a sus comunidades por medio de las armas. Esto implica que el retorno, para ser empleado de manera correcta, debe tener en cuenta que la finalidad de recuperar el pasado en el presente, no es destruir con el pasado el presente. Por tanto, el retorno no debe olvidar, pero si está obligado a resignificar los tiempos de heridas y flagelos precedentes, para poder intervenir de forma correcta en el presente, de lo contrario se estaría creando sólo el resurgimiento de un recuerdo *ontológicamente monstruoso* que no alcanzó la re-significación (Augé, 1998:76), ni el perdón, entendido este último como un proceso de duelo, que recuenta las pérdidas, para poder recuperarlas y recomponer el camino actual que no garantiza nada (Ricoeur, 2000:101).

No perder de vista estos elementos (indispensables) para la consolidación de un retorno feliz, es una tarea fundamental, porque el retorno es el primer paso de la estrategia de tres, y si no es posible formular su óptima consolidación dentro del presente, ninguna de las otras dos figuras podría siquiera salir a escena. Esto convierte al retorno en el episodio de mayor importancia dentro de la trilogía memorosa, por lo que cuidarlo desde su origen y apoyarlo con prácticas socioculturales adecuadas que lo fortalezcan, debe ser una prioridad, para que el retorno se convierta en suspenso y el suspenso en reinicio, momento en el que

se alcanzaría la vindicación de los viejos no sólo a nivel local, sino nacional, logrando un estado de bienestar real (García, 2006:117), que garantice la continuidad de los resultados proporcionados por la estrategia de tres pasos, lo cual debe traducirse en una vejez digna para los actuales y futuros ancianos.

Nuevos actores sociales...el ejercicio de la memoria

El resurgimiento de los ancianos dentro del contexto público, no podía presentarse de modo ideal sino pragmático, porque el ejercicio de la memoria es dinámico, voluntarioso y presenta caracteres tenaces que al enfrentar el olvido despiertan conflictos (García, 2006:168), debido a que éstos se oponen a los esquemas de olvido promovidos por el poder, con el encargado de implantar una imagen pasiva de los viejos, dando como resultado una visión sociocultural negativa de este grupo, que más allá de la dependencia real que presenta (Moragas, 1999:17), ha sido privado de su autonomía y se le ha negado el derecho a participar en las esferas que conforman el mundo social; sin embargo, a través de su reaparición por la vía armada, dicho sector se ha recolocado dentro de las capas poblacionales activas, mostrando el poder de la memoria cuando es traída al tiempo en curso.

Este drástico viraje que ha dado la ancianidad guerrerense al proceso de envejecimiento en tiempos recientes, modifica el papel de los envejecidos en la actualidad, debido a que su re-incursión dentro de los terrenos públicos, muestra la fuerza mesiánica (Benjamin, 1994:178), que los ancianos poseen cuando deciden despojarse del manto de olvido que los oculta, lo que origina una recolocación de los viejos como *nuevos actores sociales*, que se despojan de las denominaciones impuestas por la sociedad no anciana, quien ha creado terminologías peyorativas para denigrar a este sector, mismas que proyectan la empobrecida visión que prevalece en otros grupos generacionales respecto a las personas que han avanzado en edad.

Es en ese sentido que la movilización armada ha permitido que los ancianos se desprendan del estigma de no-existencia (García, 2006:119), del estadio de NO-

SER, conceptualización sociocultural que connota nulidad y muerte social, no sólo para los viejos, sino también para las inmensas capas poblacionales excluidas —discriminadas, desempleadas y empobrecidas— que conforman un mundo alterno, dentro del mundo contemporáneo que lucha por borrarlos.

Así, el que los viejos del ahora hayan tomado en sus manos el ejercicio práctico de la memoria, mediante la movilización y la promoción de movimientos sociales armados, para hacer frente a la época de crisis, destaca la posibilidad de emancipación que los ancianos han creado por medio del retorno (Augé, 1998:65). Entonces, la manifestación de memoria encarnada por los viejos, expone la importancia del pasado en el presente, haciendo el papel de brújula social, en función de que recupera conductas y tradiciones del antaño, para lograr una organización social renovada, como vía transitoria para el mejoramiento actual, y en aras de transformar el retorno logrado en un suspenso de calma (Ibíd.), que permita la solidificación de los triunfos obtenidos hasta el momento.

Queda demostrado que la edad avanzada por sí misma, es incapaz de mermar los deseos de participación de los individuos dentro de los ámbitos sociales, políticos, económicos, culturales e históricos; su anulación no es infligida por ellos, sino por los no viejos, si faltara agregarlo. Por tanto, la condición de vejez resulta exigua para englobar y definir a las personas que la cursan, lo que permite discernir que el envejecimiento es más influido por los patrones sociales que por los biológicos o cronológicos, porque si bien el paso del tiempo disminuye las capacidades físicas y psicológicas de manera gradual en los sujetos, no hay razón para que este mismo factor, signifique un “receso en la participación social” (Laforest, 1991:39), de los mayores, ello permite deducir que las imposiciones sociales respecto al sitio que los envejecidos pueden ocupar son inadecuadas.

Las acciones social-armadas emprendidas por este grupo, muestran la capacidad de los ancianos de anular el olvido que los mantiene en los márgenes de la sociedad, lo que exhibe que el proceso de envejecimiento está delineado por *fronteras simbólicas* que demarcan el presunto lugar social de sus protagonistas, sin que estos sean considerados (Augé, 1998:18). Sin embargo,

la ruptura de dichas fronteras mediante la militancia de los ancianos en los movimientos armados, empieza a modificar la visión que predomina sobre este grupo generacional, volviendo nítida la existencia de estas barreras erigidas para limitar su incursión en el plano público, imposiciones que obviaron la fuerza social y política de los viejos una vez organizados.

Este empoderamiento memoroso de la comunidad longeva, se opone a las prácticas nocivas que la sociedad y el estado infligen a los envejecidos, sea a través de políticas gerontocidas que destruyen su lugar dentro de la sociedad, o por conductas sociales insanas como el edadismo y la gerontofobia, las cuales minan la pertenencia de los ancianos con su edad, motivo por el que esta manifestación de memoria coloca a los mayores como nuevos actores sociales que se perfilan para ocupar nuevamente el sitio social del que fueron privados (Laforest, 1991:150). Este nuevo actuar de los viejos, anula el control que el estado y la sociedad han tenido sobre ellos, para gobernar ellos mismos su destino, liberándose del estigma de nulidad y *muerte social* decretada por los no ancianos, por medio de la intervención activa, dejando claro que el ejercicio del poder no es exclusivo de grupos quinquenales específicos (Foucault, 2012:42), sino de aquellos que lo emplean, como lo han venido haciendo los ancianos guerrerenses por medio de las armas.

Por tanto, es el presente un momento de transición, en el que los envejecidos buscan reconocimiento social, y ser parte de los procesos globales que involucran al resto de los sectores, como poblaciones de derecho, donde su lugar sea estable y gocen de las garantías institucionales que por derecho les corresponden, mismas que les allanen el acceso a una existencia digna, fuera de los alcances del olvido. No debe olvidarse que la evolución de los actores sociales debe ajustarse a las normas que la misma comunidad ha impuesto para su supervivencia (García, 2006:169), pautas que han sido roturadas por las personas de la tercera edad con la toma de las armas. Entonces ¿Cómo puede explicarse la pertinencia de dichos movimientos armados, en los que militan los viejos, si éstos rompen el equilibrio? Para responder a dicha interrogante, esta

debe ser desglosada con precaución, y comprender que la movilización que los viejos encarnan, representa una respuesta a un momento de crisis, que denuncia el incorrecto proceder del estado, que no garantiza el bienestar de los sectores que lo conforman, motivo que invita a analizar las problemáticas que cursa la ancianidad, al igual que las medidas que el estado realiza para subsanarlas. Para abordar esta temática, se esboza la conceptualización de estado de Hegel, en la que se puntualiza la función que éste debe ejercer, para y con los individuos que le dan vida.

El estado es la sustancia ética consciente de sí, la reunión del principio de la familia y de la sociedad civil; la misma unidad que se da en la familia como sentimiento del amor es la esencia del estado, la cual, sin embargo, mediante el segundo principio del querer que sabe y es activo en sí, recibe a la vez la forma de universalidad sabida. Ésta, como sus determinaciones que se desarrollan en el saber, tiene por contenido y fin absoluto de la subjetividad que sabe; esto es, quiere por sí esta racionalidad. (Hegel, 2011:207).

En esta definición filosófica destacan caracteres como “la sustancia ética, la familia, el amor y la razón”, pero como es evidente, en el estado vigente, estos conceptos son ajenos y se encuentran lejos de ser aplicados, circunstancia que en forma contundente ilustran las políticas gerontocidas que de alguna forma representan la respuesta que el estado otorga a las demandas y necesidades de uno de los sectores más vulnerables y desprotegidos de la modernidad; lo que resalta el profundo desinterés hacia el sector de éste en el presente, por lo que esta invocación de pasado que hacen los ancianos a través de las armas no carece de pertinencia, debido a que este acto obliga al estado a volver la mirada y responsabilizarse de aquellos olvidados por el sistema.

Lo que convierte a las armas en la vía efectiva que los viejos han adoptado para lograr reconocimiento dentro de las estructuras sociales, porque después de décadas de olvido y silencio, una manifestación pasiva y respetuosa de las reglamentaciones estatales, carecería de relevancia, como ocurrió con las marchas y mítines que las personas de la tercera edad protagonizaron por la suspensión del programa Pensión Guerrero, en Acapulco en 2013; movimientos

que fueron ignorados por la administración de ese tiempo, que se limitó a dar discursos vacíos que prometían enmendar dicha cancelación, sin realizar ninguna acción real que diera solución al momento adverso que los ancianos cursaban.

En vista de ello, las armas representan el medio que los ancianos guerrerenses han acogido para liberarse del olvido que los encapsula como clases pasivas, no como el fin de sus demandas. Porque las armas son un estado de transición con el que los viejos buscan y exigen consideración por parte del estado como sujetos de derecho. Son estas manifestaciones armadas lo que ha transformado a la sociedad longeva en *nuevo actor social*, que enfoca sus esfuerzos a conquistar espacios “público-políticos utilizando múltiples recursos para alcanzar un nivel de reconocimiento” (García, 2006:173), que los coloque fuera del olvido social que degrada su condición de ciudadanos.

Las acciones realizadas por los viejos son una manifestación de memoria, que a través del deber de memoria, la fuerza mesiánica y la mirada entristecida del Ángel de la historia, buscan la rehabilitación del presente. Que los viejos hayan tomado a través de las armas el control de sus comunidades, muestra cómo los actores sociales, son los productores de la realidad que habitan (Benjamin, 2004:20), porque esta movilización colectiva, más que liberar a los viejos del olvido, recupera la soberanía de sus contextos. Son los viejos, actores sociales consientes, quienes con la memoria enfrentan la barbarie del presente, considerando que el esfuerzo memoroso orquestado por la propia sociedad siempre poseerá la “tendencia correcta” (Benjamin, 2004:21), porque éste deviene del corazón sensible de la cultura del pueblo, que levanta la voz para exaltar su existencia e inconformidad.

La creación de una nueva dinámica societal, a partir del empleo de la memoria como experiencia sensible, que represente un movimiento de resistencia ante el mal dirigido poder, capaz de recordar, incluir y hacer visibles a todos los grupos que conforman la sociedad, es una operación que sobrepasa el sentir rabioso que promulga la fenomenología de la memoria (Ricoeur, 2000:123), para cumplir

con los objetivos memorosos que el deber de memoria almacena, porque la misión de la memoria “no es dar cuenta sino combatir; no consiste en hacer de espectador sino en intervenir activamente” (Benjamin, 2004:26), para revertir los daños que el olvido ha ocasionado a las poblaciones vulnerables, a aquellos a los que la teoría del olvido describe como; “los grandes olvidados del proceso de civilización”, por lo que la aplicación de la memoria es una empresa que vindica a los oprimidos por el olvido, quienes buscan en el pasado una alternativa que les permita cambiar el presente y proyectar un futuro saludable, como lo han venido haciendo los ancianos guerrerenses por medio de la estrategia de tres pasos que han emprendido en los últimos tiempos.

Se ha mostrado como la memoria puede fungir como directriz de la sociedad, y cómo ésta cuenta con la capacidad de invertir las debacles que prevalecen en el presente para la consolidación de un futuro promisorio. Dicho abordaje ha sido realizado de manera incluyente, tomando en consideración la presencia de las clases subalternas, grupos minoritarios y poblaciones vulnerables, pero de manera específica en el grupo conformado por las personas de la tercera edad, segmento que utilizando la memoria ha logrado *autoconstruirse* socioculturalmente (García, 2006:237), abandonando el estadio de olvido en el que se alojaba, y vindicándose como un nuevo actor social, que se perfila para lograr su emancipación y ocupar un lugar estable dentro de los terrenos públicos.

Por lo tanto, este ejercicio memoroso que los viejos han encarnado, abre nuevos puntos de análisis y reflexión respecto al papel que la sociedad envejecida puede jugar dentro del estado, y cómo éste ha relegado al olvido a este sector generacional; situación que muestra que para derrocar al olvido que oprime a los empobrecidos, excluidos y envejecidos, es indispensable acudir a la memoria, dado que esta posee la tenacidad de contrarrestar los agravios provocados por los usos y los abusos de olvido (Ricoeur, 2000:82), incansables servidores de los intereses gubernamentales y privados, encargados de denigrar la salud y el bienestar de los sectores que conforman la sociedad. De modo que la capacidad de hacer memoria y recordar, actuando con base en lo recordado, es lo que ha

permitido a la ancianidad guerrerense colocarse como los promotores del retorno social (Augé, 1998:65), que aboga por sus derechos como ciudadanos y por el mejoramiento de la realidad.

Es un hecho que no existe comunidad histórica que no haya nacido de una relación, que se puede llamar original, con la guerra. Lo que celebramos con el nombre de acontecimientos fundadores son, en lo esencial, actos violentos legitimados después por un Estado de derecho precario; legitimados, en definitiva, por su antigüedad misma, por su vetustez. De este modo, los mismos acontecimientos significan para unos gloria, y para otros humillación. A la celebración por un lado, corresponde la execración del otro. Así se almacenan, en los archivos de la memoria colectiva, heridas reales y simbólicas. (Ricoeur, 2000:111).

Comprender que la memoria es el refugio del pasado y el eje vertebral sobre el que debemos seguir construyendo la historia, permitiría sanar la mirada del Ángel que no deja de mirar hacia atrás... (Benjamin, 1994:183), porque si algo desea el Ángel de la historia, es la oportunidad de retornar al pretérito, para suspender el tiempo en un momento digno de ser vivido, para de esta manera reiniciar (Augé, 1998:96), volver a empezar de una forma distinta y mejor, liberando a la memoria de los abusos de los que ha sido víctima, y formando dentro de la sociedad una *memoria feliz* (Ricoeur, 2000:641), que le permita reconocerse a sí misma a través del tiempo, y así rescatar de la oscuridad a aquellos olvidados, que subsisten día a día bajo los estigmas de la muerte social... cometido que resalta la misión del *deber de memoria*, que no busca más que justicia.

CAPÍTULO VI. Hablemos de olvido

El presente capítulo desarrolla una discusión teórica del olvido, retomando ejemplos puntuales de los capítulos antecesores, con la finalidad de mostrar de manera concreta las repercusiones que el olvido social tiene sobre poblaciones vulnerables, dentro de las que destaca la tercera edad, mostrando de manera paralela cómo este olvido, que subsume a la población envejecida en la muerte social, puede ser revertido con la creación de una cultura del envejecimiento, donde los ancianos puedan continuar vigentes y formando parte de la trama sociocultural.

A lo largo de la presente investigación fueron expuestos los malestares que el olvido produce en la sociedad, mismos que acentúan sus repercusiones sobre poblaciones específicas, aquellas denominadas vulnerables que subsisten bajo estigmas de no existencia, imposibilitadas de dar cubrimiento a sus necesidades fundamentales, anuladas de participar con plenitud en los procesos sociales, culturales, económicos, políticos e históricos que conforman la realidad y el mundo. Panorama visible en la capa de población envejecida, segmento generacional que ocupa uno de los sitios menos afortunados en el presente.

No puede perderse de vista que, en la época contemporánea, el periodo vital denominado tercera edad ha prolongado su duración, circunstancia definida por el incremento en la esperanza de vida logrado por el ser humano en las últimas décadas, alargamiento no siempre favorable para quienes atraviesan este ciclo vital, sobre todo para aquellos que lo cursan bajo condiciones de olvido social, elemento encargado de derogar la presencia social del segmento envejecido, al lanzarlo fuera de las esferas que estructuran la vida pública del país.

Resulta importante destacar que en la actualidad el envejecimiento poblacional representa un fenómeno demográfico que se incrementa de modo sostenido, situación que en los últimos decenios, más que engrosar la cúspide de la pirámide de población, ha modificado la figura de los ancianos a nivel global, grupo que lejos de ser contemplado como aquel conformado por sujetos experimentados es

visualizado como un “problema público”, que es eludido por el estado y la sociedad a través de la no-memoria y el olvido.

Es el olvido, por tanto, una de las problemáticas más severas que los viejos enfrentan en el presente, tiempo que en el siglo XXI muestra marcadas deficiencias para forjar memoria, instancia ejemplificada por la escasa valorización de los ancianos, quienes representan en la actualidad los veteranos de la cultura y uno de los segmentos quinquenales más desprotegidos de la sociedad, motivo que ilustra que quien ahora gobierna es el olvido y la indiferencia que reproduce.

Esta incapacidad de concebir significantes dentro del tiempo que transcurre, responde a las dinámicas inmemoriales que se desprenden de las figuras de olvido (retorno, suspenso y reinicio), quienes impiden el surgimiento de la memoria a nivel colectivo y fracturan el desarrollo de los grupos marginados, excluidos y empobrecidos en los que se encuentra la tercera edad. Estas modalidades de olvido delinean las condiciones de existencia de los viejos, cuya consideración social tiende a menguar al paso del tiempo.

La primera de estas figuras es el retorno, forma de olvido que enmascara su proceder bajo la premisa de “recuperar el pasado perdido” (Augé, 1998:65), porque esta acción de recuperar el pasado, a pesar de tener como finalidad la búsqueda de memoria solo es olvido. Porque el retorno viaja al pasado para evadir el presente, y no aplicar de forma alguna los hallazgos del pretérito en el tiempo que transcurre. Esta modalidad de olvido es empleada con regularidad en el discurso político para legitimarse y promover su aceptación social, donde el estado emplea la recuperación del antaño como promesa de mejorar el presente, comprometiéndose a recuperar aquellos tiempos en los que los viejos gozaban de prestigio y consideración social, sin realizar de forma alguna operaciones que permitan alcanzar tales metas, por lo que este empleo del pasado en el presente solo elude el presente con la figura positiva del pasado, dejando a los viejos en el mismo estadio, consolidando así su acto de olvido.

En segundo plano se localiza el suspenso, figura que reside el presente y pondera a este tiempo como momento único. Debido a que el suspenso anula los vínculos del presente con los demás tiempos, impidiendo que el presente recuerde el pretérito del que proviene y el futuro que puede construir, convirtiendo al presente en el tiempo del olvido, porque si el presente es colocado como momento único y totalitario este impide que los momentos trasciendan porque estos son vividos en puro presente (Ricoeur, 2000:645). Este rostro olvidadizo es quizá el más constante, porque es el presente el tiempo en el que el olvido se conjuga y reconfigura, debido a que es posible olvidar en él o en tiempos antecesores sin embargo, el olvido se encuentra latente en el tiempo que atraviesa.

Las repercusiones del suspenso para el caso de los viejos son divisables en la reducida valoración que ostenta este grupo en el presente, momento en que han perdido su lugar del pasado de “sabios, ricos en experiencia, guardianes de las tradiciones y portadores del saber”(Cordero, et al., 2003:11), para ser colocados en el presente sobre planos olvidadizos incapaces de dilucidar un futuro distinto para este grupo, porque el presente que viven se encuentra divorciado de los tiempos que lo encasillan, debido a que dicho presente se encuentra imposibilitado de producir cambios y alterar el curso que ha adoptado, porque cuando se vive sólo el presente el tiempo se encuentra varado e inhabilitado de buscar cambios que lo liberen de tal estaticidad. Vivir en condiciones de suspenso es vivir sobre planos olvidadizos truncados de dilucidar cambios positivos. Que los viejos envejezcan bajo tales condiciones los coloca en terrenos inmemoriales que degradan su lugar y presencia sociocultural.

El reinicio es la tercera figura de olvido, misma que puede ser interpretada como un olvido forzoso que agrede a la memoria colectiva a través del recomienzo, debido a que el reinicio produce comienzos incesantes que truncan la solidificación de los recuerdos, imponiendo como doctrina dejar atrás el pasado y presente para dar cabida a un nuevo futuro como momento renovado que se perfila a nuevos horizontes (Augé, 1998:67). Sin embargo, este abandono del

pasado y presente imposibilita la aparición de un futuro positivo, debido a que si el futuro no es respaldado por el pasado y presente que lo proyectan, el surgimiento de un futuro saludable no es posible. Por lo que el reinicio solo es olvido y se encuentra inhabilitado de alcanzar un adecuado futuro.

Las modalidades del reinicio se encuentran presentes en las acciones políticas que el estado dirige a los ciudadanos, por medio de la promoción de nuevos principios que invitan a la sociedad a olvidar los tiempos pasados y el presente que fluye, para dar cabida a un nuevo comienzo despojado de los malestares que permean el pasado y el presente, siendo que es esta operación de dejar de lado el pasado y el presente lo que consolida el proceder inmemorial del reinicio, porque si estos tiempos son olvidados se olvida a la par el aprendizaje que estos poseen, resultado que busca el reinicio para concretarse. A causa de que la finalidad del reinicio, es reiniciar a la sociedad, con la promesa de un principio saludable, para que esta olvide, con tal mecanismo, los antecedentes que la colocaron en la situación en que se encuentra.

La sociedad envejecida enfrenta los malestares de esta figura con regularidad, debido a que en cada cambio de régimen político son modificados los programas destinados a su atención por la administración entrante, quien al tomar el cargo promete crear nuevos programas para mejorar las condiciones de existencia de la población mayor, desechando los anteriores. Mecanismo que es en sí mismo una modalidad de reinicio, porque al realizar tal acción no se evalúan las eficiencias y deficiencias de los programas antecesores, solo se implanta uno nuevo, mismo que al carecer de los antecedentes arrojados por los programas que le antecedieron se encuentra destinado a no mejorar nada, porque su base es olvido. Olvido disfrazado de un principio promisorio, mismo que proyectan a los viejos para mantenerlos pasivos hasta la llegada del siguiente reinicio.

Este olvido encarnado en figuras y prácticas inmemoriales, devasta a los grupos marginales en los rubros sociales, culturales, económicos, políticos e históricos, al colocarlos sobre planos no visibles, no considerables, terrenos que convierten en inexistentes a los sujetos que en ellos se encuentran, siendo el grupo

conformado por las personas de la tercera edad uno de los grupos que padecen con mayor frecuencia los efectos de este malestar: el olvido.

El olvido repercute en los ancianos de múltiples formas. Dentro de los ámbitos sociales y culturales destacan las conductas nocivas que la comunidad no envejecida dirige a los viejos como la gerontofobia y el ancianismo, mecanismos socioculturales de discriminación y segregación contra la sociedad mayor. Estas modalidades de exclusión no solo dañan la imagen de los ancianos dentro de los contextos sociales, sino que terminan incidiendo en el proceso de envejecimiento, convirtiéndolo en una etapa marcada por la muerte social, estadio que puede ser entendido como olvido social, debido a que la muerte social significa para este grupo la pérdida de su presencia y consideración en los planos públicos y la toma de decisiones, escenario que da pauta a la existencia de otros malestares de la misma índole como la depresión y la falta de pertenencia de los viejos con su edad (Warner & Willis, 2003:464).

Este olvido se vuelve tangible en la pobreza y pobreza extrema en la que un amplio porcentaje de este sector poblacional subsiste, siendo la ausencia de un rol económico estable, una de las manifestaciones de olvido que más repercuten en el bienestar y la seguridad material de los sujetos envejecidos. La privación de incursionar en los planos monetarios para los ancianos encarna un olvido económico que mina su presencia dentro de los espacios vitales, convirtiéndolos en individuos dependientes, incapacitados de subsistir por si solos, situación que potencia el surgimiento de otras problemáticas que involucran a la familia, institución que en muchas ocasiones se encuentra imposibilitada de apoyar a sus miembros envejecidos, por lo que estos terminan por convertirse en una carga para sus consanguíneos (Robles, et al., 2006:155), quienes por lo general se encuentran bajo condiciones dinerarias de infrasubsistencia que les impiden otorgar cualquier tipo de ayuda a sus viejos.

Esta negación al ejercicio laboral para la sociedad mayor, despierta comportamientos económicos subterráneos que se alojan dentro de las economías no formales e informales, como el ambulante, la limosnería y el

pepenaje, empresas en las que los viejos constantemente depositan sus esfuerzos y esperanzas, debido a que una vez expulsados del mercado de trabajo formal se ven obligados a buscar otras alternativas económicas que les brinden la oportunidad de allegarse de recursos dinerarios que les permitan cubrir sus necesidades fundamentales.

Dichos mecanismos laborales adoptados por los ancianos exponen como el olvido económico padecido por los viejos impide que estos accedan a una vejez saludable, lo que posiciona al olvido como uno de los mayores obstáculos para la consolidación de la vejez feliz, estadio ajeno a los ancianos en condiciones de pobreza, limitante que los orilla a cursar este periodo con marcadas dificultades y bajo los flagelos de la no-memoria. Porque el olvido económico muestra el deslindamiento del sistema y el estado hacia aquellos que han envejecido, a quienes cubre con olvido al negarles casi cualquier oportunidad de desarrollo y al colocarlos en sitios desprovistos de consideración social, negando a sí la presencia de esta comunidad de vida: los viejos (García, 2006:277).

Este mismo olvido se encuentra latente al interior de los contextos asilares, espacios que los viejos habitan de manera cuasi general de modo obligado y por la inexistencia de otra alternativa. Estas instituciones encarnan una figura de olvido para los ancianos internos, quienes una vez adentro se encuentran afuera de la vida pública y privados de participar en los terrenos sociales, culturales, económicos, políticos e históricos a causa del confinamiento en que se encuentran.

Lo que pondera a los asilos, como sitios expulsados de la memoria colectiva, donde los viejos se encuentran anulados de toda incursión social, y bajo los estigmas de la muerte social, denominación que connota nulidad e inexistencia para los ancianos asilados, panorama que exhibe que el olvido es una de las constantes que acompañan el proceso de envejecimiento, convirtiéndolo en una etapa de pocas satisfacciones para sus protagonistas, en especial, para aquellos que se encuentran inmersos en los contextos asilares, espacios carentes de memoria, que fungen como sitios inmemoriales en los que se ubican aquellos

sujetos que extraviaron su participación y consideración social, volviendo a los asilos marcos espaciales de olvido que convierten a sus resguardados en sujetos olvidados como consecuencia de la anulación social que el internamiento asilar connota para sus residentes.

Vistos los rostros y las modalidades en las que el olvido se manifiesta puede comprenderse que éste no significa un elemento puramente fenomenológico que se concentra sobre los objetos ideales (Schutz, 1962:119), sino que tiene severas repercusiones en los ámbitos materiales, debido a que el olvido moldea las conductas sociales que dirige la sociedad no anciana sobre los viejos, así como los comportamientos económicos y las oportunidades de desarrollo a las que este grupo puede acceder. Por tanto, para mejorar las condiciones de existencia de los ancianos debe combatirse el olvido que los contiene, misión que puede ser lograda con la inversión de las figuras y modalidades de olvido que en el presente moldean el proceso de envejecimiento.

Empresa que remonta a la estrategia de tres pasos que tiene como finalidad modificar el funcionamiento inmemorial de las figuras de olvido (retorno, suspenso y reinicio), que en la actualidad degradan la presencia de los viejos a nivel global, convirtiéndolas en figuras memoriales, que una vez concatenadas den cabida a la aparición de conductas familiares, sociales, culturales, económicas, políticas e históricas sanas con y para este grupo, permitiendo la aparición de una modalidad de envejecimiento distinta en la que los viejos continúen siendo parte en la construcción de la realidad y el mundo.

Esta estrategia parte con el retorno positivo, quien al “recuperar el pasado perdido”, rescata del pretérito las conductas sociales saludables con la comunidad envejecida para aplicarlas de forma tácita en el presente, logro que debe ser estabilizado por el suspenso para consolidar los esfuerzos del retorno, porque el suspenso es quien dará estabilidad al mérito alcanzado por el retorno, manteniendo sus logros vigentes y estables al paso del tiempo para que este consolide su existencia, y de paso al reinicio, a un nuevo comienzo, comprendido este como un momento socio-histórico adecuado, surgido del retorno y

mantenido por el suspenso, para concretarse a través del reinicio, un nuevo inicio en el que los ancianos sean parte de la toma de decisiones, las esferas públicas y la memoria colectiva, aquella que brinda existencia a los sujetos dentro de la realidad... operación que permitiría restituir al grupo de la tercera edad el lugar social del que fueron privados (Laforest, 1991:146).

Entonces la estrategia de tres pasos descoloca a los viejos de los sitios de olvido a través de la implantación de nuevas conductas y formas de organización social, posicionando a este grupo sobre los planos memoriales y la conciencia subjetiva, planos en los que este segmento quinquenal cuente con las garantías de una existencia saludable, panorama que alude a la importancia de la memoria para la vindicación de los grupos olvidados, porque la memoria más allá de hacer visibles a los invisibles, devuelve a estos un sitio específico en la comunidad: su existencia.

Esa operación que ha sido puesta en práctica por los ancianos guerrerenses a través de la toma de las armas (policías comunitarias) y el uso de la memoria, ejecutando por medio de este movimiento el paso inicial de la estrategia de tres pasos (retorno), acción con la que intentan recuperar la soberanía del presente arrebatada por la delincuencia, narcotráfico y malos gobiernos, acción que a la par, ha contribuido a la vindicación de los viejos militantes de estos movimientos dentro de sus comunidades, al reposicionarlos socioculturalmente como sujetos activos y capaces de intervenir de manera tácita en la construcción de la realidad. Resaltando la trascendencia de la memoria cuando ésta es empleada en el presente, y rebasa los límites de la fenomenología de la memoria, convirtiéndose en acciones concretas, puntuales como los movimientos armados emprendidos por los ancianos, quienes encarnan el “deber de memoria” (Ricoeur, 2000:123) y pugnan por el mejoramiento del momento que transcurre, liberando con su proceder a los viejos del olvido social en que se encontraban encasillados.

Así, el empleo intencionado de la memoria obliga al sistema, a la sociedad y al estado a recordar a aquellos olvidados, que la aproximación a la teoría del olvido describe como los grandes desterrados del proceso de civilización. Se entiende

aquí que el olvido no significa otra cosa que el abandono de la población envejecida, de modo que, para alcanzar el bienestar y emancipación de este sector, es esencial derrocar el olvido que los envuelve, maltrata y posiciona como sujetos carentes de derecho. Misión que puede ser lograda con las modificaciones estructurales que propone la estrategia trial; estrategia memorosa que invierte el olvido y lo transforma en sí misma, porque el ejercicio intencionado, guiado de la memoria funge como posibilidad para devolverles a los viejos el lugar social, cultural, económico, político e histórico del que fueron expulsados.

Entonces, para derrocar al olvido y reivindicar a los olvidados; los viejos, debe acudir a la memoria como alternativa de existencia, porque es la memoria capaz de brindar visibilidad al invisible, voz al silenciado y lugar al olvidado. Porque la memoria no busca más que: justicia. Justicia que exige cuentas... al saldo del olvido. "Sin duda a veces hay que hablar en nombre de los náufragos. Hablar en su nombre, en su silencio, para devolverles la palabra" (Mina, 2005:323).

CONCLUSIONES

Ante una sociedad que envejece de modo sostenido y precipitado como la mexicana, y ante una densa atmósfera de olvido estatal y social que actualmente se cierne sobre las personas envejecidas, en este apartado final no dejan de incluirse algunas propuestas para el mejoramiento del sector, debido a que durante el transcurso de la investigación, pudo detectarse que todos y cada uno de los problemas enfrentados por éste requieren soluciones urgentes. A ello obedece que el argumento de este trabajo esté vertido hacia el impulso de la revalorización del sector envejecido como una tarea inaplazable que concierne a todas las esferas que estructuran la sociedad. El que los ancianos de la actualidad puedan desempeñar un rol social, cultural, económico, político e histórico es fundamental para que accedan a una mayor calidad de vida y, por tanto, a una vejez plena, en busca de que el incremento en la esperanza de vida hasta hoy alcanzado, en verdad represente la mejor opción vital, que pueda anteponerse a la paradoja en torno a que el avance de la edad en los seres humanos, es inversamente proporcional a su calidad de vida, porque aceptarla, constituye simplemente un principio inmoral.

Mejorar las condiciones de vida de este grupo no solo beneficiaría a los sujetos que lo conforman, sino a la sociedad en su conjunto, debido a que al asegurar el bienestar de este sector generacional se asegura el bienestar de los demás, dado que la vejez es un destino inexorable que sólo puede ser eludido mediante la muerte. La conversión de esta última etapa de la existencia en una etapa donde sus protagonistas puedan continuar formando parte activa de la vida pública, resulta fundamental para su revalorización y para sustraerlos de los terrenos inmemoriales en los que una alta proporción de ellos pervive en la actualidad.

Con el caso de los ancianos militantes, promotores y dirigentes de las policías comunitarias en la zona norte del estado de Guerrero, se ejemplifica el papel que los viejos pueden desempeñar en el presente; que al tomar las armas y luchar por recuperar la seguridad de sus comunidades —arrebataada por la delincuencia y malos gobiernos— demuestran que pueden jugar un rol de suma importancia

en la construcción de la realidad. El activismo político de los sujetos envejecidos asimismo, revela de modo contundente, el lugar social que este sector puede ocupar en la época contemporánea, porque la toma de las armas para luchar por la soberanía de sus contextos, hace evidente la importancia social de este grupo a nivel global.

Las acciones armadas emprendidas por los viejos para proteger a sus comunidades, dejan entrever cómo este grupo puede ser protagonista de la construcción de la realidad, y el que sean considerados y reincluidos en las dinámicas sociales y la vida pública es un punto de partida. Su determinación radical, muestra también un alto grado de coherencia con propuestas elaboradas desde el ámbito académico, en torno a que, tanto para promover una cultura de respeto a la vejez como para el diseño de políticas públicas acertadas, es necesario involucrar a los mayores, porque son quienes más conciencia tienen de sus necesidades y de su solución. El que actúen como consejeros y mentores de las generaciones jóvenes de sus entornos, va encaminado también hacia la búsqueda de una cultura de respeto.

El hecho de que gran parte de los entrevistados exprese y demuestre que está en condiciones de laborar, es congruente del todo con otra propuesta central (planteada de hecho en toda la literatura sobre el tema), en torno a que, para fomentar su salud y abatir sus grandes problemas económicos vía la obtención de ingresos, en el entendido de que dentro del alto porcentaje de la población que vive en situación de pobreza, la que sobrevive en pobreza extrema es ante todo la población envejecida, necesariamente deben crearse empleos adecuados a sus capacidades y pequeñas empresas con créditos flexibles. Este financiamiento tendría un alto impacto en el medio rural, que, a diferencia de los espacios urbanos, cuenta con la posibilidad real de generar autoempleo en las pequeñas explotaciones agrícolas familiares, cuestión que hasta ahora ha pretendido ignorar la política pública, no obstante las investigaciones que señalan que un dólar invertido en la pequeña agricultura reditúa más que uno invertido en

sectores no agrícolas, por sus derrames y efectos benéficos sobre la seguridad alimentaria y la reducción de la pobreza (CEPAL, 2009:11).

Una política integral que responda de manera cabal a las necesidades del sector, sería impensable si no considera su participación laboral y su derecho a continuar cultivando sus facultades. De esta forma, en un escenario de apoyo a la pequeña producción agrícola y con ello al autoempleo, en el que se respondería a los problemas enfrentados por los adultos mayores (alza de insumos agrícolas, entre otros), mismos que a algunos les hicieron abandonar sus pequeñas explotaciones; los programas de transferencias en efectivo criticados en este trabajo, al menos en el campo, únicamente se enfocarían hacia los adultos mayores discapacitados y a los muy envejecidos, toda vez que el resto, por medio de la actividad, prorrogaría la atrofia de sus facultades físicas y mentales como lo corroboran los adultos mayores entrevistados en condiciones de libertad (no asilados) que continúan económica y socialmente activos (hombres y mujeres labrando la tierra y organizados por la seguridad de sus comunidades).

El mejoramiento de las duras condiciones en las que la abrumadora mayoría de este segmento se encuentra (pobreza, dependencia, desempleo, abandono familiar, olvido social), entre otras vías, por medio de su realización como sujeto activo, permitiría a la sociedad aprovechar la instrucción, el conocimiento y la experiencia de los sujetos envejecidos; su inclusión asimismo, contribuiría a disminuir los pasivos y a aligerar la carga a las generaciones no envejecidas, que en las circunstancias excluyentes actuales, deben y deberán responsabilizarse de más viejos cada día, puesto que la tendencia actual es a la disminución del número de hijos.

Esta exposición sostiene que los viejos son portadores indiscutibles de la historia oral, las viejas costumbres, las antiguas tradiciones y el conocimiento cultural, los elementos que dotan de identidad a la sociedad; y que ese conglomerado de elementos asimismo, sumado a décadas de experiencia técnica, laboral y profesional, de considerarse, haría de la población envejecida un grupo de gran valía, pues una vez aprovechado contribuiría substancialmente en los ámbitos

sociales, culturales, económicos, políticos e históricos no sólo de sus demarcaciones, sino del país en su conjunto. Para el estado de Guerrero, en el que el 42% de su población vive en localidades rurales, de no reorientar los programas de apoyo al campo⁵³ para favorecer a las personas mayores, el envejecimiento como se vislumbra, no cambiará su rostro rural,⁵⁴ lo que significa el recrudecimiento de la pobreza en un Estado que será de los primeros del país en envejecer (González, 2015:119).

Los ancianos entrevistados que continúan al frente de sus parcelas, no obstante sus condiciones de pobreza, son los que continúan manteniendo mejores márgenes de movilidad física y con ello mejores condiciones de salud, al continuar fomentando su autonomía, aun cuando algunos dependan del apoyo de sus hijos para financiar los insumos de su siembra; con ello además, fomentan su salud al sentirse retribuidos con los logros de su trabajo, factor determinante para continuar promoviendo el desarrollo de sus facultades. Los ancianos entrevistados en condición de asilamiento por el contrario, son quienes más sufren de impedimentos físicos y quienes más riesgo tienen de entregarse a la dependencia. En sus testimonios pueden apreciarse estados depresivos permanentes y la forma en que se aferran a sus recuerdos, acción que les ayuda a sobrellevar su presente a través del retorno, la primera forma de olvido abordada en el segundo capítulo de este trabajo.

A diferencia del contexto nacional, Guerrero tiene la esperanza de vida más baja de todos los estados que lo componen,⁵⁵ como reflejo directo de su pobreza estructural, anclada en un alto índice de informalidad (78%, según el CONAPO,

⁵³ Se alude a los subsidios a la producción dedicados actualmente a la gran empresa agrícola (Fox & Haight, 2010:6), pero enfocados —en parte desde luego— hacia minifundistas de la tercera edad o que se encaminan a ella.

⁵⁴ Es importante aclarar que en México, por su alta densidad demográfica, serán las grandes ciudades las que concentren el grueso de la población envejecida, pero por la emigración de los jóvenes del campo a las ciudades, una mayor proporción de la población de la tercera edad respecto a la población total, hará que el medio rural sea el que envejezca en forma más precipitada (Garrocho, 2015:189).

⁵⁵ De 72 años según el CONAPO (2014:17); ante un promedio nacional de 75 años (González, 2015:118); aunque algunos autores sostienen que la expectativa de vida ha alcanzado los 77 (Enríquez, 2008:148).

2017:4), que no significa otra cosa que la iniciativa, el esfuerzo y el sacrificio que su población opone para sobrevivir en un contexto donde los seres humanos y sus necesidades no son relevantes para un Estado neoliberal que abandonó sus deberes de promover la generación de empleo y la seguridad social de sus gobernados. Derivado de ello, las dificultades enfrentadas para acceder a una alimentación saludable y a la atención a la salud son enormes para las personas mayores. El hecho de que, pese a sus problemas de movilidad, los ancianos tengan que manifestarse de manera frecuente (en marchas y plantones)⁵⁶ para exigir el pago de la exigua pensión para adultos mayores, es un claro indicador de que sus demandas, sus grandes necesidades y su presencia misma no figura en la agenda de la administración estatal. No hace falta decir que esa incompreensión de la que se deriva la falta de previsión sobre un problema que se incrementará en los años próximos, es sumamente peligrosa no solo para el sector envejecido, sino para quienes en un futuro próximo formarán parte de éste.

Basado en entrevistas en profundidad, en la observación y en la revisión de la literatura especializada sobre el tema, este trabajo intenta constituirse en un llamado a las estructuras sociales y estatales, para iniciar la transformación de una realidad en la que prevalece el olvido hacia los adultos mayores, hacia una realidad de memoria, y llama a reflexionar en torno a que, continuar la actitud omisa hacia los problemas expuestos, sería sumamente arriesgado, sobre todo en una entidad federativa como Guerrero, en la que, reflejo del perfil informal de las ocupaciones que ofrece, únicamente la cuarta parte de sus trabajadores se encuentra adscrito a la seguridad social (sólo 23% tiene empleo formal según la STyPS, 2017:26), lo que en otras palabras significa que el 77% no alcanzará el derecho a una pensión cuando ya no pueda trabajar. Además, a esa situación de suyo comprometedora, debe sumarse otra más grave aún: la tercera parte de su población económicamente activa carece de capacidad absoluta de ahorro, pues no percibe ingresos por su trabajo (443,786 personas, *Ibíd.*, p. 6). Este panorama es una seria advertencia en torno a que, dejar transcurrir la ventana de

⁵⁶ Algunas notas periodísticas sobre el tema fueron insertadas en el capítulo III de esta tesis.

oportunidad (que inició en el año 2000 y concluirá en 2030, Wong, 2006:13; cuando la población de adultos mayores alcance los veinte millones, González, 2015:126), que se tiene ahora para voltear la mirada hacia el sector envejecido y reforzar la infraestructura económica y política o construirla para cuando su proporción aumente, sería una opción que solo conduciría al recrudecimiento del olvido en el que ahora se encuentra a su significado más dramático: pobreza, hambre, enfermedad, maltrato y abandono en su más alta expresión.

Por último, cabe reiterar, que transitar hacia una cultura de respeto hacia la vejez (a través de la educación formal y no formal y de una perspectiva humana del conjunto de las instituciones, entre muchas otras vías), permitiría eliminar obstáculos a su incursión en los terrenos públicos, desprendiendo con ello al sector del sitio de olvido social en que ahora se encuentra, elevando con ello su calidad de vida al permitirle ocupar un sitio social y un espacio de actuación desde el que pueda participar y formar parte de la toma de decisiones. Los ancianos militantes de las policías comunitarias, al defender la soberanía de sus localidades con las armas, ilustran cómo, inmersos en la vida activa, las personas mayores pueden brindar un aporte invaluable a la sociedad y a la cultura.

Desprender del manto de olvido que los sumerge en el anonimato propio de la invisibilidad social, posibilitará el surgimiento de una vejez digna, donde los viejos se coloquen como actores sociales con preponderancia en el presente, aportando su conocimiento y experiencia a la sociedad, misma que ayudaron a construir en el pasado, y de la que deben continuar siendo parte. Hacer de la vejez una etapa vital digna, es un imperativo ético de toda sociedad, las victorias del presente delinearán el futuro. Luchar por el bienestar de los viejos es luchar por el bienestar común; “tomamos las armas... para no dejar así de feas las cosas cuando nos vayamos, los viejos sabemos cómo defender lo que es de nosotros, nuestros hijos y nietos”. García Márquez sentencia: la muerte no llega con la vejez, sino con el olvido.

BIBLIOGRAFÍA

- Ander-Egg, E. (2010). *Cómo envejecer sin ser viejo: añadir años a la vida y vida a los años*. Madrid: CCS.
- Anisi, D., Mora, F., Rodríguez, G., Albarracín, J., Roca, J., González, J., Martín, J., y Muñoz, R. (1993). *La larga noche neoliberal*. México: Icaria.
- Arcos, E. (2013). *Envejecer en la zona norte de Guerrero, área rural del Alto y Medio Balsas*. México: Universidad Autónoma Chapingo, Sociología Rural.
- Aréchiga, H. y Cereijido, M. (Coords.) (1999). *El envejecimiento: sus desafíos y esperanzas*. México: Siglo XXI.
- Asili, N. (Comp.) (2004). *Vida plena en la vejez: un enfoque multidisciplinario*. México: Pax.
- Augé, M. (2007). *El oficio de antropólogo: sentido y libertad*. Barcelona: Gedisa.
- Augé, M. (1992). *Los no lugares: espacios del anonimato*. Barcelona: Gedisa.
- Augé, M. (1998). *Las formas del olvido*. Barcelona: Gedisa.
- Ávalos, G.
- Bartra, A. (2003). *Cosechas de ira*. México: Ítaca.
- Bartra, A. (2002). Milpas del Milenio ¿A dónde irán los excluidos si el sistema es global? En: Bacal, A., Mata, B. y Galli, R. (Coords.) *Democracia es... camino a la justicia y a la dignidad* (pp. 7-14). México. Irsa/ UACH/ ALASRU.
- Benjamin, W. (1994). *Discursos interrumpidos*. México: Planeta.
- Bloch, E. (2011). *Derecho natural y dignidad humana*. México: Dykinson.
- Bloch, E. (2007). *El principio esperanza*. España: Trotta.
- Bloch, M. (2012). *Introducción a la historia*. México: FCE.
- Bobbio, N. (2006). *Estado, gobierno y sociedad*. México: FCE.
- Bonfil, G. (1985). Lo propio y lo ajeno, una aproximación al problema del control cultural. En: *Revista Mexicana de Ciencias Políticas y Sociales*. 103, 181-193.
- Bourdieu, P. (2007). *El sentido práctico*. México: Siglo XXI.
- Bustelo, E. (1999). Pobreza moral. Reflexiones sobre la política social amoral y la utopía posible. En: Suman, B. (Comp.) *Infancia y política social* (pp. 19-52). México: UNICEF/ UAM-X.
- Castañeda, J. (2009). *Vejez, dependencia y salud*. México: Pirámide.

- Comisión Económica para América Latina y el Caribe. (2009). *Perspectivas de la agricultura y del desarrollo rural en las Américas: una mirada hacia América Latina y el Caribe*. San José: CEPAL/ FAO/ IICA.
- Comisión Nacional de Derechos Humanos. 2015. *Los derechos humanos de las personas adultas mayores*. México; CNDH.
- Congreso del Estado de Guerrero. (2013). *Monografía del estado de Guerrero*. Chilpancingo: 60 Legislatura, Congreso Libre y Soberano de Guerrero.
- Congreso del Estado de Guerrero. (2011). Plan Estatal de Desarrollo, 2011-2015. Chilpancingo: Gobierno del Estado de Guerrero. Recuperado de: <http://www.congresogro.gob.mx/images/Documentos/GUERRERO.pdf>
- Congreso de la Unión. (2013). *Código Civil Federal*. México, Cámara de Diputados. Recuperado de: http://www.diputados.gob.mx/LeyesBiblio/pdf/2_241213.pdf
- Congreso de la Unión. (2017). *Código Penal Federal*. México: Cámara de Diputados. Recuperado de: http://www.diputados.gob.mx/LeyesBiblio/pdf/9_260617.pdf
- Congreso de la Unión. (2011). *Constitución Política de los Estados Unidos Mexicanos*. México: Cámara de Diputados. Recuperado de: <https://www.juridicas.unam.mx/legislacion/ordenamiento/constitucion-politica-de-los-estados-unidos-mexicanos#10536>
- Consejo Nacional de Evaluación de la Política de Desarrollo Social. (2015). *Índice de rezago social 2015 a nivel nacional, estatal y municipal*. México: CONEVAL. Recuperado de: http://www.coneval.org.mx/Medicion/IRS/Paginas/Indice_Rezago_Social_2015.aspx
- Consejo Nacional de Evaluación de la Política de Desarrollo Social. (2012). *Informe de pobreza y evaluación en el estado de Guerrero 2012*. México. Recuperado de: http://www.coneval.org.mx/coordinacion/entidades/SiteAssets/Paginas/Guerrero/moneyeval/Informe%20de%20pobreza%20y%20evaluación%202012_Guerrero.pdf
- Consejo Nacional de Población. (2010). *Índice de marginación por entidad federativa y municipio 2010*. México: SEGOB. Recuperado de: http://www.conapo.gob.mx/en/CONAPO/Indices_de_Marginacion_2010_por_entidad_federativa_y_municipio
- Consejo Nacional de Población. (2011). *Índice absoluto de marginación 2000-2010*. México: CONAPO.
- Consejo Nacional de Población. (2012). *Localidades Rurales*. México: CONAPO. Recuperado de: http://www.conapo.gob.mx/es/CONAPO/Localidades_rurales

- Consejo Nacional de Población. (2014). *Guerrero: Dinámica Demográfica 1990-2010 y 2010-2030*. México: CONAPO. Recuperado de: http://www.conapo.gob.mx/work/models/CONAPO/Proyecciones/Cuadernos/12_Cuadernillo_Guerrero.pdf
- Consejo Nacional de Población. (2015). *La situación demográfica en México 2015*. México: CONAPO.
- Consejo Nacional para Prevenir la Discriminación. (2012). *Reporte sobre la discriminación en México 2012*. México: CIDE.
- Cordera, R. y Tello, C. (2005). *La desigualdad en México*. México: Siglo XXI.
- Cordero, L. Cabanillas, S. y Lerchundi, G. (2003). *Trabajo social con adultos mayores*. Buenos Aires: Espacio Editorial.
- Cruz, A. (2017, noviembre 10). Los mexicanos, con la esperanza de vida más baja de la OCDE. En: *La Jornada*, p. 35. Recuperado de: <http://www.jornada.unam.mx/2017/11/10/sociedad/035n1soc>
- Dallal, E. (2003). *De la edad adulta a la vejez*. México: Plaza y Valdez.
- De la Serna, I. (2003). *La vejez desconocida. Una mirada desde la biología a la cultura*. España: Díaz de Santos.
- Enríquez, R., Maldonado, M., Aldrete, P., Ibarra, M., Palomar, J. y Pantoja, J. (2008). Género, enriquecimiento, redes de apoyo social y vulnerabilidad en México: un estudio comparativo. En: *Los rostros de la pobreza* (pp.147-210). México: Sistema Universitario Jesuita.
- Esteban, A. (s. f.) Envejecimiento y medio rural. Asociación de personas mayores Solidaridad Intergeneracional. Recuperado de: http://solidaridadintergeneracional.es/public/index.php?pid=contenidos&id_contenido=8
- Fericgla, J. (2002). *Envejecer, una antropología de la ancianidad*. Barcelona: Herder.
- Ferrero, A. (Comp.) (1998). *Envejecimiento y vejez, nuevos aportes*. Buenos Aires: Atuel.
- Forrester, V. (1990). *El horror económico*. Argentina: FCE.
- Foucault, M. (2012). *Historia de la locura en la época clásica I*. México: FCE.
- Foucault, M. (2012). *El poder Psiquiátrico*. México: FCE.
- Foucault, M. (2012). *El poder, una bestia magnífica. Sobre el poder, la prisión y la vida*. México: Siglo XXI.
- Fox, J. & Haight, L. (2010). Síntesis de hallazgos: Tendencias en la política de subsidios agrícolas. En: *Subsidios para la desigualdad. Las políticas públicas del maíz en México a partir del libre comercio* (pp. 7-8). México: WICS/ CIDE/ Disa.

- Galindo, J. (1998). Técnicas de investigación. En: *Sociedad, cultura y comunicación*. México: Addison Wesley.
- Gandler, S. (2009). *Fragmentos de Frankfurt*. México: Siglo XXI.
- García, J. (2006). *Los derechos y los años. Otro modo de pensar y hacer política en Latinoamérica: los adultos mayores*. México: Plaza y Valdez.
- García, N. (2000). *La globalización imaginada*. Buenos Aires: Paidós.
- Leer más: <http://www.monografias.com/trabajos55/etica-y-globalizacion/etica-y-globalizacion2.shtml#ixzz4zSj8NGwM>
- Garrocho, C. y Campos, J. (2015). Segregación socioespacial de la población mayor en la Ciudad de México, 2000-2010. En: *La situación demográfica de México 2015* (pp. 169-198). México: CONAPO.
- Geertz, C. (1991). *La interpretación de las culturas*. México: Gedisa.
- Gobierno del Estado de Guerrero. (2016). Código Penal para el Estado Libre y Soberano de Guerrero, Número 499. Chilpancingo: Consejería Jurídica. Recuperado de: <http://i.guerrero.gob.mx/uploads/2016/01/36-Cod-Penal-Edo-499.pdf>
- Gobierno de la República. (2002). Ley de los derechos de las personas adultas mayores. 25/062002. México. Recuperado de: <http://www.salud.gob.mx/unidades/cdi/nom/compi/ldpam.html>
- Gobierno del Estado de Guerrero. (2016). Plan Estatal de Desarrollo 2016-2021. Chilpancingo. Recuperado de: <http://transparencia.guerrero.gob.mx/files/2016/04/Plan-Estatal-de-Desarrollo-2016-2021.pdf>
- Gobierno del Estado de Guerrero. (2011). Programa Sectorial de Educación 2011-2015. Chilpancingo. Recuperado de: <http://i.administracion2014-2015.guerrero.gob.mx/uploads/2015/03/PROGRAMASECTORIALSegunda-Parte.pdf>
- González, K. (2015). Envejecimiento demográfico en México: análisis comparativo entre las entidades federativas. En: *La situación demográfica de México 2015* (pp. 113-129). México: CONAPO.
- Gonzalo, M. (2002). *Tercera edad y calidad de vida. Aprender a envejecer*. Barcelona: Ariel.
- Good, C. y Barrientos, G. 2004. *Nahuas del Alto Balsas*. México: CDI/ PNUD.
- Guillen
- Gutiérrez, E. (2015). *Las edades de la senectud*. La Habana: Editorial Científico Técnica.
- Ham, R. (2003). Enfoques y perspectivas sobre el envejecimiento en México. En: Salgado de Snyder & Wong, R. (Eds.) *Envejeciendo en la pobreza: género, salud y calidad de vida* (pp. 81-96). México: Instituto Nacional de Salud Pública.

- Hegel, G. (2011). *Enciclopedia de las ciencias filosóficas*. México: Porrúa.
- Hobbes, T. (2003). *Leviatán*. México: FCE.
- Hobsbawn, E. (2011). *La era del capital 1848-1875*. Barcelona: Crítica.
- Hoyo, F. (2013). *Dialéctica, estado, derecho, libertad y emancipación. G.W.F. Hegel, Karl Marx y Los Marxismos*. México: UNAM, Tesis doctoral.
- Husso, M. (2009). *Capitalismo puro*. Madrid: Maia.
- Husson, M. (2017). *El capitalismo en 10 lecciones, breve discurso ilustrado de economía heterodoxa*. España: Viento sur.
- Instituto Nacional de Estadística y Geografía. (2010). Censo de población y vivienda 2010. México: INEGI. Recuperado de: <http://www3.inegi.org.mx/sistemas/sisept/Default.aspx?t=mdemo148&>
- Instituto Nacional de Estadística y Geografía. (2014). Perfil sociodemográfico de adultos mayores. México: INEGI. Recuperado de: http://internet.contenidos.inegi.org.mx/contenidos/productos/prod_serv/contenidos/espanol/bvinegi/productos/censos/poblacion/2010/perfil_socio/adultos/702825056643.pdf
- Instituto Nacional de Estadística y Geografía. (2014). El rezago educativo en la población mexicana. México: INEGI. Recuperado de: http://internet.contenidos.inegi.org.mx/contenidos/productos/prod_serv/contenidos/espanol/bvinegi/productos/historicos/2104/702825497538/702825497538_1.pdf
- Instituto Nacional de Estadística y Geografía. (2015). Información por entidad. México: INEGI. Recuperado de: <http://www.cuentame.inegi.org.mx/monografias/informacion/gro/poblacion/default.aspx?tema=me&e=12>
- Instituto Nacional de Estadística y Geografía. (2016). Estadísticas a propósito del Día Internacional de las personas de edad. México: INEGI. Recuperado de: http://www.inegi.org.mx/saladeprensa/aproposito/2016/edad2016_0.pdf
- Instituto Nacional de las Mujeres. (2012). Situación de las personas adultas mayores en México. México: INM. Recuperado de: http://cedoc.inmujeres.gob.mx/documentos_download/101243_1.pdf
- K. Warner, S. & Sherry, L. (2003). *Psicología de la edad adulta y la vejez*. España: Pearson.
- Laforest, J. (1991). *Introducción a la gerontología. El arte de envejecer*. Barcelona: Heder.
- Lacouture, J. (s. f.) *La nueva historia*. España: Mensajero, Biblioteca UNAM.
- Lolas, F. (2001). Las dimensiones bioéticas de la vejez. En: *Acta Bioethica*. VII(1), 57-70.

- López, M. (2009). El concepto de anomia de Durkheim y las aportaciones teóricas posteriores. En: *Revista de Ciencias Sociales de la Universidad Iberoamericana*. IV(8), 130-147. Recuperado de: <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=211014822005>
- Mallimaci, F. y Giménez, V. (2012). Historia de vida y métodos biográficos. En: Vasilachis, I. (Coord.) *Estrategias de investigación cualitativa* (pp. 175-212). Buenos Aires: Gedisa.
- Mandel, E. (1979). *El capitalismo Tardío*. México: Era.
- Max-Neef, M. (1998). *Desarrollo a escala humana. Conceptos, explicaciones y algunas reflexiones*. Barcelona/ Montevideo: Nordam Comunidad/ Icaria. Recuperado de: https://www.max-neef.cl/descargas/Max_Neef-Desarrollo_a_escala_humana.pdf
- Mendoza, J. (s. f.) Reconstruyendo la guerra sucia en México: del olvido social a la memoria colectiva. Recuperado de: http://www.psicopol.unsl.edu.ar/dic2007_nota9.pdf
- Mendizábal, G. y Ruiz, A. (2013). Aspectos generales del envejecimiento de la población en México. En: *Envejecimiento poblacional y protección social* (pp. 21-38). Vol. II. Cuernavaca: UAEM/ Fontamara.
- Merton, R. (s. f.). Estructura social y anomia. Recuperado de: https://documentop.com/merton-estructura-y-anomia_5988d4761723ddb40462a15f.html
- Mina, J. (2005). *El ojo del cíclope*. Murcia: Tres Fronteras.
- Mishara, B. & Riedel, R. (2000). *El proceso de envejecimiento*. Madrid: Morata.
- Montes de Oca, V. (2006). Prólogo. En: Salgado y Wong. (Eds.) *Envejecimiento, pobreza y salud en población urbana: Un estudio en cuatro ciudades de México* (pp. 15-25). México: Instituto Nacional de Salud Pública.
- Moñivas, A. (1998). Representaciones de la vejez (modelos de disminución y de crecimiento) En: *Anales de Psicología*. 14(1),13-25. Recuperado de: <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=16714103>
- Montes, P. (1999). *El desorden neoliberal*. España: Trotta.
- Moragas, R. (2004). *Gerontología social, envejecimiento y calidad de vida*. Barcelona: Heder.
- Moragas, R. (2001). *La jubilación: una oportunidad vital*. Madrid: Herder.
- Morales, R. (2015). Análisis regional de la marginación en el estado de Guerrero, México. En: *Papeles de Población* (84), 251-274
- Nocedo, I., Castellanos, B., García, G., Addine, F., González, C., Gort, M., Ruiz, A., Minujín, A. y Valera, E. (2002). *Metodología de la investigación educacional*. La Habana: Pueblo Educación.

- Olivares, E. (2016, noviembre 23). Soledad y pobreza, el destino de los viejos en México: expertos. En: *La Jornada*, pág. 39. Recuperado de: <http://www.jornada.unam.mx/2016/11/23/sociedad/039n1soc>
- Ordaz, J. (2007). *México: capital humano e ingresos. Retornos a la educación, 1994-2005*. México: CEPAL.
- Organización de Naciones Unidas. (1948). Declaración Universal de los Derechos Humanos. ONU. Recuperado de: http://www.ohchr.org/EN/UDHR/Documents/UDHR_Translations/spn.pdf
- Organización de Naciones Unidas. 1986.41/128. (1986). Declaración sobre el derecho al desarrollo. ONU. Recuperado de: http://www.ohchr.org/Documents/Issues/Development/DeclarationRightDevelopment_sp.pdf
- Organización para la Agricultura y la Alimentación. (1984). *Estudios sobre la reforma agraria*. Roma: FAO.
- Orozco, I., Reyes, L., Robles, L. y Vázquez, F. (2006). *Miradas sobre la vejez: Un enfoque antropológico*. México: Colegio de la Frontera Norte, Plaza y Valdez.
- Otero, G. (2004). *¿Adiós al campesinado? Democracia y formación política de las clases en el México rural*. México: UAZ.
- Palloni, A., McEniry, M., Wong, R. y Pelaez, M. (2005). El envejecimiento en América Latina y en el Caribe. En: *Revista Galega de Economía*.14(1-2), 1-37
- Papalia, D., Sterns, L., Harvey, F., Duskein, R. & Cameron, J. (2003). *Desarrollo del adulto y vejez*. Madrid: Mc Grow Hill.
- Pantoja, J. y Santos, J. (2012). Salud mental y bienestar emocional de los adultos mayores. En: *Cuadernos sobre la equidad*. (9), 80-85. Recuperado de: <http://investigacion.leon.uia.mx/PDFs/jose/envejecer.pdf>
- Pelcastre, B. y Márquez, M. (2006). El significado de la vejez en adultos mayores que viven en condiciones de pobreza extrema de cuatro ciudades del país. En: Salgado & Wong (Eds.) *Envejecimiento, pobreza y salud en población urbana: Un estudio en cuatro ciudades de México* (pp. 135-154). México. Instituto Nacional de Salud Pública.
- Pizarro, R. (2001). *La vulnerabilidad social y sus desafíos: una mirada desde América Latina*. Santiago: CEPAL.
- Pujadas, J. (2000). El método biográfico y los géneros de la memoria. En: *Revista de Antropología Social*. (9), 127-158. Recuperado de: <http://comisionporlamemoria.net/bibliografia2012/metodologia/Pujadas.pdf>
- Revista Proceso. (2016, agosto 28). Sin pensión, 75% de los adultos mayores en México. Recuperado de: <http://www.proceso.com.mx/452633/sin-pension-75-los-adultos-mayores-en-mexico>

- Ricco, S. y Rebolledo, N. (2011). *Educación y comunalidad. Prácticas autonómicas en la Mazateca Alta*. México: UPN.
- Ricoeur, P. (2000). *La memoria, la historia, el olvido*. Argentina: FCE.
- Ricoeur, P. (2003). *Tiempo y narración*. México: Siglo XXI.
- Robles, L., Vázquez, F., Reyes, L. y Orozco, I. (2006). *Miradas sobre la vejez. Un enfoque antropológico*. México: Plaza y Valdez/ El Colegio de la Frontera Norte.
- Rubio, B. (2001). *Explotados y excluidos. Los campesinos latinoamericanos en la fase agroexportadora neoliberal*. México: UACH/ Plaza y Valdez.
- Ruesch, H. (1955). *País de las sombras largas*. Buenos Aires: La Isla.
- Salgado de Snyder, N. y Wong, R. (2007). Género y pobreza: determinantes de la salud en la vejez. En: *Revista Salud Pública de México*. Cuernavaca. 49(4), 515-521.
- Salgado de Snyder, N. (2003). Envejecimiento, género y pobreza en México rural. En: *Envejeciendo en la pobreza: género, salud y calidad de vida*. Cuernavaca: Instituto Nacional de Salud Pública.
- Salgado de Snyder, N. (2003). Vejez y pobreza en México: conclusiones y retos. En: *Envejeciendo en la pobreza: género, salud y calidad de vida*. Cuernavaca: Instituto Nacional de Salud Pública.
- Salgado de Snyder, N. y Wong, R. (2006). Envejeciendo en la pobreza urbana: conclusiones e implicaciones. En: *Envejecimiento, pobreza y salud en población urbana: Un estudio en cuatro ciudades de México* (pp. 155-161). México: Instituto Nacional de Salud Pública.
- Sámano, et al., 2001. Consideraciones sobre la sociedad rural y su desarrollo. En: Mata, B. y Villanueva, C. (Coords.) *México rural: políticas para su reconstrucción* (pp. 79-134). México: UACH.
- Schutz, A. (1962). *El problema de la realidad social*. Buenos Aires: Amorrortu.
- Secretaría de Desarrollo Social. (2010). Diagnóstico sobre la situación de vulnerabilidad de la población de 70 años y más. México: SEDESOL. Recuperado de: http://www.sedesol.gob.mx/work/models/SEDESOL/Sedesol/sppe/dgap/diagnostico/Diagnostico_70%20y%20Mas_VERSION_FINAL.pdf
- Secretaría de Desarrollo Social/ Instituto Nacional de las Personas Adultas Mayores. (2014). Ley de los derechos de las personas adultas mayores. México: SEDESOL/ INAPAM.
- Secretaría de Desarrollo Social. (2016). Reglas de Operación del Programa Pensión para Adultos Mayores México, Diario Oficial de la Federación 30/11/2016. Recuperado de: https://www.gob.mx/cms/uploads/attachment/file/45624/ROP_2016_Pensi_n_Adultos_Mayores.pdf

- Secretaría de Desarrollo Rural. (2010). Diagnóstico: Alternativas de la población rural en pobreza para general ingresos sostenibles. México: SEDESOL. Recuperado de: http://www.sedesol.gob.mx/work/models/SEDESOL/Sedesol/sppe/dgap/diagnostico/Diagnostico_POP.pdf
- Secretaría del Trabajo y Previsión Social. Subsecretaría de Empleo y Productividad Laboral. (2017). Guerrero, información laboral. México: STyPS. Recuperado de: <http://www.stps.gob.mx/gobmx/estadisticas/pdf/perfiles/perfil%20guerrero.pdf>
- Sobrinho, J. (2015). Medición y determinantes de la pobreza en las principales ciudades de México. En: *La situación demográfica de México 2015*. (pp. 147-165) México: CONAPO.
- Stiglitz, J. (2002). *El malestar de la globalización*. México: Taurus.
- Taylor, S. & Bogdan, R. (2013). *Introducción a los métodos cualitativos de investigación, la búsqueda de significados*. España: Paidós.
- Todorov, E. (2009). *La memoria, ¿un remedio contra el mal?* Barcelona: Arcadia.
- Toureine, A. (1999). *¿Cómo salir del liberalismo?* España: Paidós.
- Villoro, L. (1991). *Los grandes momentos del indigenismo en México*. México: FCE.
- Walter, B. (2004). *El autor como productor*. México: Ítaca.
- Warman, A. (2001). *El campo mexicano en el siglo XX*. México: FCE.
- Warner, K. & Willis S. (2003). *Psicología de la edad adulta y la vejez*. México, Pearson Educación.
- Wong, R. (2003). La relación entre salud y nivel socioeconómico entre adultos mayores: diferencias por género. En: *Envejeciendo en la pobreza: género, salud y calidad de vida* (pp. 97-122). Cuernavaca: Instituto Nacional de Salud Pública.
- Wong, R. (2003). Prólogo. *Envejeciendo en la pobreza: género, salud y calidad de vida* (pp. 15-22). Cuernavaca: Instituto Nacional de Salud Pública.
- Wong, R. (2006). Envejecimiento en áreas urbanas marginadas de México: condiciones mixtas de privilegio y desventaja. En: *Envejecimiento, pobreza y salud en población urbana: Un estudio en cuatro ciudades de México*. (pp. 25-38). Cuernavaca: Instituto Nacional de Salud Pública.

APÉNDICE

El Alto Balsas Guerrero

El contexto histórico y geográfico que en este trabajo es llamado Alto Balsas, es la inmensa Depresión formada a través de milenios por los afluentes que alimentan el caudal del río Balsas, el séptimo río más largo de México, que recorre 771 kilómetros hasta desembocar en el océano Pacífico. Es en el estado de Guerrero, en su región Norte, donde en un paraje llamado Las Juntas, muy cerca de la comunidad de Tlalcozotitlán, sus más grandes tributarios, el río Amacuzac y el río Poblano se unen para formarlo. La Cuenca del Balsas en la zona septentrional de Guerrero, por insertarse precisamente en el curso superior de esa corriente natural de agua y por su gran capacidad erosiva (SEMARNAT, 2010), se caracteriza por sus suelos yermos, fustigados por una paulatina erosión hídrica y eólica, y por su predominante clima tropical seco, aún en los márgenes del caudal del Balsas (Good y Barrientos, 2004).

A la luz de la teoría de las regiones de refugio de Aguirre Beltrán, podría argumentarse, que las laderas y hondonadas del Alto Balsas, suficientemente apartadas de los conglomerados urbanos, inhóspitas y con una carencia crónica de agua y humedad, brindaron refugio a los grupos nahuas históricos que no transigieron con la condición de esclavitud colonial. Las regiones de refugio para su creador conceptual, fueron conformadas por las serranías, marismas, desiertos y cañadas que se constituyeron en los espacios geográficos que posibilitaron la reproducción étnica (Aguirre-Beltrán, citado por Ricco y Rebolledo, 2011:11). Asimismo, para el autor de México profundo, esos espacios donde se pensaría imposible la vida humana, constituyeron el último reducto para salvaguardar los contenidos concretos de su cultura (Bonfil, 1985:71).

Para los pocos autores que han explicado fragmentos de la historia de la región, los grupos humanos que pueblan el Alto Balsas, esencialmente los indígenas, se caracterizan por su inventiva y laboriosidad. Otros más adjudican a su gran capacidad de trabajo y creatividad artesanal el que sean un grupo —en términos relativos— “económica y culturalmente exitoso en el mundo moderno” (Good y Barrientos, 2004). Debido a que los pocos estudios hasta ahora escritos sobre la

zona han enfocado su atención hacia los pueblos nahuas, para conocer algunos rasgos de la población en general y de su actividad, por ahora sólo puede acudir a los datos publicados por el Instituto Nacional de Estadística y Geografía, INEGI, por el Consejo Nacional de Población, CONAPO, por la Secretaría de Medio Ambiente y Recursos Naturales, SEMARNAT y por la Comisión Nacional del Agua, CONAGUA. Estas instituciones indican que el cúmulo de municipios, ciudades y comunidades que la conforman, se sitúan en “Alta” y “Muy Alta” marginación, la forma en la que el CONAPO, intenta categorizar el grado de olvido estatal en el que sus pueblos, y en este caso, los adultos mayores, desarrollan su existencia.

Cabe resaltar que en el año 2005 sus municipios, crónicamente marginados registraron un avance, mismo que fue anulado sólo una década después, como se esboza en las siguientes tablas:

Cuadro 1. Municipios de la región Norte de Guerrero y grado de marginación 2005

NP	Municipio	Habitantes	Grado de Marginación
1	Apaxtla	13,146	Alto
2	Atenango del Río	8,504	Alto
3	Buena Vista de Cuéllar	12,619	Medio
4	Cocula	15,666	Alto
5	Copalillo	12,730	Muy Alto
6	Cuetzala del Progreso	9,869	Alto
7	General Canuto A. Neri	7,687	Muy Alto
8	Huitzucó	35,668	Alto
9	Iguala de la Independencia	123,960	Bajo
10	Ixcateopan de Cuauhtémoc	7,119	Alto
11	Pedro Ascencio de Alquisiras	7,852	Muy Alto
12	Pilcaya	10,851	Alto
13	Taxco de Alarcón	100,245	Medio

NP	Municipio	Habitantes	Grado de Marginación
14	Teloloapan	53,950	Alto
15	Tepecoacuilco de Trujano	30,838	Alto
16	Tetipac	133,318	Alto
	Total:	464,022	

Fuente: Elaboración propia con datos de Morales (2015)

Cuadro 2. Municipios de la región Norte de Guerrero y grado de marginación 2015

NP	Municipio	Habitantes	Grado de Marginación
1	Apaxtla	11,159	Alto
2	Atenango del Río	8,731	Muy Alto
3	Buena Vista de Cuéllar	13,286	Medio
4	Cocula	13,457	Alto
5	Copalillo	14,866	Muy Alto
6	Cuetzala del Progreso	8,559	Muy Alto
7	General Canuto A. Neri	5,780	Muy Alto
8	Huitzucó	37,094	Alto
9	Iguala de la Independencia	151,660	Bajo
10	Ixcateopan de Cuauhtémoc	6,179	Alto
11	Pedro Ascencio de Alquisiras	6,883	Muy Alto
12	Pilcaya	12,900	Medio
13	Taxco de Alarcón	108,416	Medio
14	Teloloapan	57,377	Alto
15	Tepecoacuilco de Trujano	31,599	Alto
16	Tetipac	14,658	Alto
	Total:	502,604	

Fuente: Elaboración propia con datos del Consejo Nacional de Población de 2010

Cuadro 3. Número de municipios y niveles de marginación en la región Norte en 2005 y 2015

Municipio	Bajo	Medio	Alto	Muy Alto	Año
16	1	2	10	3	2005
16	1	3	7	5	2015

Fuente: Elaboración propia

Cuadro 4. Niveles de marginación de los municipios del Alto Balsas en 2015

Municipio	Bajo	Medio	Alto	Muy Alto
Atenango del Río				X
Copalillo				X
Huitzuco			X	
Tepecoacuilco de Trujano			X	
Total:			2	2

Fuente: Elaboración propia con datos de Morales (2015).

Nota: es importante aclarar que el gobierno de Guerrero sólo contempla estos cuatro municipios como parte del Alto Balsas, a diferencia de la CONAGUA, que contempla a muchos más.

Un dato significativo para el tema de la vejez, es que en el estado de Guerrero, la población rural continúa siendo numerosa (Congreso de Guerrero, 2013:8),⁵⁷ por lo que la tesis de Rebeca Wong (2003) en torno a que en México, la vejez tiene un rostro rural, se aplica ante todo, en la entidad sureña.

⁵⁷La distribución de la población en el estado de Guerrero es del 58% en localidades urbanas y 42% en comunidades rurales. En el marco nacional, la población se concentra en las ciudades (78%) y el 22% en el medio rural (Congreso de Guerrero, 2013:8). México dejó de ser territorio rural a mediados de 1980, decenio en que su población se concentró en las ciudades.

La ruralidad, es sabido, implica un cúmulo de factores que afectan la vida de sus habitantes: le caracteriza una escasa diversificación económica y por tanto una escasez crónica de fuentes de ocupación, y, entre otras cuestiones, la separan distancias considerables de los núcleos urbanos, con costos elevados de transporte que minan la libertad de movimiento de sus residentes.

Inscrita en un marco rural entonces, la entidad meridional entraña una composición que en sí misma constituye un reto para brindar a todas y todos sus habitantes, concentrados en más de 7,000 localidades dispersas (7,289) a lo largo y ancho de su territorio, servicios de calidad. Para 2010 por ejemplo, sólo cinco localidades del Estado tenían una población superior a los 50,000 habitantes;⁵⁸ de tal forma que el 41.8% de la población guerrerense reside en localidades de menos de 2,500 habitantes, el criterio demográfico con el que el Consejo Nacional de Población define su adscripción a lo rural (INEGI, 2010). Asimismo, en el caso de la zona norte, la mayoría de sus nichos rurales están clasificados en la categoría de Alta y Muy Alta marginación (12 de sus 16 municipios) como se expone en las tablas precedentes; y en conjunto, esos indicadores son explicativos de las complejas condiciones de vida en el medio rural de la demarcación. En esa propensión, la Comisión Económica para América Latina y el Caribe, CEPAL, asevera: “es en el medio rural donde se presentan los mayores rezagos, con sus repercusiones sobre la productividad agrícola y el desarrollo rural” (Ordaz, 2007:14).

El cúmulo de indicadores, así esbozados, en números duros, brinda un marco explicativo, de la forma en la que transcurre la vida de los envejecidos en el Ato Balsas, región Norte del estado de Guerrero, cuyos municipios en Alta, pero sobre todo en Muy Alta marginación constituyen su amarga predominancia.

⁵⁸Plan Estatal de Desarrollo 2016-2021, p. 63